



**LOS MISTERIOS
DE LA TORRE DE SAN JUAN.**

LOS MISTERIOS
DE LA TORRE DE S. JUAN,

ó

LOS CABALLEROS TEMPLARIOS.

NOVELA TRADUCIDA DEL FRANCÉS.

TOMO II.

SEVILLA: 1851.

Imprenta de Gomez, á cargo de D. J. J.
Franco, calle de la Muela núm. 7.



XIV.

Con sentimiento, señora, la dijo Marcelina, voy á manifestaros le determinacion del escudero Marchesi, el cual me ha encargado anunciaros que, segun las órdenes de su señor, ausente por cierto tiempo, no podreis salir de vuestro aposento.

—Con que se quiere tratarme como una mujer culpable? y cuál es mi crimen? de qué se tiene que acusarme?

—Lo ignoro, respondió Marcelina, pero os ruego recordeis en todo tiempo cuán forzada es mi obediencia.

Después de decir esto Marcelina, se retiró cerrando tras sí la puerta, y dejando otra vez á Ombelina sola y sin distraccion.

Al salir del aposento, encontró, con grande admiracion suya, á su esposo, llevando como ella una cesta, que parecia haber contenido provisiones.

—Y bien, Jacobo, le dijo, sois tambien carcelero como yo? y podré á mi vez conocer al prisionero confiado á vuestra guarda? y vos que hasta ahora me mostrábais tanta confianza, habeis cesado en tenerla conmigo?

—Marcelina, le respondió el conserje, cada cosa tiene su tiempo: puedo sin dificultad decirlos todos los secretos que me conciernen; pero los de los demas no son míos. Creedme, no os inquieteis con respecto á mis operaciones, y sobre todo no hableis de ellas. Mucho me cuesta, sin duda, no instruiros del misterio de que se trata; pero un tiempo llegará, en que me será permitido no disimularos nada.

Poco satisfecha con esta respuesta, pero obligada no obstante á contentarse con ella, Marcelina bastante de mal humor; se volvió á su cuarto, mirando como una felicidad no haber tenido en pleno dia alguna funesta aparicion: tan persuadida estaba de su frecuencia.

Ombelina pasó casi todo el día en su ventanita, suspirando de ver el cielo en toda su pureza, y la campiña en todo su esplendor. La belleza del paisaje la encantaba, y aumentábanse sus suspiros al distinguir por encima de los robles del bosque de Bariege, los agudos chapiteles del monasterio que la vispera habitaba todavía.

Cuántas veces deseaba tener las alas del ligero pájaro, que pasaba y repasaba delante de ella, como para hacerla sentir mas vivamente la pérdida de su libertad! El ocaso del sol la sacó de su contemplacion: recordó su esclavitud, las horrorosas escenas de la noche precedente, y no podia familiarizarse con la idea de habitar una estancia, en que se habia cometido un asesinato, y que frecuentaban los habitantes del otro mundo.

A este tiempo entró Marchesi acompañado de Marcelina, trayéndola provision de aceite, leña y algunos alimentos frescos.

No queriendo hablar con el satélite de su perseguidor, no le hizo Ombelina pregunta alguna, y dando un corte á la inevitable habladuría de Marcelina, los vió retirarse con placer, é inmediatamente encendió una porcion de luces para disminuir un poco el tenebroso horror de que estaba rodeada. Hecho esto pensó en cerrar la puerta del gabinete,

de donde la noche anterior habia salido el fantasma, cuyo recuerdo no podia desechar.

Dirigiase á ejecutarlo, cuando pensó que antes de echar el cerrojo, valia mas para su seguridad personal, reconocer aquel lugar misterioso; entonces tomando su lámpara, se encaminó hacia el gabinete, y franqueó su umbral no sin experimentar un movimiento de temor, por el de encontrar algun funesto espéctuculo; pero su miedo era infundado. El gabinete sin habitantes nada contenia digno de atencion; estaba adornado de una tapicería de damasco amarillo, sobre la cual se veian colgados algunos cuadros representando flores y frutas. A la derecha de la ventana se elevaba un gran espejo; Ombelina, que no le habia notado, se sorprendió al pronto de ver una figura con una lámpara en la mano y dirigiéndose hácia ella; pero no tardó en conocer su error y reirse de él, ocurrencia que reanimó su valor y continuó sus pesquisas con mas cuidado.

A fuerza de mirar con una decidida atencion, descubre en uno de los ángulos de la torrecilla, que era cuadrada, una puerta cuya estremidad inferior se advertia por debajo de la tapiceria: trató de abrirla, y despues de algunos momentos, encontró en un boton de cobre dorado, el resorte que hacia mover

la cerradura. Encantada de su habilidad, y acabando de dominar todos sus temores, levantó la colgadura y atravesó resueltamente por debajo. Franqueado este primer paso, encontró una escalera que conducia á otros pisos superiores é inferiores, y por este medio esperó hallar su evasion. En su consecuencia, y sin perder momento, se apresuró á bajar por ella.

Al paso encontró muchas puertas demasiado cuidadosamente cerradas, para pensar en abrirlas y no menos fuertes para formar la idea de romperlas: continuando su escursion acabó de bajar la escalera que terminaba en una profunda bóveda que comunicaba sin duda con los subterráneos del castillo.

Pero esta vez Ombelina no se atrevió á intentar recorrerlos, y tomando de nuevo la escalera, quiso encontrar en lo alto la salida que en aquella profundidad no se le habia presentado: volvió á pasar por delante de la puerta del gabinete, y prosiguió su camino.

En la primera meseta que encontró distinguió una puerta apenas entornada: abrióla enteramente, y pasó á una larga galeria, que en otro tiempo habia servido de sala de recreo, llena en parte de curiosidades naturales, y de manuscritos enlegajados con el ma-

yor esmero. Esta vista la regocijó algun tanto, prometiéndose llevarse algun volúmen á su cuarto para distraerse, si por desgracia no llegaba á recobrar su libertad. En este momento le pareció haber oido en la escalera un ruido de pasos... Quedóse inmóvil, y llena de espanto... pero habiendo cesado el ruido, creyó haber sido de nuevo juguete de su imaginacion.

Deseosa empero, en terminar sus indagaciones, tomó al acaso el primer volúmen que tropezó su mano, y llevándole consigo, volvió á la escalera, donde le dejó, queriendo aun antes de retirarse subir los escalones que faltaban.

A medida que los subia sentia un aire mas fresco; poco despues se levantó un ligero vientecillo que la hizo temer por su lámpara; pero cubriéndola con su velo, llegó á la cima de la torrecilla que descubierta la dejaba ver la bóveda celeste adornada de un millon de estrellas resplandecientes. Poniendo la lámpara á cubierto de la puerta se apoyó en las almenas, respirando con delicia el aire puro de la noche. Casi almismo tiempo la luna llena levantándose sobre el horizonte iluminó el castillo de Montgiscard, las murallas y la torre.

Ombelina distinguió debajo de ella los ba-

llesteros colocados de centinela sobre las cortinas de la fortaleza, pero no pensaba que su persona y la blancura de su vestido ofrecían á los atemorizados soldados el aspecto del espíritu de las ruinas balanceándose en lo alto de la torrecilla, junto al torreón de atalaya, lugar señalado ya como mansión de los duendes y los aparecidos.

Mientras estaba en aquel punto corrió sin conocerlo el mayor peligro: dos arqueros que la distinguieron, mas atrevidos que la mayor parte de sus camaradas, dispararon contra ella sus ballestas, pero no la acertaron; así al día siguiente, mas que nunca, se extendió en Montgiscard la creencia de los prodigios. Unos aseguraron haber visto serpientes de fuego, otros supusieron que dos espectros sangrientos se paseaban sobre la plataforma del castillo. Los arqueros afirmaron haber dirigido sus tiros contra un demonio que los había rechazado rechinando los dientes.

Ombelina, temiendo ser notada, pensó en fin en retirarse: bajó la escalera y recogiendo el manuscrito que había dejado en la última meseta, iba á continuar su retirada, cuando observó hácia el medio de la galería una puerta pintada de encarnado, que imaginó correspondería con las demás habitacio-

nes: corrió precipitadamente á ella, y torciendo la llave, abrió y se encontró frente á frente con un esqueleto de la muerte presentando una mano al temerario que se aproximase á él y teniendo en la otra una guadaña centelleante. Ver este horroroso objeto, que parecia precipitarse sobre ella, y huir he-
lada de terror, fueron movimientos simultáneos en la desventurada Ombelina; pero no habian concluido aquí sus infortunios: al retroceder se le cayó la lámpara y quedó sepultada en la mas profunda oscuridad; pudiendo apenas arrastrarse fuera de aquella espantosa estancia, consigue llegar á los escalones, en donde un cuerpo pesado con que tropieza, cae sobre su ropa y lleva al extremo su terror. Dejóse caer medio inanimada en la escalera, incapaz de poder levantarse para volver á su habitacion.

Algunos momentos llevaba en esta horrible situacion, cuando oyó hácia abajo un nuevo ruido de pasos, y una súbita claridad iluminó la escalera. Por un movimiento involuntario se levantó, y volviendo los ojos alrededor de sí, reconoció que el manuscrito fuertemente atado, y notable por su magnitud, era el cuerpo que con su caída habia acabado de asustarla: reanimándose entonces y tomándole consigo, bajó la escalera; mas apenas hu-

bo llegado á la puerta de la torrecilla, cuando aumentándose la claridad, la dejó distinguir el fantasma de la noche anterior, cubierta siempre la frente con su velo fúnebre, subiendo los escalones de rodillas, y recitando con una voz lúgubre las oraciones que la Iglesia reserva para los muertos.

Esto era ya demasiado para la angustiada Ombelina; empero, antes de caer en manos del espectro que tenia á la vista, entró precipitadamente en el gabinete, le atravesó y cerró la puerta de su estancia, amontonando contra la puerta los muebles que, en cualquiera otra ocasion, su debilidad no la hubiera permitido levantar: despues, arrojándose sobre su lecho, cayó en un espantoso delirio, que no tardó en arrebatlarla el uso de sus sentidos.

Este estado continuó dos dias. Marcelina y Marchessi relevándose alternativamente, no la dejaron un solo momento. Llamóse al médico del castillo, el cual examinando atentamente á la enferma, pareció temer por su vida; sin embargo, su juventud y la fuerza de su temperamento vinieron en su socorro, y en la tarde del tercer dia se encontró fuera de peligro. Entonces fué cuando volviendo en sí, recorrió con sus débiles miradas todo su aposento. Dónde estoy? esclama-

mó con una voz alterada, no hay quien me favorezca?

—Por fin hablais, respondió Marcelina. Ah! señorita, cuánta inquietud nos habeis causado! cuántas veces en estos dos dias que acaban de pasar hemos temido perderos!

—Yo he tenido un sueño! se dijo á sí misma la interesante huérfana; pero qué sueño tan horroroso! Buena Marcelina, yo os doy gracias por vuestros cuidados; no puedo manifestaros de otro modo mi reconocimiento; pero en el nombre del Dios que adoramos, juradme no volver á dejarme sola en esta horrible morada!

Marcelina lo prometió, tanto mas fácilmente, cuanto habiendo comprendido Marchessi por las palabras escapadas á Ombelina en su delirio, que era causado por el miedo, habia resuelto viniese á dormir Marcelina en el gabinetito de la torrecilla. Esta determinacion no era muy del gusto de la mujer de Jacobo, pero mandándosele imperiosamente el escudero de Mesalvo, le fué forzoso someterse á ella. Las órdenes de Marchesi eran todas sin apelacion: Marcelina enteró de esto á la huérfana, quien poco sensible á la repugnancia que manifestaba su compañera, no ocultó la alegría que le causaba esta dispo-

sición.

Su convalecencia se prolongó aun muchos dias, y el médico que la visitaba siempre en presencia de Marchesi, declaró en fin su total restablecimiento.

Ombelina desde el momento en que habia recobrado su razon, no cesaba de pensar en los diversos prodigios que habian asombrado su vista: con todo, por un sentimiento indefinible dirigia de vez en cuando una mirada de curiosidad hácia el gabinete de la torrecilla, y continuando en imaginar que por aquel lugar seria por donde conseguiria salvarse de los lazos en que la retenian, temia que durante su delirio hubiese descubierto Marchesi la puerta secreta; asi su primer movimiento, luego que pudo andar, fué para asegurarse de ello; quedó, empero, satisfecha, viéndolo todo en órden, y la cama de la buena Marcelina colocada á un extremo de la pieza. Dificilmente se creeria que ella se prometiese á sí misma continuar sus indagaciones, pero convino en que no las emprenderia sino de dia.

Pasaremos las interminables conversaciones con que Marcelina la agovió: una sola nos parece susceptible de algun interés, y es la relacion en compendio de la entrada de la conserja en su habitacion el dia siguiente

ã aquella noche fatal.

—Serian las diez de la mañana, señorita, cuando yo me decidi á venir á veros, porque no puedo menos de confesaros la repugnancia, cada vez mayor, con que atravieso esa sala de audiencia: jamás, no, jamás podré olvidar la vision de que fué teatro. Me parece ver todavia aquel padre benedictino pasar delante de nosotras como una sombra; y á la verdad no lo era? qué otra cosa puede ser el que se levanta de su sepultura cien años despues de su muerte para pasearse por salones inhabitados? Eran, pues, las diez; abro vuestra puerta y os llamo, pero no me respondeis. Vamos, dije para mí; aun está durmiendo, qué felicidad! Aproximome poco á poco, y de repente arrojásteis un grito tan lúgubre, tan horrible, que, sin pensar en vos, creyéndome todavia en presencia del padre benedictino, hui despavorida sin acordarme de cerrar la puerta: tan estremado fué mi terror! No habia dado veinte pasos en la galeria, cuando encontrándome de manos á boca con el escudero Marchesi, me asusté aun mucho mas.

«¿Qué teneis, vieja maldita? me dijo brutalmente como acostumbra, asiéndome del brazo: adónde correis en ese modo, y por qué dejais la puerta abierta?»

Antes de responderle tuve que tomar asiento, y en seguida le dije que todo el infierno estaba en vuestro aposento, y que vos os estábais peleando con una docena, lo menos, de fantasmas. Creeréis que tuvo la desvergüenza de burlarse de mí? Vinose derecho á vos, y os encontró en un estado que partia el corazon; pero advirtiendo todos los muebles amontonados contra la puerta del gabinete. «¡He ahí, me dijo, toda la causa del mal de esta jóven; tiene tanto miedo como vos!»

Vuestra situacion, sin embargo, le conmovió; y recomendándome no os dejara, fué á buscar un capellan de la casa, hombre inteligente en el conocimiento de los simples y que sin duda tiene otros mayores; porque ¡Dios me perdone! pero nadie me hara comprender que sin estar en relacion con los ángeles malos, se pueda curar á una persona, y adivinar el mal que tiene con solo tentarla el brazo, y mirarla á la cara: así, este capellan es muy digno de sus señores, y no debéis esperar de él otra cosa que socorros en vuestra enfermedad.

Esta última parte del discurso de Marcelina robó á la desgraciada Ombelina la sola esperanza que le quedaba de obtener su libertad por medio de un ministro del Señor.

Resignóse, empero á su suerte, y buscó su consuelo en la paciencia.

El capellan habia recomendado á Marchesi hacer tomar el aire á la enferma: en su consecuencia entregó á Marcelina la llave de un terrado bastante estenso que se hallaba en uno de los extremos de la galeria que conducia al aposento de Ombelina. Esta aprovechó con ansia el permiso que se la concedia, y seguida de la conserja se encaminó al terrado, encontrando el placer de volver á ver el cielo, aunque no el campo, porque la elevacion de las murallas lo impedia.

Hacia cerca de una hora que estaban en aquel sitio, cuando Marcelina aproximándose á ella, la tiró suavemente de la manga haciéndola notar un caballero del Temple asomado á una ventana, poco distante, del interior del castillo, que parecia mirarla con una extrema atencion. Ombelina se ruborizó de verse examinada de aquel modo, inmediatamente se retiró del terrado, sin contestar al templario á los saludos que no cesaba de hacerla.

Ese ligero incidente fué, durante el resto de la noche, el objeto de la conversacion de Marcelina: ella manifestó á Ombelina, sin que esta se lo preguntase, los nombres y cualidades de los diversos caballeros que

habitaban á la sazón en el castillo de Montgiscard,

«Este, señorita, que parecia complacerse tanto en veros, es el caballero de Montfalcon. No permita Dios que yo ofenda á mi prójimo! pero por san Cipriano! objeto de mi constante veneracion, yo ignoro qué bien se pueda referir de él. Si no tuviésemos aquí al señor de Mesalvo, este seria sin duda el mas malo de los caballeros del Temple. No es así el señor de Mota; oh! en cuanto a este pasa su tiempo en rezar sus oficios, en hablar solo, y mirar un retrato que nunca separa de sí. Los señores de Escalgtiens, de Maromse y Saint Hars, son como los demás templarios; en fin, señora, fuera del jóven novicio Luis d' Aurival no hay uno que siquiera me diga cuando pasa *«buens dias, madre Marcelina, como estais?»* Oh! en cuanto á este, porejemplo, si vos le hubieseis conocido, no estariais encerrada en esta triste morada. es demasiado noble para hacer derramar lágrimas de este modo: y mas de cuatro veces no he podido menos de sentir que tan generoso caballero vista un hábito que le condene á permanecer solo toda la vida

Era ya la hora del reposo. Ombelina sirviéndose apenas de los socorros de Marcelina, se desnudó, y por la primera vez acaso

despues de su entrada en Montgiscard, se entregó sin dilacion al sueño, de que tanta necesidad tenia. Hácia la media noche, un ruido agudo que llegó á su oido, la despertó sobresaltada: al mismo tiempo sintió abrir suavemente la puerta de su aposento, y al pequeño resplandor del fuego, distinguió un hombre envuelto en un gran manto encarnado y con un gorro adornado de plumas del mismo color, que se adelantaba haciendo los mayores esfuerzos para no ser oido. Ombelina tuvo la boca abierta para arrojar un grito, á fin de que Marcelina viniese á su socorro: pero observó que el desconocido, cuya fisonomía no podia examinar, sacando una linterna sorda de debajo de su manto, la dirigió no hácia su lecho, sino á la mesa de mármol en que aun estaba la espada del señor Maurand; Buenol héla ahí, dijo al momento en voz baja, y apoderándose de ella volvió á encaminarse á la puerta, la cerró sin decir nada, y el ruido de sus pasos se oyó alejarse por la galería.

En todo el tiempo de esta escena extraordinaria, Ombelina, abatida por el terror, no se habia atrevido á hacer el mas ligero movimiento: la retirada del desconocido la libró de un peso enorme que oprimia su pecho, y pudo respirar con desahogo. Perdiase empe-

ro en sus conjeruras no pudiendo adivinar por qué motivo se habia venido en aquella hora á quitar de allí la espada de su tutor: ella supuso á Marchessi autor de esta tentativa, pero encontraba la dificultad de que este criado era de mucho menos estatura.

El resto de la noche se pasó en reflexionar, y con el mayor placer vió penetrar por las pintadas vidrieras de su ventana, los primeros rayos de la aurora. Era muy temprano cuando ya estaba vestida, habiendo formado el proyecto de recorrer durante aquel dia los subterráneos en que concluía la escalera, y si era posible las piezas de lo alto del castillo. Todo parecia favorecer sus deseos. Marcelina la habia anunciado la partida de Marchesi para Aviñonet, de donde no debia volver hasta el dia siguiente, y aun ella misma habia indicado á Ombelina que pensaba pasar el dia en casa de una hermana suya, en la inmediata aldea de Deymes: hacia largo tiempo que no la veia, y como Marcelina tenia tantos deseos de referirla muchas cosas, no podia dilatar mas una visita de que se prometia tanto placer.

En consecuencia marchó á las diez de la mañana: Jacobo vino á tomar las órdenes de Ombelina, y esta le rogó vigilase para que nadie entrase en su aposento, queriendo, di-

jo, reparar con un poco de sosiego, las ma-
las noche que antes habia pasado.

Habiendo separado así á todos los que hu-
bieran podido poner obstáculos á sus proyec-
tos, tomó una antorcha de resina, que se le
habia dado, y entrando en el gabinete se re-
solvio á abrir aquella puerta falsa. Varias
hendiduras practicadas en el espesor de la
muralla daban alguna claridad á la escale-
ra, de la que se aprovechó para bajarla con
rapidez. Llegada á los últimos escalones, vol-
vió á encontrarse en completa obscuridad, y
y entonces haciendo uso de su antorcha se
introdujo resueltamente en aquellos húmedos
y prolongados subterráneos.

Despues de recorrerlos algun tiempo, lle-
gó á una pequeña escalera, que parecia con-
ducir á los pisos superiores: subió por ella,
y vió que terminaba en una salita, en la cual
se obstinó en buscar alguna salida; pero no
encontrándola, se dispuso á salir para ba-
jar otra vez la escalera. Retrocedió en efecto;
pero habiendo tropezado con una cosa que
se enredó en sus pies, se inclinó á fin de exa-
minar lo que era, y encontró un ropaje lige-
ro que levantó; pero un sudor glacial se apo-
deró de todo su cuerpo al reconocer el velo
negro sembrado de lágrimas blancas, que
llevaba la fantasma las dos veces en que ha-

bia contemplado sus horrorosas formas. Permaneció inmóvil algunos momentos, escuchando atentamente, por si oia alguna espantosa palabra, pero el mas profundo silencio reinaba en aquellas tenebrosas bóvedas.

No queriendo prolongar mas tiempo su mansion en aquellos lugares, volvió á bajar rápidamente la escalera, y se encontró en una larga avenida cuya sinuosidades siguió. Una tercera subida se ofreció á sus pesquisas, y no dudando esta vez haber hallado el verdadero camino, la subió con la esperanza de conseguir abrir una salida.

En un momento en que se detuvo para tomar aliento, la pareció haber oido un profundo gemido lanzado cerca de sí. Estremecióse, y bien pronto por segunda vez llegó el mismo rumor á sus oidos: entonces no pudo menos de retroceder llena de espanto chocando con una puerta, que á este empuje se abrió de par en par, y percibiendo una gran claridad, penetró en un pequeño oratorio. Presentóse á su vista la imagen del Salvador del mundo, y arrojándose de rodillas le suplicó la protegiese. Mas serena despues de su corta plegaria volvió á levantarse, y quiso abrir la puerta correspondiente á aquella por donde habia entrado; pero fueron vanos sus

esfuerzos, la fuerte cerradura que la aseguraba la convenció en la inutilidad de sus tentativas.

Obligada á poner término á sus indagaciones, tuvo el dolor de volver atrás sin haber logrado nada en su proyecto; salió pues del oratorio cerrando la puerta, y bajó tristemente la escalera. Un tercer gemido se hizo oír! miró con estremecimiento á todas partes y distinguió sobre una cornisa poco elevada dos ojos centelleantes que fijamente la miraban. Semejante vista acabó de desconcertarla: al mismo tiempo un ruido mayor llegó á sus oídos, un cuerpo helado se abalanzó sobre ella como para derribarla, y pasando rápidamente á su lado, estuvo á punto de apagarle su antorcha.

Ombelina atemorizada sobre toda espresion, echó á correr, creyendo cada momento ver salir de detrás de alguno de los pilares, el fantasma cuyo velo lúgubre habia encontrado.

Felizmente no hubo nada de esto, y sin mas contratiempo pudo llegar hasta su gabinete. Demasiado conmovida, y debilitada tambien las fuerzas para continuar sus pesquisas, se retiró á su aposento; prometiéndose aprovechar mejor otro dia. Vencida por la fatiga se dejó caer sobre una silla, en la que per-

manecía hacia algun tiempo, cuando se abrió la puerta de su habitacion. La huérfana bendecia ya la casualidad de haber regresado antes que pudiesen advertir su ausencia, creyendo ver entrar á Marchesi, Marcelina ó el viejo Jacobo; pero su asombro fué superior á toda espresion, cuando bajo el manto de templario, creyó reconocer á aquel caballero, cuya atencion habia escitado cuando se paseaba en el terrado.

—Mochas gracias debo dar á mi perseverancia y á mi buena fortuna, la dijo, que con tanta felicidad me han servido en esta ocasion. Desde ayer deseaba ardientemente admirar mas de cerca la incomparable belleza encerrada en estos muros, y cuya tristeza ha venido á hermosear. Sin duda debemos quejarnos de las precauciones tomadas por un celoso, avaro de nuestros placeres, puesto que lejos de ofreceros á nuestros homenajes, os oculta de este modo á las miradas de todos.

Este discurso, el tono libre con que fué pronunciado, el aire osado del caballero de Montfalcon, confundieron á la modesta Ombelina. Bien distante de inspirarla confianza, el templario, le pareció digno compañero de Mesalvo su perseguidor; lejos, pues de responder al cumplimiento que acababa de hacerla, le replicó en estos términos:

—Yo creía, caballero, que esa galantería de que me habláis, colocase en el número de sus primeras reglas no interrumpir la soledad de que una desea disfrutar, y no os ocultaré cuánto me sorprende veros faltar á ellas en esta circunstancia.

Estas pocas palabras friamente pronunciadas, desconcertaron á Montfalcon, á pesar de toda su serenidad: tartamudeó algunas escusas, y viendo que Ombelina no le respondía, se indignó, y dejando la máscara de decencia, que por un momento habia tomado, la dijo con una sonrisa sarcástica, que hacia muy bien en guardar fidelidad á Mesalvo; pero, añadió: «no sois bien recompensada, porque nuestro tesorero no desperdicia ocasion en Tolosa, de divertir el disgusto de la ausencia, y vos, á ejemplo suyo, deberíais tratar de recurrir á un consolador.»

Estas insolentes palabras fueron recibidas cual merecian; es decir, con el silencio del desprecio; pero Montfalcon, cuyas ideas estaban algun tanto ofuscadas por los vapores del licor báquico que acababa de beber copiosamente, no renunció al proyecto de atormentar á la hospitalaria: creíala una de las mujeres perdidas de que Mesalvo estaba siempre rodeado, y bajo este concepto olvidaba todas las consideraciones debidas á su

sexo y á la virtud

—En vano, amable criatura, continuó, mostrais ese rostro irritado; hagamos un conocimiento mas íntimo, y me lisonjeo que no os arrepentireis. Y al concluir esta ultrajante chanza, se aproximó á ella en ademán de estrecharla en sus brazos. Ombelina retirándose con indignacion, creyó detenerle con estas solas palabras:

—Caballero, sin duda os olvidais!...

Se engañaba, el atrevido templario, persiguiéndola, la convenció de la estension del peligro que corria en aquel momento; pero resuelta á huir de él de cualquier modo, y observando que la puerta habia quedado abierta, se encaminó prontamente á ella y salió á la galería. El templario sorprendido de su determinacion, y no queriendo abandonar su presa, corrió tras de ella y la alcanzó al llegar á la sala de audiencia. Sintiéndose ya asida por el, Ombelina fuera de sí, agarrándose fuertemente á la balaustrada de cobre dorado en que Marcelina puso la lámpara la noche de su llegada á Montgiscard, arrojó gritos de terror, implorando el socorro de los ángeles del cielo; porque, qué asistencia debia esperar en aquella detestable morada!

Sin embargo, la encontró como vamos á ver. En tanto que su perseguidor trataba de

arrancarla de la posición que había tomado, entró en la sala otro templario y admirado de lo que veía, se aproximó á Montfalcon, y tomándole del brazo, le dijo:—Caballero, pensais en lo que haceis? podeis atormentar de ese modo á esta jóven?

Montfalcon replicándole despues de haber proferido horribles blasfemias:—Salid de aqui vos mismo, le dijo, señor de Aurival, yo no gusto de advertencias ni reconvenciones.

—Poco me importa, replicó vivamente el primer interlocutor, pero si esta señora á quien atropellais, quiere aceptar mi auxilio, no la violentareis impunemente.

—Ah! sin duda, exclamó la desolada Om-belina, ah! sin duda caballero; yo os admito por mi defensor: víctima de una traicion horrible, arrancada del más sagrado asilo, debia yo esperar no encontrar en estos muros sino perseguidores, y guerreros tan sin honor, como sin alma?

—No os lo hagais repetir tercera vez, volvió á decir Montfalcon, esto no os importa de manera alguna, y pensad, novicio d'Aurival, en el respeto que debeis á vuestro superior, al caballero que en ausencia de Mesalvo, tiene el mando de esta fortaleza.

—Vuestras amenazas no son capaces de intimidarme: no ignoro que la gerarquía de la

orden os ha colocado sobre mi, pero sé tambien que cuando mi jefe se olvida de sí mismo, no es ni aun mi igual.

Enfurecido por este contratiempo y por la prolongada obstinacion del noble Luis, Montfalcon abandonando á Ombelina, tiró de la espada, y se dirigió á él repentinamente. D' Aurival sorprendido por este ataque imprevisto retrocede dos pasos, y armándose igualmente se prepara á defenderse. A la vista de este combate por su causa, la jóven hospitalaria se arroja entre los dos adversarios suplicándoles abandonar su querella y dar oidos á sentimientos mas humanos; pero los caballeros no estaban en disposicion de escucharla. su cólera habia llegado al mas alto grado, y solo con la sangre de uno ú otro podia satisfacerse el corage que los animaba.

En tanto que se dirigian terribles golpes, ábrese la puerta del salon, y se presenta Mesalvo. A su vista los dos combatientes se detienen, y la trémula Ombelina esperiméntó un nuevo terror.

—Se me explicará, exclamó el tesorero de la órden, el motivo de este extraño combate? Qué! vos d' Aurival peleando con Montfalcon! Olvidais de ese modo los deberes y el respeto que os imponen nuestras reglas?

A este apóstrofe, el señor d' Aurival que

pensaba no merecerle, refirió el motivo de la contienda confirmado por el silencio de Ombelina. Mesalvo se mostró vivamente irritado y trató con la mayor dureza á Montfalcon; este replicó con igual altanería, y Mesalvo exasperado le mando dirigirse á las prisiones del castillo.

Por primera vez se vió desobedecido por uno de sus inferiores: Montfalcon le replicó que él no era esclavo suyo, y salió sin esperar su respuesta. Una conducta semejante pareció un nuevo ultraje á los ojos del presuntuoso italiano, que juró tomar la condigna venganza; y despues de haber dado gracias á d' Aurival, le rogó se retirase que él se encargaba de defender á la hermosa afligida.

Al oír estas palabras, Ombelina se abandonó á una nueva emocion, previendo las desgracias que iban á caer sobre ella. Por un momento tuvo el pensamiento de reclamar aun la proteccion del bello novicio; pero un sentimiento desconocido la detuvo, temiendo atraer sobre su defensor la cólera de Mesalvo, de cuyo poder estaba por desgracia persuadida.

D' Aurival admirado de los encantos de Ombelina, experimentó un vivo dolor en separarse de ella; pero obligado por su santo deber, se alejó despues de haber llevado res-

petuosamente la mano sobre su corazón. Mesalvo tomó esta señal por la de la obediencia, y Ombelina interpretándola mejor, vió una muestra de la adhesión sin límites que el caballero la ofrecía.

Precisada á volver á su aposento seguida de Mesalvo, la triste huérfana rogaba interiormente á los ángeles del cielo viviesen á su socorro; pero bien pronto se vió libre de sus angustias: el templario recibió un urgente mensaje traído de Tolosa por un correo, y cualquiera que fuese su deseo de prolongar su visita, se vió obligado á ir á ocuparse de los importantes acontecimientos que desarrollaremos en el capítulo siguiente.

Luego que Ombelina se vió sola, elevó sus pensamientos á su Criador, y no pudo recordar los acontecimientos de aquel día sin traer también á la memoria el jóven caballero, cuya asistencia la habia libertado de uno de los mayores peligros que en su vida habia corrido.

XV.

La vista de la bella Elfegia d' Auvillars habia impreso en el alma del marqués de Levis un sentimiento desconocido para él hasta aquel dia: el amor verdadero le dominaba con todos sus ardores, sus trasportes y su constancia. El fué quien al salir de la casa del duque d' Auvillars, habia rogado al trovador Arnaud Vidal le acompañase á la serenata nocturna destinada á hacer conocer á Elfegia una parte de su nueva ternura; por la misma razon, con qué entusiasmo aceptó la proposicion del vizconde Aquiles d' Auvillars de venir á pasar un dia en la ca-

sa de su padre!

Adolfo, aumentando con un esmerado adorno el esplendor natural de su belleza, se presentó bajo los auspicios de su amigo, palpitando de impaciencia y de ternura. Arnaud Vidal, secreto confidente de sus pensamientos, le habia ya precedido, y colocado al lado de las dos jóvenes hermosuras encontraba con destreza los medios de aventurar frecuentemente algunas palabras en favor del marqués de Levis. Este hizo conocer á Elfegia desde su llegada el estado de su corazon, por sus ardientes miradas, sus distracciones y su turbacion. Aquella hermosa se sonroseó adivinándolo; pero el color que subió á su rostro no fué motivado por la cólera.

El duque satisfecho de una relacion, cuyas consecuencias podian llegar á ser tan conformes á sus proyectos, acogió á Adolfo con una particular distincion. Se le manifestó tanta amistad, los ojos de la señorita d' Auvillars le espresaban tanta indulgencia, que él se contemplaba en el colmo de sus votos. Pero esto no le bastaba; tan impetuoso como tierno, hubiera querido desde luego obtener la confesion de una pasion reciproca, y buscaba con obstinacion los medios de conseguirla.

Propúsose dar un paseo en el jardín: el duque d' Auvillars habia recorrido la Italia en su juventud, y adquirido en ella el gusto por las artes, que ya principiaban á parecer en aquel hermoso pais, el cual aprovechó en adornar su jardín de fuentes, parterres, bosquetes, floridas alfombras de césped y gran número de estatuas, interpoladas entre preciosos jarrones llenos de las mas raras y hermosas flores. En uno de los ángulos del jardín se observaba un espeso bosquecillo en cuyo centro habia una fuente con un hermoso surtidor, cuyas cristalinas aguas se elevaban á la altura de los árboles, y sus bordes estaban rodeados de magníficos naranjos. La reunion se dirigió á aquel agradable sitio, á fin de gozar en él el encanto de la soledad, y la deliciosa frescura que la fuente proporcionaba

A poco tiempo de estar en él, vinieron á llamar al duque d' Auvillars; este se marchó dejando á Elfegia y Odila acompañadas del trovador Vidal y del marqués de Levis. La conversacion, bastante alegre, se animo aun mas: Vidal era elocuente, hablaba con tanta gracia, que nadie se cansaba de oirle. Empero, á pesar de todó su genio, una sola palabra de Elfegia hubiera borrado todo lo que él podia decir de mas agrada-

ble, pero la jóven parecia rehusar el pronunciarla.

No sabemos, sin embargo, cómo fué; pero separándose el uno del otro, arrastrados sin duda por la casualidad, Vidal y Lévis se encontraron igualmente satisfechos: y cuando Elfegia volvió á aproximarse á Odila, sus encendidas mejillas, sus ojos bajos, su obstinado silencio, descubrieron á esta última lo que el aspecto orgulloso, la radiante alegría del marqués de Levis, habia demostrado á la mirada penetrante del trovador: aquellos dos seres formados para entenderse, se habian entendido, en efecto, cediendo así á la inclinacion recíproca que el amor y las conveniencias hacian nacer en sus corazones.

En tanto que entregados á los goces de una mútua expansion, olvidaban el resto del universo, mientras Elfegia abandonaba como al descuido su blanca mano al impetuoso Adolfo, se presentó de repente á su vista el gran prior del Temple, conducido por el duque d' Auvillars. La sorpresa fué extrema de una y otra parte: á pesar de todo su arte en disimular las impresiones profundas, d' Aigremont sufrió en su semblante una alteracion tan súbita, sus contraidas facciones se revistieron de una espresion tan horrible, que el estado de su alma se hubiera desarrollado

á las miradas de los que en aquel momento le hubieran observado; pero cada uno se ocupaba de sí mismo, y solo Vidal notó el extraordinario efecto de que acabamos de dar cuenta. Una luz repentina le iluminó al mismo tiempo.

Conociendo al gran prior, instruido de una parte de los sucesos de su vida, sabiendo lo poco acostumbrado que estaba á respetar la inocencia y la virtud, se estremeció á pesar suyo, previendo los dias de tempestad preparados por d' Aigremont á aquellos dos seres que el trovador tan tiernamente amaba: no dudando que el gran prior suspirase en secreto por la jóven duquesa, se prometió desde luego vigilar atentamente sus pasos, y observarle de cerca. En el alma del templario germinaban siniestras reflexiones; veia claramente la facilidad con que habian seducido á Elfegia las brillantes cualidades del marqués; presagiaba los obstáculos que esta pasion naciente opondria á sus designios; pero al mismo tiempo juró vencerlos, y proscribió la vida de su afortunado rival.

El duque d' Auvillars no leia tan adelante en el porvenir: contento con su esplendor presente, no trataba de investigar la causa del regocijo de los unos, y de la constante tristeza del otro: parecia natural que á la

edad de Adolfo y de Elfegia no se hablase mas que de amor, y encontraba tambien muy sencillo que la memoria de importantes negocios hiciese fruncir el ceño de vez en cuando al gran prior del temp'le.

Entre tanto, aproximandose la hora de la comida, indicó á los convidados que volviesen á la casa. Apenas hubieron entrado en ella, el primer escudero del duque vino á anunciar á su señor, que estaban servidas las viandas, espresion que se usaba en semejantes casos. La sala del festin estaba magnificamente decorada, los platos fueron numerosos y delicados. El duque poseia inmensas riquezas, gustaba mucho del fausto, y asi su casa apenas cedia en suntuosidad á las de los reyes y príncipes de la sangre de Francia.

Mil frases galantes animaron la comida; un coro de música oculto detrás de un bosque figurado al extremo del salon imitaba la armonía de los pájaros. A poco se vió parecer un equipaje de caza; un baron atravesó el teatro llevando un halcon en el puño: en seguida se presentaron unos pastores cantando sus rústicas canciones: estos fueron reemplazados por caballeros armados de todas clases de armas que figuraron un reñida combate. Viéronse despues las tres virtudes

teologales perseguidas por el demonio, á cuya defensa vino el arcángel san Miguel, descendiendo del empíreo en una radiante nube. Esta escena terminó el misterio y dejó á los convidados encantados del distinguido gusto y noble proceder del duque d' Auvillars (1).

Al mismo tiempo Adolfo, siempre deseoso de hacer parecer á sus amigos ventajosamente, pidió, para completar la fiesta, un romance caballeresco al trovador Arnaud Vidal. Conocido por todos el mérito de este amable artista, las instancias se redoblaron de todas partes; en vano su modestia combatió algun tiempo, tuvo que ceder al deseo general. Presentósele una guitarra, y despues de un gracioso prelude cantó en estos terminos:

(1) El arte de la cocina, el del adorno de las mesas y representaciones dramáticas que hacian entonces parte de los grandes festines, se llevaban en aquella epoca á un punto de lujo asombroso; los que deseen conocer mas pormenores pueden consultar la obra de Le Grand d' Aussy, titulada: *Historia de la vida privada de los franceses*.

ALIENOR.

ROMANCE.

A la puerta de un gótico castillo
sobre una estéril roca levantado,
un trovador sensible y agraciado,
llegó una noche demandando asilo.
Gozoso le recibe el castellano,
no ignorando que genio y alegría
con el hijo feliz de la armonía
enlazados se encuentran por la mano.

«Tú que sabes trovador
lanzar la flecha ligera
y cantar himnos de amor,
vienes de tierra estrangera?
Triste y sola en este instante
la hermosa y noble Alienor,
de la ausencia de su amante
sucumbe al fiero dolor.
Raul, valiente guerrero,
siguió á Luis á Palestina,
á rescatar con su acero
la sepultura divina.
Dicen que en clima lejano,

corriendo en pos de la gloria,
halló su destino insano,
la muerte, con la victoria.
Desde entonces Alienor
oculta en torre sombría,
no da oídos al amor
de donceles de valía.
Su corazón desolado
solo en llorar se complace,
y sobre el mármol helado
siempre prosternada yace.

Me has pintado, castellano,
un luto que me interesa,
y siendo yo fiel hermano
de aquella heroica nobleza,
que en país tan inhumano
de pelear nunca cesa,
el dolor de tu señora
quiero calmar con mi acento,
si oír mi arpa sonora
permite su sentimiento.

En la lúgubre capilla
al pie de un sepulcro helado,
la hermosa Alienor se humilla
llorando á su esposo amado.
El trovador se adelanta,
y sumida en su dolor,
si la vista no levanta,
escuchar quiere al cantor.

Con gracia y suma destreza
pulsa su arpa el trovador,
luego su romance empieza
con dulce y sonora voz.

Habla de un noble mancebo
en la occitania famoso,
que al pie de un frondoso acebo,
recibió el beso de esposo.

Que al ir á arriesgar su vida
por vengar al Dios que adora,
obtuvo de su querida
la banda que le decora!...

No concluyas trovador...

dijo á este tiempo la hermosa,
y enagenado de amor

Raul abraza á su esposa.»

La satisfaccion que los circunstantes experimentaron escuchando á Arnau i Vidal, causó un vivo regocijo á la jóven Odila, lisonjeada de ver celebrar de aquel modo al objeto de su eleccion, y de ser proclamada dama de un trovador tan famoso.

Aproximábase la noche, y para terminar un dia tan fausto, se dispuso pasar á la sala destinada á los placeres del baile, á tiempo que un criado con muestras del mayor sobresalto, corrió hácia el duque d' Auvillars, anunciándole que un grupo numeroso de gen-

La armada rodeaba la casa, y que el señor Felipe de Fontanes, viquier de Tolosa, pedia hablarle en nombre del rey.

Esta imprevista noticia suspendió el regocijo de la concurrencia: la sorpresa fué general, y la tristeza de unos, la curiosidad de otros, formaba un cuadro bien diferente del que poco antes se podia haber observado en aquel mismo lugar.

El duque admirado con semejante anuncio, pero afectando una serenidad superior á todos los acontecimientos, ordenó que el señor de Fontanes fuese introducido al salon, adonde se dirigió en seguida él mismo, acompañado de su familia, de d' Aigremont, el marqués de Levis y Arnaud Vidal.

Luego que el viquier de Tolosa (cargo ocupado siempre por la mas alta nobleza) se halló en presencia del duque:

— Señor, le dijo, vengo con dolor á llenar un deber penoso, pero el cual me ha sido imposible rehusar. Algunos enemigos ansiosos de perderos, han llevado á los pies del trono una delacion contra vos, asegurando que en connivencia con vuestro tio el arzobispo de Burdeos, Bertran de Goth (1) y el resto

(1) La casa de Goth era una de las ma

de vuestros deudos, estábais dispuestos á levantar el estandarte de la rebelion, sea en favor del pontifice romano, sea en apoyo de los intereses del rey de Inglaterra.

—Yo! exclamó el duque, yo! hacer traicion al soberano á quien sirvo! esa acusacion es odiosa, y me indigna mas que me asusta.

—Ese noble movimiento me llena de complacencia, respondió el señor de Fontanes, y no dudo un momento que vuestra inocencia brillará facilmente; pero el monarca está alarmado, sabe que se conspira en Tolosa: se os ha designado como uno de los gefes de ese odioso complot, y he recibido de su parte

ilustres de la Guyenne, y se la conocia desde el siglo XI. Bertrand de Goth, arzobispo de Burdeos, era hijo de Bertrand de Goth, caballero: pasó de la silla episcopal de Cominges á la de Burdeos en 1299 y fué electo papa en 1305: murió el 20 de abril de 1314. La familia de Goth, estinguida poco despues en la linea directa, se perpetuó por la rama de los marqueses de Bonillae, que tomaron el título de duques de Epernon, diciéndose sustituidos en este ducado, y concluyeron ellos mismos en fines del siglo XVII.

la órden terminante de asegurar vuestra persona.

—Y qué! venis á prenderme?

—Padre mio! exclamó Elfegia desesperada, mi tierno padre! nos sereis arrebatado de ese modo?

Los hijos del duque participaron del dolor de su hermana, y aquella casa en que reinaba la alegría algunos minutos antes, resonaba ahora con las exclamaciones de la desesperacion.

Odiia, Arnaud, Levis tomaron la mas sincera parte en los penosos sentimientos de aquella ilustre familia. El gran priordel templo, aparentando estar igualmente consternado, podia apenas contener el maligno júbilo que este acontecimiento le inspiraba, siendo para él un verdadero motivo de satisfaccion: entreveia ya al duque en los horrores de una prision; á Elfegia abandonada á si misma, y por consiguiente mas espuesta á caer en el precipicio que el crimen no tardaria en abrir delante de sus pies.

No supo, empero, sin conmocion, la conducta de Felipe el Hermoso, con los sospechosos de conspirar contra el estado. Su conciencia le recordaba que era del número de los verdaderos facciosos, y el temor penetraba en su alma; pero se lisonjeaba encontrar un po-

deroso apoyo en la dignidad y en la órden, y desechar los sobresaltos que un momento le asaltaron.

Al rumor del estado del duque, su numerosa servidumbre de pages, escuderos y guerreros corrieron á armarse é hicieron temer una resistencia: sus hijos llevaban ya la mano á la guarnicion de sus espadas, cuando con una señal el señor d' Auvillars detuvo este imprudente movimiento.

—No permita Dios, dijo, que yo me rebelle contra mi lejítimo señor! Creedme, hijos míos, no prestemos armas contra nosotros mismos. Se me acusa, yo debo defenderme y probaré mejor la injusticia de la acusacion con una sumision sin límites, que con una rebellion, que no tardaria en ser castigada. Mi querida hija, tú eres quien particularmente motiva mi sentimiento en esta circunstancia: hábiame lisonjeado de verte en breve dichosa: estos desagradables sucesos podrán acaso dilatár tu felicidad, si no llegarán destruir-la enteramente.

—Ah! señor, exclamó el marqués de Lévis por un movimiento espontáneo, y adivinando el pensamiento del señor de Auvillars, creed que si la felicidad de vuestra encantadora hija podia nacer de mi amor, yo juro que este jamás tendrá límites, y que vuestra desgra-

cia, lejos de oponerle un obstáculo, le aumentarán hasta lo infinito.

En medio de la pena que tan justamente agoviaba á Elfegia, semejante declaracion la procuraba un singular un alivio. Enteramente entregada á la ternura que, desde largo tiempo se le habia inspirado hácia Adolfo, parecíale bien dulce en el momento en que la bárbara suerte heria tan rudamente á su familia, la segura esperanza de verse unida un dia el amante de su eleccion. El duque d' Auvillars participaba de su satisfaccion; pero d' Aigrement adquiria con ella un nuevo grado de ódio contra Levis, y de indignacion contra Elfegia. Intentó por un rodeo impedir que el duque respondiese á Adolfo, mas sus esfuerzos fueron vanos: el alma del señor d' Auvillars estaba demasiado fuertemente conmovida y satisfecha para no aprovechar aquella circunstancia, manifestando al noble Levis la gratitud que merecia.

—No esperaba menos, le dijo el anciano, de vuestro generoso corazon, y confieso con placer que en el rigor de mi destino, vos solo podeis proporcionar á él un pronto alivio.

«Marqués de Levis, no es ya tiempo de hacer misterio de los designios de vuestra familia y la mia: mi hija os está destinada hace

largo tiempo y vuestra lealtad va á apresurar un enlace que con tanto júbilo veré yo efectuar. Oh Elfegia mía! tu padre te será en breve restituido, y el mismo día de su regreso á Tolosa lucirán las antorchas de tu himeneo: esperando este momento, que tan ardientemente deseo, dejo el palacio de tus abuelos: en mi ausencia solo te ofrecería una triste soledad; vé, pues á refugiarte al lado de tu tía Elgidia, y en el monasterio en que ella llora á su esposo, tú esperarás con tu amiga el momento en que el rey, mejor informado, proclamará mi inocencia, volviéndome la libertad y castigando á mis cobardes calumniadores.»

Después dirigiéndose al señor de Fontaines:

— Señor viquier, le dijo, perdonad si os he hecho esperar: ya estoy á vuestras órdenes, y cumpliendo con vuestro deber podeis conducirme á la prision que me tengais preparada.»

— Noble duque, respondió el viquier, yo me he explicado mal, sin duda, si os he hecho entender que debia guardaros en Tolosa: la orden del monarca me previene asegurar vuestra persona, y haceros partir en seguida bajo buena escolta, para París, donde Felipe quiere interrogaros por sí mismo.

Este nuevo rigor fué vivamente sentido por el duque y su familia: sus dos hijos pidieron el permiso de acompañarle con alguna gente de su casa; y el señor de Fontanes, lleno de delicadeza y de consideracion á la desgracia, no quiso rehusar un favor tan tiernamente solicitado (1): era digno por sus generosas virtudes de la elevacion de su familia.

En tanto que el infortunio parecia agoviar la casa d' Auvillars, d' Aigremont, por un concurso casual de circunstancias, marchaba, al parecer, de triunfo en triunfo: él era la prueba viva de que á veces el cielo permite al infierno ser en todo favorable al malvado, á fin de que el colmo de la fortuna haga mas notable la profundidad de su caida, cuando la voluntad de la soberana justicia la decida

Con cuánta razon el granprior del Tem-

(1) Desde principios del siglo XIV se encuentra la familia de Fontanes en el número de las que tenian el primer rango en Tolosa, ya en el capitulado, ya en el cargo importante de viquier, antiguo teniente de los condes de Tolosa, y despues de los reyes de Francia. El sello de la familia de Fontanes en aquella época, representaba una fuente de plata sobre campo azul.

ple debía dar gracias á su estrella, que, alejando al duque d' Auvillars en una ocasion propicia para él, conducia el objeto de sus culpables deseos á un lugar en que todo estaba á su disposicion, y cuya superiora, poco digna de aquel cargo, era su propia hermana!

Eloisa d' Aigremont, educada por su hermano, habia adoptado sus mismos principios, y á la sombra del claustro, se entregaba á desórdenes semejantes á los que formaban la ocupacion ordinaria del templario.

Ya mas de una vez, las santas virgenes sometidas á su dominacion, habian intentado elevar sus justas quejas al arzobispo de Tolosa, y aun al mismo pontifice, contra su abadesa; pero el favor creciente de d' Aigremont habia triunfado, y Eloisa, lejos de ser depuesta de su dignidad habia castigado á sus acusadoras: todo temblaba en la actualidad ante su presencia.

El monasterio que habitaba se elevaba á corta distancia del Temple donde d' Aigremont tenia su residencia; y algunos sordos rumores repetian que el hermano y la hermana sabian comunicarse por conductos ocultos, desconocidos á los habitantes de Tolosa, pero esto no pasaba de conjeturas, y nadie era bastante atrevido para alzar la voz sobre

el particular: tan formidable era el poder de los templarios.

En aquel mismo monasterio, como hemos visto, Elfgia tenia una tia. Elgidia de Goth, hermana de Bertran de Goth, arzobispo de Burdeos, habia casado con el baron de Langon, descendiente de los antiguos Armagnac, el cual habia muerto hacia poco. Elgidia para llorar su pérdida con mas libertad, habia querido pasar en el retiro el tiempo de su viudez, sin que por eso dejase de atender á la educacion de sus hijas, y al cuidado de su numerosa familia.

A ella fué á quien Elfgia debia ser confiada, en compañía de Odila, su inseparable amiga: retiróse en efecto inmediatamente despues de la partida de su padre á aquella morada, que creia deber ser el asilo de todas las virtudes, y en la que el vicio la veia entrar con el mayor regocijo.

Antes del momento de la separacion, Adolfo la reiteró las seguridades de su inalterable ternura, la pidió y obtuvo el permiso de presentarse alguna vez á la reja, prometiéndose no dejar pasar un solo dia sin aprovechar el favor que acababa de concedérsele.

Retirose al mismo tiempo que d' Aigremont: este, bajo el fingido pretesto del interés, quiso acompañarle hasta su morada, y

dejándole en ella, corrió á prevenir á su hermana de lo que pasaba, de sus esperanzas, y del papel que la destinaba.

Arnaud Vidal no habia querido, como lo hizo Adolfo, abandonar así la casa d' Auvillars: un importante cuidado le retenia en ella. Despues de haber besado la mano al duque, y dado útiles consejos á sus hijos, que le acompañaban, volvió al salon donde, afortunadamente encontró sola á Odila. Elfegia habia salido á dar las últimas órdenes al mayordomo de su padre, recomendándole pagar exactamente muchas pensiones que ella tenia señaladas á familias honradas é indigentes. Odila, pues, viendo venir á Arnaud Vidal, le salió al encuentro desecha en lágrimas.

—Ay de mí! le dijo; debíamos esperar este golpe terrible que aniquila todos nuestros proyectos? Yo voy á dejaros, querido Vidal, y acaso en mucho tiempo no volveremos á vernos reunidos; porque, dígame lo que se quiera, yo no puedo acomodarme á la idea de cerrar tras de mí las rejas del monasterio. Se me figura que no han de volver á abrirse jamás, y francamente, no quisiera pasar el resto de mis dias en semejante morada.

—Esperemos, mi querida amiga, la dijo el trovador; esperemos que nuestra separacion no será eterna. Vos no dejais á Tolosa, ni yo

me alejo de ella; por consiguiente fácil nos será reunirnos. Pero en este momento, os lo confieso, el peligro que corren nuestros amigos me ocupa sobre todo: ellos están serenos, porque no sospechan las desgracias que les amenazan, preparadas por la mas diestra perversidad.

—Vuestro aire solemne me hace estremecer. Podríamos ser mas desgraciados de lo que somos? Sospechais en peligro la vida del duque d' Auvillars? Sabeis alguna cosa de la acusacion de que es victima?

—Odila! vos amais á Elfegia, pues bien, velad sobre ella! El convento en que cree encontrar el reposo, será el lugar en que la perfidia podrá acaso perderla con mas facilidad.

—Esplicaos, por Dios! vuestras misteriosas palabras me causan un sobresalto sin igual! Las faltas imputadas al duque podrian recaer sobre su inocente hija? Jamás me hareis creer que se la pueda sospechar de conspirar contra el Estado, y si esta inculpacion tuviese lugar con respecto á ella, vuestra Odila tendria tambien su parte, porque no hay un pensamiento suyo que yo no conozca, y en ese caso tendriais una conspiradora por amante.

—Siempre se ha de conocer vuestro carác-

ter ligero, y jamás os habeis de resolver á tratar con seriedad las cosas mas importantes. Sabed lo que yo sospecho, y cuya certeza hasta ahora, me lo confirma toda. Acabais de ver con qué interés el gran prior del Temple ha aparentado tomar parte en la desgracia de vuestro protector. Y bien! yo os declaro que Antonio d' Aigremont es el autor de la horrible acusacion bajo la cual acaba de sucumbir el duque.

—Estais en vos, Vidal? podeis concebir semejantes ideas? Yo os ruego no las propaleis en otra parte: se os trataria de calumniador, y no sabria yo cómo defenderos... Acusar al gran prior, al amigo de la familia, al que acaba de dar pruebas tan enérgicas de su sensibilidad! No os lo puedo perdonar. Y por qué causa, si os agrada, le supondriais semejante felonía? Yo creo, en verdad, que el dolor ha frastornado algun tanto vuestra cabeza tan bien organizada.

—Ya esperaba yo vuestra incredulidad, pero fácilmente podré destruirla. Hace tiempo que conozco á d' Aigremont; su vida pasada es un tejido de crímenes, de falsedades y perfidias: él no vacila jamás en sacrificar á sus deseos todo lo que le parece puede oponer obstáculos á ellos: la edad no ha amortiguado todavía sus pasiones. Vos le creéis ocupa-

do en llorar la pérdida de la noble Etelmunda d' Armagnac, en tanto que su corazón se abrasa en una llama culpable, cuyo objeto es Elfegia. Vuestra admiración se redobla, ya lo veo, y no me sorprende, pero fíaos en mi experiencia, mi vista no me engaña. Hoy he acabado de descubrir los sentimientos secretos de d' Aigremont, y todo me asegura que la acusación intentada contra el duque, ha sido uno de los medios de que se ha servido para aislar á Elfegia, y colocarla mas á riesgo de sus empresas. Juzgad, pues, mi querida amiga, el dolor que me ha penetrado al ver que el mismo duque concurre á la perdición de su hija, depositándola en el monasterio de... Sin duda enaontrará en él á su ilustré tia, mas también estará dominada por esa Eloisa d' Aigremont, cuyos desórdenes no han tenido límites. Digna hermana de tal hermano, ella le servirá al grado de sus deseos: sí, os lo repito, d' Aigremont ama á Elfegia, y la ama con el ardor criminal de que sola su alma es capaz.

Le habeis visto irse acompañando al marqués de Levis; un impulso celoso es el que le ha hecho obrar, y no dudo que en este momento esté tratando de perder á ese joven héroe. Pero me prometo oponerle obstáculos, yo velaré sobre Adolfo, yo burlaré las

maquinaciones de la perversidad. Vos, mi tierna amiga, secundad mis cuidados con vuestra vigilancia: confundid las tramas que van a rodear á la jóven duquesa; seamos nosotros sus guardadores, y mientras su confianza los entregará á sus enemigos, la amistad los salvará de las emboscadas que les armen. No juzgo, empero, necesario comunicar mis temores á Elfegia; dejémosla tranquila: acaso yo esté engañado en mis conjeturas, y en este caso no aumentemos sus sinsabores con una advertencia inútil.

— Vos me confundis, y lo confieso, me admira vuestra penetración. Ah! cómo he podido yo un momento creerme obcecado! mi amistad me hace concebir temores; yo adopto vuestras inspiraciones, y á vuestro ejemplo juro no perder de vista un instante á la duquesa.

Aquí terminó la conversacion: Elfegia entró y se aparentó no ocuparse ya sino del pesar causado por la partida del duque, y por la reclusion de las dos bellas amigas. Arnaud Vidal solicitó y obtuvo fácilmente el favor de acompañarlas hasta el monasterio, al que se trasladaron en litera, seguidas de criados y doncellas de la casa.

Elfidia supo con un sincero dolor la prision de su cuñado (el duque d' Auvillarshabía ca-

sado con una hermana de Elfidia.) Salió al encuentro de su sobrina, y estrechándola en sus brazos, participó de su desesperacion, y, como ella, derramó amargas lágrimas. Habiendo hecho advertir á la abadesa la llegada de su sobrina, se la respondió que, segun su costumbre, Eloisa estaba encerrada en su aposento interior, y que nadie osaba penetrar en él sin su órden.

Abriéronse las rejas para recibir á Elfegia y Odila: esta no ocultó su amargura al separarse del trovador, y en el momento de alejarse «señor Vidal, le gritó, no olvidéis que aun en el convento tengo gran necesidad de vuestras lecciones; jamás he sentido en mí un deseo tan vivo de poseer las ciencias elevadas.»

Hacia una hora que Elfidia estaba al lado de Elfegia, cuando se la hizo saber que noticiosa la abadesa de la llegada de su sobrina, se dirigia á verla. Elfidia quiso prevenirla, y saliendo con la jóven duquesa, encontraron á Eloisa en el corredor. Esta pareció maravillada de la belleza de la recién llegada, y una maligna sonrisa vagó sobre sus lábios. Elfegia se mostró satisfecha del gracioso recibimiento que afectó hacerla; pero Odila habia notado la sonrisa de Eloisa; y hubiera jurado que estaba ya prevenida por su her-

mano.

Dejemos por un momento á estas jóvenes bellezas, que tiempo tendremos de volver á ellas. El lector no habrá olvidado, acaso, el instante en que Mesalvo, encontrándose solo con Ombelina, habia recibido un mensaje de Tolosa, llegado casi al mismo tiempo que él, que vino á arrancarlo de los placeres que su perversa alma esperaba gozar con su desventurada prisionera.



XVII.

Luego que d' Aigremont hubo vuelto al Temple despues del arresto del duque d' Au- villars, comprendió la favorable coyuntura que ofrecia á su proyecto un acontecimiento semejante: en consecuencia suspendió de nuevo su viaje, y despachó un correo á Mesalvo, empenándole á volver inmediatamente. El templario se mostró irritado por este contra- tiempo inesperado, que por segunda vez le detenia en la ejecucion de sus planes; pero sin embargo no tardó en ponerse en camino.

La noche iba a cubrir el horizonte. Habien-

do salido de Tolosa al medio dia, hubiera podido llegar á Mongiscard á buena hora, si no hubiese encontrado en el camino á Peraldo. Este habiéndole reconocido, le saludó, y preguntándole si estaba satisfecho de él.

—Voy, mi querido amigo, le dijo el caballero, á daros una prueba de ello: tengo necesidad de nuevo de un hombre determinado, dispuesto á emprenderlo todo: ya os tenia en mi imaginacion, é iba á Mongiscard, en parte, con el pensamiento de haceros llamar. Ved si podeis disponer de vos mismo, y en ese caso, venid á buscarme mañana, y hablaremos con mas estension de la expedicion que quiero confiaros,

Peraldo reflexionó un momento, despues aseguró al templario su esactitud, en presentarse en Mongiscard á la hora convenida, añadiendo que en aquel momento estaba mas libre porque el regreso de Roldo, gefe superior de la banda, de quien él era teniente, le dejaba franco el tiempo para disponer de él. Mesalvo le preguntó si referiria su conversacion al capitan, mas Peraldo le replicó negativamente, queriendo, dijo, reservarse para sí alguna buena presa, sin tener que partirla con los demas.

Así convenidos, se separaron: el bandido yendo á ejecutar las órdenes de Roldo, y el

templario prosiguiendo su camino hácia el castillo.

A su entrada en Mongiscard, sabiendo la ausencia de Marchesi, se encolerizó sobremanera, y subió á su aposento. Sacó de un armario secreto un paquete de cartas, y habiéndolas recorrido, satisfecho sin duda de haber encontrado lo que buscaba, manifestó un impulso de júbilo. Pensando en seguida en Ombelina, se encaminó á su habitación, y llegó á la sala de audiencia á tiempo de separar á los templarios Montfalcon y d' Aurival, peleando como hemos visto.

Obligado Mesalvo á volver á Tolosa inmediatamente, soportaba con impaciencia la ausencia de Marchesi, y viendo que no volvería hasta el día siguiente, se determinó á partir. Antes hizo llamar á Jacobo y Marcelina, recomendándoles bajo las mayores promesas y amenazas, vigilar á Ombelina, y despues, no fiándose en esta pareja, cuyos sentimientos generosos conocia, colocó un centinela á la puerta de la galería, en el interior de la sala de audiencia, con prohibición de dejar penetrar en ella otras personas que Marchesi, el conserje del castillo y su muger. En fin, encargó al senescal hiciese marchar inmediatamente á Tolosa al

sugeto que vendria á buscarle el dia siguiente, diciéndole que no habia podido esperarle. Mas tranquilo despues de haber dado estas diferentes disposiciones, montó á caballo y se alejó. Era bastante tarde cuando llegó á Tolosa; pero d' Aigremont le esperaba, y así no tuvo dificultad en llegar á su presencia.

Luego que entró en el salon, el gran prior se apresuró á referirle los acontecimientos de aquel dia, su visita á la casa d' Auvi-llars; la certidumbre en que estaba de la próxima union de la duquesa con Adolfo; en fin, la desgracia imprevista del duque, y su repentina traslacion á Paris.

Vidal se equivocaba en sospechar á d' Aigremont autor de esta trama; pero si no era obra suya, porque no se habia presentado á su imaginacion, se prometia aprovecharla en toda su latitud.

En fin, él anunció á su confidente que por uba reunion singular de circunstancias, Elfegia estaba en su poder, puesto que se encontraba en un lugar en que mandaba su hermana Eloisa.

Mesalvo felicitó al gran prior por su buena fortuna, y continuó: tambien voy yo á añadir á ella alguna cosa, y es que pienso antes de tres dias libertaros de Aldrio Aldrici;

de ese insolente enemigo, sin estrépito, sin ataque declarado, y no es esto todo, yo me lisonjeo igualmente de que su hija caerá en vuestras manos.

D' Aigremont acogió con entusiasmo esta doble esperanza, y preguntó á su caballero por qué poder sobrenatural esperaba llevar á cabo semejante empresa. Este último replicó: veis esta carta? ella se encarga de este cuidado. Yo tengo la certidumbre de imitar tan perfectamente su letra, que me será muy fácil engañar los ojos de Aldrio, si es efectivamente el que nosotros tenemos tanto interés de borrar de la lista de los vivientes. Apenas habrá leído este escrito, que yo le haré entregar, cuando abandonando á Tolosa, partirá inmediatamente para Venecia, dejando aquí á su hija. El camino de Italia pasa por la selva de Barieje: allí tenemos buenos amigos y una buena puñalada dará cuenta bien pronto del príncipe italiano. Al mismo tiempo Adelina será fácilmente robada, y entonces, señor prior, obrareis con ella como mejor os parezca.

Este proyecto infernal llenó de júbilo á d' Aigremont; solo preguntó á Mesalvo de qué medio se serviría para hacer entregar el billete.

—Tengo un hombre, replicó, mañana es-

tará aqui, y podeis fiar en su destreza.

—Seria acaso el bandido Roldo? Me parece bastante sagaz, aunque tal vez demasiado disimulado.

—No; no es él el que emplearé: otro de su banda me ha parecido mas á propósito, y es - pero no decaiga de la opinion que he formado de su astucia.

Despues de haberse asi concertado, Mesalvo dejó al gran prior para ir á descansar. D^s Aigremont pasó tambien á su cuarto á acostarse, pero al entrar en el retrocedió lleno de sorpresa, y sus sirvientes no pudieron menos de participar de su asombro. Un retrato, colocado sobre la chimenea, representaba una figura bien conocida del gran prior: veíasele tambien á él mismo en el cuadro, teniendo una copa, que ofrecia á aquella, y ella la aceptaba diciendo estas palabras escritas en un carton: «D^s Aigremont, Ethelmunda te recuerda la última fineza que recibió de tí.» Esta inscripcion y aquella funesta pintura trastornaron los sentidos del templario. A pesar del estupor que se habia apoderado de él, mandó á su servidumbre se retirase inmediatamente, y cerrando la puerta con violencia, corrió á destruir la fatal pintura.

Algun tanto satisfecho con lo que acababa de ejecutar, principiaba á tranquilizarse,

cuando una voz sorda, y siempre presente á su oído, le gritó: «En vano rompes esa pintura, tu conciencia te la representará siempre!....» Todo su cuerpo se estremeció, y no pudo menos de exhalar un grito. Un olor cadavérico se esparció al rededor de él, apagáronse las luces, y sombras fantásticas se dibujaban sobre las paredes, ofreciéndole por todas partes á su vista fascinada, la figura de Ethelmunda, y la copa emponzoñada.

Incapaz de sostener mas tiempo estas apariciones aterradoras, llamó su guardia, y la vision se desvaneció. Cada vez mas sorprendido de estas maravillas, y experimentando un pavor bien natural, pasó una parte de la noche en investigar la causa de ellas: sus desvelos fueron inútiles, sin producirle nada satisfactorio. En vano habiendo reunido todos sus dependientes, empleó las promesas, las amenazas para descubrir al temerario, cuya audacia se burlaba de él de aquella suerte. Un misterio impenetrable envolvía el origen de aquellos prodigios, objeto de su espanto: vióse, pues, obligado á decirse á sí mismo:

—Luego será cierto que existe un Dios vengador y remunerador?

El dia siguiente Mesalvo no se presentó en la habitacion del gran prior: permaneció to-

do el día en su cuarto, enteramente ocupado en imitar una letra con la cual se proponía hacer obrar á Aldrio Aldrici segun su voluntad. Su trabajo terminó en el momento mismo en que, el bandido Peraldo llegando al Temp'le, pidió ser introducido á su presencia. Hizole entrar inmediatamente, y despues de una larga conferencia, en la que le dió las instrucciones necesarias, le vió alejarse para dar principio á una nueva perfidia. En seguida bajó á ver a d' Aigremont, á quien se quejó de la insolencia é insubordinacion de Montfalcon.

El gran prior tenia demasiada necesidad de Mesalvo para rehusarle el castigo del culpable: en consecuencia dió las órdenes mas terminantes para que aquel caballero fuese arrestado y conducido á Tolosa bajo buena escolta. Esta medida, por insignificante que parezca, fué sin embargo uno de los primeros motivos de la destruccion de los templarios, como se verá mas adelante.

El oficial encargado del arresto del caballero tuvo la imprudencia de dejarle escapar; Montfalcon, no queriendo someterse, se evadió, y corrió á buscar en París un asilo seguro cerca del gran maestro de la órden, Santiago Molay. Este prestando oidos á las inculpaciones del gran prior de Tolosa, rechazó

al templario, y le redujo por lo tanto al último grado de desesperacion. Dejemos de ocuparnos de él por ahora, que ya le encontraremos mas tarde.



XVIII.

Y bien! hija mia, decia Aldrio Aldric á la ingénuu Adelina, ¿está decidido que no has de recobrar tu primitiva alegría? Tú, que siempre tenias la sonrisa en los lábios, no esparces ya el contento en mi morada; ya no me haces oír aquellas canciones, aquellos encantadores romances de los trovadores de otros tiempos. Con que será cierto que llega una época en que la juventud se complace en el silencio y la soledad?

—Os engañais, padre mio, replicó Adelina ahogando un ligero suspiro; yo soy siempre la misma, canto tambien algunas veces, y.....

—Permíteme no darte crédito; mira si no tu arpa; ¿desde cuándo no ha salido de su caja? Oh! buen Dios! cuántas caerdas tiene rotas!

—Voy á arreglarlas, padre mio!

Adelina, en efecto, toma el instrumento y trata de sacar de él agradables sonidos; pero sus dedos están entorpecidos, su voz, en otro tiempo tan armoniosa, ha perdido toda su melodia. Ella lo conoce, ella teme hacerlo notar á su padre, y sus esfuerzos para aparecer satisfecha, no hacen mas que redoblar su turbacion. Aldrio Aldrici lo veia todo, y se sonrió un momento; pero amargas reflexiones asaltaron bien pronto su alma: pensó en la causa de la tristeza y el disgusto de Adelina, y un suspiro vino á reemplazar la sonrisa que antes se habia permitido. Abandonándose insensiblemente á sus cavilaciones, no pudo menos de recordar las desgracias causadas por el amor á todo lo que mas queria en este mundo y maldijo mas de una vez los paseos del templo Montaut bajo las ventanas de su Adelina.

—Mi querida hija, la dijo, es necesaria una explicacion sobre los sentimientos que experimentas: tu inocencia note permite adivinarlos; tú amas!.... Sí mi tierna Adelina, sí, tú amas! No te sonrojes así, no ocultes en mi se-

no tu encantadora cabeza, y sobre todo, no derrames esas lágrimas peligrosas, esas lágrimas, señal siempre cierta de una pasión á que nos entregamos con el mayor abandono: apela mas bien al valor de un corazón superior á su mala suerte: arranca, pues aun es tiempo, el dardo que te ha herido; piensa en el manto que viste el objeto de tu elección: la roja cruz de que está adornado te anuncia que un caballero del temple no puede amar mas que á Dios: toda otra ternura seria para él un crimen, y los lazos solemnes con que está ligado le prohiben contraer los de una unión legítima.

Así habló Aldrio: su hija no pudo responderle, los sollozos sofocaban su voz, y no hallándose en estado de soportar una escena semejante, se retiró á su habitación, esperando hallar en ella el reposo, porque ignoraba que el amor nunca es mas fuerte que en la calma y la soledad.

Desesperado Aldrio por la pena de Adolina, iba á seguirla para prodigarle nuevos consuelos, cuando un peregrino cubierto de polvo sus vestidos, y pareciendo oprimido por el cansancio y la fatiga, se presenta á su vista preguntando si el signor Aldrio Aldrici habita en aquella casa? Aldrio le responde que era él mismo.

—Dios sea loado! exclamó el piadoso viajero, yo tenia por una de las felicidades de mi viaje la ocasion que me proporcionase veros: dos meses hace que he dejado la Italia, dirigiéndome á Santiago de Galicia, y este es el primer dia que tendré algun reposo: tal era mi impaciencia por poner término á las desventuras de una respetable dama.

Sorprendido con semejante discurso, Aldrio Aldrici suplicó al peregrino tuviese á bien proseguir: mas él le rogó le permitiese descansar y refrescarse un poco, porque sucumbia, dijo, al exceso del calor. Impaciente por saber lo que el peregrino viene á noticiarle, Aldrio se apresura á servirle por si mismo, y cuando le ha visto beber algunas copas de excelente vino de Villandrie, y comido algunas frutas, le reitera su petición, á la que el peregrino satisfizo en estos términos:

—Debeis saber, mi buen señor, que una enfermedad bastante larga me habia tenido en un castillo cerca de Vicencio, perteneciente al marqués Altieri: recorriendo un dia, llevado por la curiosidad, los vastos departamentos de aquella morada, percibí una ventanilla con reja que daba sobre un terrado, á la cual podia fácilmente alcanzar. De repente una mano blanquisima pasó al través

de los hierros, y me hizo seña de que me acercase. Al pronto vacilé en obedecer: teniendo que agradecer al marqués, no me parecía conveniente hablar con una persona de quien él tenía motivos de queja, puesto que la tenía en prision; además temia por mi imprudencia participar de la suerte del prisionero. Sin embargo, repitiéndome sus instancias, me aventuré á adelantar á algunos pasos, despues que una ojeada al rededor de mí, me aseguró que ningun importuno me espiaba.

—Pasé, pues, al terrado; la ventana estaba á mediana altura de él, y pregunté en voz baja qué se queria de mí.

—Buen peregrino, me respondieron, el cielo os envia aqui sin duda, para teminar las penas de una mujer bien desventurada. Noble veneciana, destinada á brillar en el mundo, me veo reducida á una espantosa prision; no tengo tiempo para deciros mas, podrian sorprendernos, y mi perseguidor os castigaria por vuestra compasion; pero si vuestro corazon es sensible, si el hábito de que estais revestido no es un culpable disfraz, yo os pido en nombre de Dios, en nombre de su santísima madre, y en el de vuestro santo patron y el mio, que tomeis esta carta, la lleveis á Tolosa á un buen ciudadano llamado Aldrie

Aldrici, y se la entregueis á él mismo: creed que él sabrá recompensar dignamente el servicio que habreis hecho tanto á él como á mí, y aceptad este brazelete como prenda anticipada de mi reconocimiento.

Enternecido con esta relacion, deseando ya ardientemente contribuir á la libertad de la que me hablaba, yo la dije mi nombre, le juré por este pedazo de la verdadera cruz que traigo de la tierra santa, no tener paz ni tregua hasta satisfacer el empeño contraido por mí en aquel momento.

Debo advertiros tambien que me añadió:

—Si por desgracia Aldrici no estuviese en Tolosa, pasad á Nápoles; allí, y en todos los lugares de vuestro tránsito, informaos del paradero del príncipe de Montalbano, y dadle entonces esa carta que se dirige á él igualmente: el brazelete que os he entregado, os servirá, en caso de necesidad, para los gastos de vuestro viaje, y su valor estal, que en mucho tiempo no le consumareis.

Dicho esto, me obligó á rotirarme; yo la obedecí, y dos dias despues me puse en camino, sostenido en mi largo viaje por la idea de la buena accion que iba á ejecutar. Por otra parte, no hacia un gran rodeo, pues como ya os he dicho, mi peregrinacion es á

España. Ayer llegué á una aldea próxima á Tolosa, y esta mañana principié mi investigación. Afórtunadamente vuestra casa, situada en la calle del Temple, é inmediata á la puerta por donde se entra en Tolosa, ha facilitado mis indagaciones: vuestras virtudes os han hecho conocer de vuestros conciudadanos, y así que he entrado en la ciudad se me ha designado vuestra morada: la he encontrado en efecto, y me felicito de un suceso tan propio á atraer la bendicion del cielo sobre mi, pobre pecador!

Terminada así su relacion, el peregrino se apoyó sobre su bordon como para descansar; despues, sacando de debajo de su ropa una caja de hoja de lata, sacó de ella un brazalete adornado de diamantes y rubies y una carta.

A la vista del brazalete, Aldrio Aldrici, que le reconoció, no pudo contener una exclamacion de asombro, tomóle, y le miró atentamente: despues, apoderándose de la carta, examinó la firma, el sello, y d-jándose caer sobre una silla pareció un momento haber perdido el uso de sus sentidos. Pero volviendo en sí bien pronto, y encontrando nuevas fuerzas en su impaciencia, rompió la cubierta y leyó rápidamente el interesante escrito que contenia.

Mas de una vez interrumpieron su lectura los sollozos: su corazon oprimido parecia con sus violentos latidos querer abandonar su centro, y al través de los sentimientos que agitaban á aquella victima de la perfidia, el de una viva alegría parecia sobrepujar á los demas.

—Si, sin duda, exclamó (despues que en su trasporte hubo besado mil veces aquellos caracteres que no dejaba de recorrer con avidéz) sí, sin duda querido y desgraciado objeto de una pasion tan ardiente como interminable, yo volaré á tu socorro! Es posible que vives aun! ha podido el dolor respetarte tan largo tiempo? Pero no debo perder un momento, esta misma noche acortaré la distancia que nos separa; cada instante de dilacion seria ya para mí el objeto de una reconvencion que mi corazon no le perdonaria.

—Y vos, continuó, respetable viajero, vos, á quien solo un impulso de beneficencia y de caridad cristiana ha movido á hacer este viaje, cuántos derechos tenéis á mi reconocimiento! Creed, y todo os lo probará, que este no tiene límites.

Mi fortuna es muy superior á la idea que puede daros de ella la sencillez de esta casa; no pongais pues término á vuestras peticio-

nes, jamás agotareis la gratitud de que quisiera daros pruebas infinitas.

—Ah, señor! qué decis? pensais que despues de tantos años que recorro la Europa y el Asia, es para adquirir riquezas perecederas? He aceptado yo para conservarle ese rico brazalete? No, sin duda, no he formado esa sórdida idea: le recibí por complacer á la desgraciada cautiva, con la intencion de convencerla de la sinceridad de mi promesa; porque, ay de mí! casi siempre en este mundo corrompido se duda del celo que no exige recompensa: tan cierto es que jamás se presenta la primera, la idea de un noble sentimiento. Yo he encontrado toda mi retribucion en el servicio prestado á una desventurada, y en la certidumbre de saber que le envío un libertador. No me envidieis, pues, esta recompensa, dejádmela gozar toda pura, y hacédme la gracia de no rehusar este brazalete, cuya sola vista os ha reproducido tan preciosos recuerdos.

Interesado por una virtud tan poco comun, Aldrio Aldrici se lisonjeó por de pronto de vencerla: redobló sus instancias al peregrino, y viendo que no podia hacerle aceptar la crecida suma que desde luego le habia ofrecido, ni rehusar el brazalete que con tanto desinterés ponía en sus manos, fué á bus-

car una cajita de oro ricamente cincelada, y obligó á su huésped á tomarla para encerrar en ella la reliquia que le habia manifestado: aun tuvo gran dificultad en determinar al escrupuloso anciano á llevar consigo la menor cosa de la casa. Preguntóle su nombre, le llenó el zurrón de buenas provisiones, renovó el vino de su calabaza, y le dejó partir, viendo la inutilidad de sus gestiones para detenerle mas tiempo.

Ya habia dejado conocer Aldrio su deseo de tomar aquella misma noche el camino de Italia, y el discreto peregrino no queria prolongando allí su mansion, obligarle á dilatar la libertad de la encarcelada dama.

A pesar del ansioso deseo de Aldrio de correr al lugar adonde le llamaba un sentimiento oculto con el mayor cuidado en el fondo de su alma, experimentó un vivo pesar en separarse de Adelina: todo le probaba sin embargo la imposibilidad de llevarla consigo á Italia, pero se decidia con repugnancia á dejarla sola en Tolosa, espuesta acaso á las violentas tentativas de los dos templarios, de cuyas pérfidas intenciones sospechaba con tanta razon. Ocurrióle la idea de confiar su hija á los cuidados de una buena religiosa del convento inmediato, el mismo en que se habia refugiado á Ellegia y Odila; pero Aldrio

no tenia la mayor confianza en la educacion monástica, y aunque de una piedad ejemplar, tenia las preocupaciones alimentadas en los claustros, y su fatal influencia sobre toda la vida. Reflexionando mas todavía, recordó que la hermana del gran prior del Temple era la abadesa de aquel monasterio, y esto acabó de decidirle á abandonar aquel proyecto.

Despues de formar mil cálculos y de haber examinado maduramente todos los partidos que le quedaban que tomar, se decidió á dejar á Adelina en su casa, confiándola á la fidelidad de sus criados, que desde largo tiempo estaban á su servicio, y esperó sobre todo en la asistencia del cielo, lisonjeandose de que no abandonaria la hermosura y la inocencia al crimen y la traicion. Pero olvidaba que los deberes eternos deben recibir su ejecucion, y no sospechaba que en aquel momento obedecia él mismo sin conocerlo, á disposiciones divinas.

Decidido á viajar secretamente, tomó una considerable cantidad de oro, algunas joyas de gran precio, y sobre todo, el brazalete, regalo del desinteresado peregrino. No habia olvidado preguntar cuidadosamente á aquel buen anciano, todas las señas necesarias sobre el camino que debia llevar, la posicion

del castillo, el número de sus habitantes y su fortificación exterior. Hasta entonces habia hecho un misterio á Adelina de su proyecto, pero en el momento de ejecutarlo era necesario decirselo. La pena de esta hermosa criatura se aumentó considerablemente con aquella funesta novedad: ella amaba á su padre con la mas pura é ilimitada ternura, y miraba como un tiempo interminable los tres meses que debian trascurrir en la ausencia de Aldrio Aldrici. Pero sus representaciones, sus lágrimas mismas fueron inútiles. Un sentimiento demasiado imperioso arrastraba á su padre, y nada sobre la tierra hubiera podido poner obstáculos á su resolucion. En consecuencia, despues de abrazar á Adelina, despues de recomendarla permanecer en el mas absoluto retiro, pidiéndola, como un señalado favor, no saliese durante su ausencia sino solamente á misa los domingos, la encargó igualmente no se asomase á las ventanas que daban á la calle, y limitase sus paseos á los que podia dar en el jardin, que era bastante estenso, á espaldas de la casa, y contiguo al rio. Hizo en seguida adelantar su caballo, y montó en él, armado de todas armas, no como debia estarlo un caballero, sino con los modestos arneses de un escudero, y no levantó su visera hasta despues de

haber salido de Tolosa, y pasado la aldea de Ramonville.

Alli ya creyó poderse poner mas á su gusto; ademas el peso del casco, que hacia largo tiempo no usaba, le fatigaba sobremanaera, y tomó el partido de quitársele y colgarle en el arzon de la silla. En esta disposicion pasó bajo la altura en donde se eleva el fuerte castillo de Montgiscard, y entró en la sombría selva de Bariege al declinar el dia.



XIX.

Aldrio Aldrici habia creído ocultar su salida de Tolosa, pero vigilantes miradas espían todas sus acciones. Súpose en el Temple el instante mismo en que habia abandonado su morada: una maligna alegría se mostró en el pálido semblante del gran prior, y Mesalvo, frotándose las manos de regocijo, corrió á dar las órdenes necesarias para llevar á efecto la empresa, cuyos principios tan bien se presentaban. Lisonjébase sin duda en que Aldrio no salvaria impunemente el peligroso paso de Bariege, y esperaba recibir al dia siguiente la noticia positiva de su muerte.

En tanto que se felicitaba mutuamente con

d^e Aigremont, un correo del gran maestro de los templarios, Jacobo de Molay, vino á mezclar un poco de amargura á su alegría, trayendo la noticia desagradable, en particular para D^e Aigremont, del fallecimiento del papa Bonifacio VIII. Este altanero pontifice, despues de la alrenta que habia sufrido en Aguania, y desmintiendo bien pronto los principios de caridad y de indulgencia que habia afectado, partió algunos dias despues de aquella ciudad con toda su córte, y se dirigió bien escoltado á Roma, donde pretendia reunir un concilio y vengarse altamente del monarca francés.

Apenas hubo llegado allí, cuando de pesadumbre de haber sufrido tantos ultrajes, cayó con una fiebre ardiente (enfermedad á propósito para su violento carácter) y murió en el noveno año de su pontificado.

Algunos historiadores, Nicolas Gilles, Liacónius y Sporida, han dicho que se rompió la cabeza contra la pared, que se mordía los dedos, y concluyó como desesperado, sin dar señal alguna de penitencia. De ese modo se verificó la profecía de su santo predecesor, tan indignamente burlado por él: «*Tu has subido al trono pontificio como un zorro, reinarás como un leon, y morirás como un perro.*»

Tal fué el deplorable fin de Bonifacio VIII, que despues de haber sido, segun la expresion de un antiguo historiador, el terror de los reyes, de los pontifices y de los pueblos, murió víctima él mismo del temor y del dolor. No se puede negar que él hubiese nacido para mandar; poseia todas las cualidades que atraen el respeto, mucha elevacion de alma, firmeza de carácter, viveza de imaginacion, una habilidad consumada en los negocios, un conocimiento profundo de la Sagrada Escritura y del derecho civil y canónico.

La principal causa de su pérdida (dice Mariana) fué la ambicion, una avaricia insaciable, y la desmesurada pasion de enriquecer á su familia, aun á espensas de los señores romanos: vicios peligrosos en un soberano, y mas vergonzosos aun en un papa. El elevó á veinte y dos de sus parientes al episcopado, y otros dos al titulo de conde. Su triste desastre manifiesta bien que la autoridad de los superiores eclesiásticos se conserva mas fácilmente por la estimacion y veneracion que inspiran á los fieles, que por la fuerza y la violencia, y por lo tanto, deben pensar mas bien en hacerse respetables por las virtudes y las buenas obras, inherentes al elevado rango que ocupan en la Iglesia, que temibles

por la estension de su poder.

Algunos dias despues de la muerte del pontifice, Nicolás de Treviso, noveno general de la órden de predicadores, cardenal y obispo de Astia, fué elegido por unanimidad para reemplazarle, y tomó el nombre de Benedicto XI.

Era este un prelado de gran virtud, unida á un mérito poco comun, y una estre-mada dulzura que le hacia amable á todo el mundo. El primero de sus cuidados fué res-tablecer la antigua union entre la santa sede y la Francia; pero no hizo mas que pasar sobre el trono pontifical, y dejó á su sucesor, de quien hablaremos mas adelante, el cuidado de terminar aquellas penosas desavenencias. La muerte de Bonifacio debia ser funesta á los templarios, que perdian en él un ardiente protector de su órden, al mismo tiempo que ignoraban las intenciones de su sucesor con respecto á ellos: d' Aigremont fué como herido por una súbita inspiracion de que habia llegado el momento terrible en que los templarios iban á espiar su desarreglada vida.

Todos los historiadores de aquel tiempo concuerdan en representarlos como abandonados á los mas infames escesos: sus desórdenes eran llevados al colmo; infectados de

los vicios, orgullosos con su poder, avaros con sus riquezas, ellos pretendian elevarse sobre los monarcas, y merecieron por su desordenada ambicion, una parte de los desastres que sobre ellos cayeron.

En tanto que en los salones del Temple se discurria sobre aquella desagradable nueva, dieron aviso á d' Aigremont que, no lejos de palacio se habia manifestado incendio en una casa, que amenazaba propagarse. Inmediatamente mandó prestar los oportunos socorros, y él mismo seguido de Mesalvo, se trasladó al gran balcon de la sala de audiencia, para conocer por sí el verdadero estado de las cosas. Sonaban entre tanto con violencia las campanas de la Dalbada, de todas partes se llevaban socorros, y el pueblo manifestaba tanto mas celo, cuanto veia que aquel funesto acontecimiento era en la casa de Aldrio Aldrici, estremamente querido y respetado en todo su barrio.

En efecto, su habitacion era la que se consumia; un crimen horroroso habia encendido aquellas llamas, y el nombre de los culpables autores de semejante delito, no debe ser difícil de adivinar por el lector. d' Aigremont y su cómplice se habian lisonjeado que en medio de la confusion y del desorden, inseparables en tales circunstancias, podrian

fácilmente robar la jóven Adelina, cuya falta se atribuiria á las llamas que la habian devorado; pero el cielo lo habia ordenado de otro modo: todos los esfuerzos de los malvados se estrellaron contra su voluntad suprema. Dos bandidos compañeros de Peraldo, se habian encargado de conducir esta horrible empresa: uno de ellos se habia introducido en la casa durante el dia: aprovechando el trastorno ocasionado por la marcha precipitada de Aldrio Aldrici, consiguió ocultarse en un sótano lleno de haces de leña, y al llegar la noche les puso fuego.

El esperaba escapar fácilmente, creyendo no tener que franquear mas que una simple puerta; pero su desesperacion llegó al estremo al encontrarse con una fuerte reja de hierro, cerrada con un enorme candado, contra el cual probó en vano toda su destreza. Bien pronto las llamas vengadoras le persiguieron, y terminaron su indigna vida en el teatro mismo de su último atentado.

El segundo miserable, colocado á poca distancia, esperaba la aparicion de su compañero para penetrar en la casa á pretexto de dar socorro, y entonces debian apoderarse de Adelina. Esta esperanza fué burlada tambien: él no habia notado una ventana bastante baja y distante de la puerta: por ella era por don-

de la hija de Aldrio esperaba encontrar su salvacion, cuando desmoronándose el suelo, quedó, como milagrosamente, de pié en una de las vigas ya medio consumida por el fuego.

Pidiendo á grandes gritos un socorro que ya casi no esperaba, creyendo ver aproximarse la muerte con todos sus horrores, la desgraciada jóven imploraba al cielo, rogándole á lo menos tuviese piedad de su alma. Pero de repente cae la ventana, y un caballero del Temple, llevando un manto empapado en agua, se abalanza con una increíble ligereza. En vano las llamas lo rodean y le amenazan; él las arrostra, ó mas bien no las vé: corriendo rápidamente sobre los abrasados escombros, llega á Adelina, la envuelve en el mojado ropage, y la arrebatá en sus nervudos brazos. Obedeciendo siempre á la misma impresion, se aleja con la que acaba de arrancar a una muerte infalible, y queriendo sustraerla de aquel sitio de desolacion, sigue marchando, sin advertir que le siguen tres hombres.

Llegados á una calle estrecha é inmediata al Temple, aquellos asesinos (eran el resto de los secuaces de Mesalvo) rodean al caballero, y con el tono mas imperioso le ordenan entregarles á Adelina, que continuaba desma-

yada.

—Antes morir mil veces, exclamó, y en e mismo momento recibió un golpe que le hiere.

Sin dejar á sus enemigos tiempo para repetir tira de su espada, y teniendo á Adeline con una mano, se defiende con la otra. Empero, á pesar de todo su valor, hubiera sucumbido, si no le hubiese llegado un socorro imprevisto.

El marqués de Levis y el trovador Vidal venian, como dignos amantes, á pasearse bajo las ventanas del monasterio en que estaban encerradas sus bellas queridas. Habiendo oido tocar arrebato, y viendo de lejos las llamas elevarse por cima de las casas, acudieron tambien á ofrecer sus socorros. Obligados á pasar por la calle de san Remesy, un choque de espadas, cuyo ruido llegó á sus oidos, les hizo apresurar el paso, y á la claridad de la luna distinguieron aquel desigual combate. Su primer impulso fué volar al socorro del caballero á quien se asesinaba, y aproximándose mas, Adolfo reconoció al señor de Montaut: escitándole esta vista, hirió al primero de los bandidos, el segundo cayó á los golpes del templario, y el tercero, buscando su salvacion en la fuga, dió un traspié y cayó, dándose tan fuerte golpe en una sien, que

espiró inmediatamente: digno fin de aquellos culpables subalternos, siempre dispuestos á arriesgar sus vidas por ajenas venganzas ó intereses. Un profundo secreto envolvió esta tentativa, y ninguno de ellos pudo dar noticias de su resultado á los que los habian empleado.

Despues de los primeros cumplimientos, el caballero de Montaut suplicó á los dos amigos se sirvieran acompañarle hasta la casa de su hermana, viuda del baron de Rochechouart que distaba muy pocos pasos, y era donde iba á depositar su preciosa carga.

Vidal y Levis convinieron gustosos, y su discrecion respetó el misterio en que Montaut descaba encerrar esta aventura; así que se retiraron despues de haber conducido al templario hasta la puerta de la casa de su hermana, prometiéndole de nuevo burlar con su silencio los designios de los enemigos que habian intentado arrebatár aquella hermosa dama, y arrancar la vida á su generoso defensor.

Montaut subiendo por una escalera secreta, llegó hasta la habitacion de la baronesa sin haber sido notado de nadie. Su presencia, la jóven belleza que llevaba en sus brazos, y que principiaba á recobrar los sentidos, produjeron una estraña curiosidad en el alma de

madama de Rochechouart.

— Buen Dios! de dónde venís, hermano mio? le preguntó con ansiedad: vuestros cabellos están abrasados, vuestra ropa destrozada! habeis salvado esta mujer del incendio de la calle del Temple?

Montaut refirió á su hermana los acontecimientos de aquella noche, prodigando al mismo tiempo todos sus cuidados á Adelina. Esta al volver en sí, experimentó una viva inquietud de todo lo que la habia sucedido pero una mirada dirigida sobre Montaut, dió otro curso á su emocion.

Entre tanto la baronesa mandó uno de sus criados á informarse de las consecuencias del incendio, el que volvió á poco tiempo, diciendo que el fuego estaba apagado, sin haber hecho mas daño que en el piso bajo de la casa, habiéndose salvado todo lo demás por la eficacia de los socorros.

Adelina sintió una estrema alegría, y rogó á madama de Rochechouart, á quien refirió su historia, hiciese advertir á su aya y sus otras dos criadas, que estaba en lugar seguro, no dudando de su cariño estarian en la mayor inquietud con relacion á ella. A pesar de la satisfaccion que gozaba el templario en encontrarse al lado de Adelina, quiso él mismo encargarse de ir á tranquilizar á la buena aya;

ademas todo le hacia presumir que un amante poderoso y atrevido habia querido aprovechar aquella circunstancia para arrebatár á la jóven. Queriendo hacerle creer que ella no existia ya, no debia fiar á ningun otro el cuidado de desempeñar la comision de Adelina.

Desde que madama de Rochechouart habia visto á esta interesante jóven, habia concebido por ella una verdadera amistad: tantos encantos, tanta inocencia, habian producido sus efectos ordinarios en aquella circunstancia. Informada de la partida de su padre, considerándola enteramente sola, no escuchó mas que su compasion, y exigió de ella la promesa de permanecer en su compañía hasta el regreso de Aldrio Aldrici: viendo en seguida que sus fuerzas se debilitaban, la invitó á tomar algun descanso, y Adelina siguió su consejo.

Apenas estuvo en la cama, cuando sintió el temblor de una fiebre violenta, consecuencia de las conmociones demasiado vivas de todo aquel dia. Declaróse una enfermedad peligrosa, y por espacio de mas de dos semanas, su vida no estuvo fuera de riesgo.

Madama de Rochechouart, haciéndola pasar por una parienta remota de su esposo, la prodigó las mas tiernas atenciones y nada descuidó para apresurar su larga convalecencia.

Pero mas interesado aun que ella, su hermano, olvidando los nudos que le sujetaban, no podia arrancarse del lado de la hermosa enferma: alli estaba sin cesar, y sus constantes cuidados no dejaban de causar alguna pena á la baronesa, y de encantar al mismo tiempo á la demasiado sensible Adelina.

Mientras ella vivia padeciendo, se habia esparcido en Tolosa el rumor de su muerte. No viéndola su familia en el momento del incendio, principiaron á temer que hubiese sido víctima de él, y en consecuencia llenaron el aire de sus gemidos, y señalando su celo en esta triste circunstancia, multiplicaron pesquisas infructuosas, y el dia siguiente cavando en los escombros, se encontraron los restos de un cadáver casi enteramente consumido, y fueron sepultados como los de aquella tierna virgen robada por este horrible accidente al mundo, de quien era el mas bello ornamento. Su aya sola no participó de la opinion general. Hacia la media noche, y cuando ella estaba dedicando sus cuidados á la conservacion de los muebles de su señor, Montaut se aproximó á ella, y la pidió un momento de conversacion en secreto. En medio de la confusion general no fué difícil hablarla sin testigos. Gozoso de conocer su sentimiento y su desesperacion, Montaut no vaciló en des-

cubrirla la verdad, manifestándola en seguida sus sospechas, refiriéndola el modo con que fué atacado, la hizo participar fácilmente de sus sentimientos y sus temores por aquella preciosa jóven, conviniendo con él en la necesidad de guardar un profundo silencio sobre la existencia de Adelina, hasta que su padre, de regreso, pudiese protegerla. Viendo en esto un medio infalible para poner un término á las nuevas tentativas de que podría ser objeto, la señora Mauricia (este era el nombre de la aya) reclamó solamente el favor de ver á su pupila.

Montaut la condujo al dia siguiente á casa de Mad. de Rochechouart, y tuvo el indecible dolor de ver á Adelina atacada de una fiebre ardiente y peligrosa.

De vuelta á la casa de Aldrio Aldriçi, y estando dando sus órdenes para hacer los reparos necesarios, unos desconocidos poco dignos de inspirarle confianza, vinieron repetidas veces á pedirle noticias de Adelina: ellos manifestaban algunas dudas sobre su muerte, y observando que sus pasos eran espiados, la señora Mauricia se abstuvo por algunos dias de volver á la casa de Rochechouart, sin tomar las precauciones oportunas para sustraerse á una indiscreta curiosidad.

De este modo trascurrió algun tiempo, Ade-

lina veia continuamente á Montaut, y de dia en dia, á pesar de todos sus esfuerzos, se inclinaba mas á su libertador: en vano los consejos de su padre se ofrecian á su imaginacion: la razon debilitada era vencida por el amor, por aquel amor que la preparaba tan violentos pesares en lo sucesivo!

Montaut por su parte se dejaba llevar de la pendiente insensible que le arrastraba al precipicio: su alma impetuosa no se acordaba de los juramentos que le encadenaban. En vano, en ausencia de Adelina, escuchaba la voz de la sabiduria: vuelto al lado de su jóven amiga, una mirada suya, una sonrisa, una palabra, destruian el edificio de sus mas severas reflexiones, y el virtuoso caballero se entregaba todo entero á la mas terrible de las pasiones. Oh sentimiento del amor! quién tendrá la audacia ó el presuntuoso pensamiento de resistirte? Torrente precipitado, burlándose de todos los diques, arrollando todos los obstáculos, nada se opone dignamente á su curso y los nudos mas sólidos, cuando ponen trabas á su impetuosidad, son despedazados con la facilidad mas terrible. Ay de mi! qué es pues, el corazon del hombre? qué imperio tiene la virtud, puesto que las almas mas puras no pueden

obedecerla, y ceden sin violencia á un delirio de que al mismo tiempo se avergüenzan? por qué el cielo nos crió con tan numerosos deseos y tanta debilidad para combatirlos?

Montaut y Adelina no tardaron en comprenderse, pero ni el uno ni la otra osaban pronunciar el nombre de amor. La vista de la cruz del temp'ario aterraba tanto á este como á su amante. ellos conocian su error, y le lloraban en el silencio, pero él no dejaba de quererla, ni sabia al verla mas que adorarla, y detestar el sentimiento de que eran víctimas.

Así trascurría el tiempo, que debia traer nuevas desgracias á castigarlos cruelmente, por su tierna pasion.

XX.

La noche del incendio de la casa de Aldrio Aldrici, el gran prior del Temple y Mesalvo, esperaban de momento en momento con la mayor impaciencia, la noticia del rapto de Adélina: ya tenían preparada para ello una casita situada lejos de los muros de la ciudad, á la estremidad del terreno llamado la *Lande*; pero iban pasando horas, y sus emisarios no volvían. Entre tanto llegó hasta ellos el rumor de la muerte violenta de Adélina: unos aseguraban haberla visto desaparecer entre las llamas; otros pretendían que un templario arrojándose dentro por una ventana abier-

ta, la habia salvado á riesgo de su propia vida. esta última especie les daba la certidumbre del rapto, porque Mesalvo recordaba que su escudero mezclado con los tres foragidos de Peraldo, habia tomado un manto de un caballero del Temple para hacerse reconocer, y para tener el medio de facilitar la accion de los raptos, por el respeto que generalmente se tenia á aquel habito.

Sin embargo, ninguno parecia aun. La impaciencia de d' Aigremont era estremada; no pudiendo ya dominarla, corrió con su cómplice al lugar del incendio pero no adquirieron sino noticias confusas, mas propias á arrojarlos en una completa incertidumbre, que á suministrarles datos positivos. Estando allí todavia, oyeron referir que en una calle próxima se habian encontrado los cadáveres de tres desconocidos, y á algunos pasos de ellos por la parte de la calle del Temple, un manto de templario. Heridos por esta noticia fueron apresuradamente á examinar los cuerpos muertos, y Mesalvo reconoció sin dificultad el de su escudero.

Este acontecimiento los confundió, no pudiendo, cualesquiera que fuesen sus conjeturas, esplicarle de modo alguno. Sin duda Adeline habia encontrado defensores que la habian salvado, pero ¿quién podia ser? En va-

no trataban de adivinarlo: todos sus raciocinios, sus indicios, no tardaban en destruirse por sí mismos. Su víctima se había escapado de sus manos: era necesario esperar que se descubriese el lugar de su retiro, prometiéndose para entonces castigar á aquellos cuya asistencia los había libertado de tan gran peligro.

Sus sospechas vagaron acaso sobre todos los tolosanos; pero jamás cayeron sobre el caballero de Montaut: él había usado de tanta discrecion en sus gestiones, que nadie había podido creerle enamorado de la hija de Aldrio Aldrici.

D^e Aigremont llevando adelante su interés en averiguar el punto adonde esta podía haberse refugiado, multiplicó los espías, esparció por todas partes sus emisarios, y lo esperaba todo de su tenacidad, de sus pesquisas y del tiempo.

Pero en la mañana del día siguiente, una nueva pesadumbre vino á aumentar la de la víspera, viendo burladas todas sus esperanzas y abortadas todas sus maquinaciones. Peraldo había venido á Tolosa á decir á Mesalvo que Aldrio Aldrici no había caído en sus manos.

—Yo había colocado centinelas, dijo, en las diferentes veredas de la selva, con órden las

que se encontraban al extremo por la parte de la ciudad, de replegarse luego que vuestro enemigo hubiese pasado, y venir siguiendo sus pasos para impedirle la retirada. Apostado yo mismo con el resto de mi gente á la inmediacion de un puente, que es indispensable pasar viniendo de Tolosa, esperaba allí el momento de servirlos: un corredor me trajo la noticia de que Aldrio se habia puesto en marcha: otro me aseguró un momento despues que iba á entrar en la selva.

La noche principiaba á tenderse, la luna habia ya salido, pasa entre tanto una hora y nadie parece: lleno de impaciencia envio uno de los míos de descubierta, y vuelve diciendo que nada ha visto. En este tiempo llegan los dos centinelas apostados á la entrada del bosque, y me aseguran que Aldrio ha pasado por en medio de ellos, y que hace largo rato ha debido atravesar el puente.

A esta relacion, no sé ya qué pensar; destaco una parte de mi gente á batir las cercanías del camino real, y los mas ocultos senderos del bosque; yo mismo que conocia perfectamente á aquel hombre, corro hasta Avignonnet, pregunto á todos ios aldeanos, á todos los pasajeros que encuentro; nadie puede satisfacerme, y es bien positivo que aquel cuyas señas doy, no ha sido visto en parte al-

guna. Despechado por la inutilidad de mi correría, me dirigia á buscaros, cuando en medio de la selva á poca distancia de la senda que conduce á Montgiscard, observé que la tierra estaba estensamente teñida de sangre, que lo mas tarde debia haber sido derramada la noche anterior: continúo mis pesquisas, y encuentro un casco arrojado entre la yerba, y medio oculto por un arbusto. Examinándole con cuidado, me parece reconocerle por el de Aldrio, pero esta sospecha no tardó en convertirse en certidumbre, cuando uno de los hombres que me acompañaban me llama y me muestra, en un espesillo inmediato un caballo alazan espirando de muchas heridas, el mismo que montaba Aldrio al salir ayer de Tolosa.

Vos sabeis que despues de haber ido á dejar el vestido con que me habia disfrazado, y montar un potro de estremada ligereza, habia esperado la partida del viajero, y adelantándole, me habia dirigido á mi puesto para colocar mi gente y obrar en consecuencia. Hé ahí, señor, lo que yo sé, sin poder esplicaros lo demas. Aldrio ha perecido á los golpes de algunos de nuestra banda, habiéndose estraviado por un momento entre mí y mis centinelas. Pero en ese caso su cadáver se hubiera encontrado: nuestros hombres no

gastan cumplimientos, y despues de despojar al que han inmolado, le dejan en el mismo sitio, sin ocuparse de él. Los habrá herido? Se habrá escapado? Pero hubiéramos dado con él en nuestras pesquisas, y nuestros camaradns hubieran venido á pedirnos socorro. De todos modos es lo cierto que yo he hallado su caballo y su casco, y que él no ha pasado el puente de Lers.

Mesalvo furioso tambien con esta mala noticia, pagó á Peraldo confianza con confianza, participándole la muerte de sus tres hombres, la de su escudero y la desaparicion de Adelina. Sin embargo, le entregó el precio convenido, recomendándole no descuidar gestion alguna tocante á conocer lo que habia sucedido de Aldrio, y despues de haberle despedido, fué á referir al gran prior este incidente, y participar de la vehemente cólera de que le pareció animado, y que en su concepto era tan justa y natural.

D' Aigremont, frustradas dos cosas á que él daba tan alta importancia, se abandonó á un humor melancólico, cuyos efectos hizo sufrir á todos los que le rodeaban. La soledad le importunaba, porque en ella era donde se hacia oir la voz de su conciencia.

Despues de la muerte de Mad. Ethelmun-

da, no habia recibido noticias de su hermano Juan d' Armagnac: en vano le habia escrito manifestándole su sentimiento por tan cruel pérdida; en vano habia hecho celebrar por el alma de la princesa aquel solemne funeral de que hemos hablado al principio de esta historia; el duque d' Armagnac no habia contestado á su carta, y d' Aigremont no habia podido resolverse á escribir de nuevo. Un vago terror le hacia temer que su ilustre amigo alimentase algunas sospechas sobre su conducta, ó acerca de su infame crimen, y, muerta Ethelmunda, él preferia romper todos los lazos que le unian á aquella antigua casa.

El recuerdo de su tío Gilberto, la última carta de Ethelmunda se presentaba á menudo á su turbada imaginacion: solo miraba en torno suyo seres desgraciados por su causa: su carácter se irritaba mas y mas, y los horriblos delirios de su sueño, las visiones que sin cesar le asediaban, añadian la desesperacion al furor que le devoraba.

En estos desordenados movimientos Elfe-gia d' Auvillars se ofrecia á su pensamiento con todos sus encantos: indignado de ver que aun no era suya, se quejaba de Eloisa, que no le servia al grado de sus deseos, y á cada instante queria apresurar la ejecucion de sus

proyectos.

En tanto que de este modo se abandonaba á toda la impetuosidad de su alma, llegó á sus oídos la noticia cierta de la declaracion de guerra de la Inglaterra á la Francia.

Esta noticia causó viva impresion en el ánimo del gran prior, y si bien halagaba sus esperanzas de adquirir el señorío de Tolosa, como el triunfo del rey de Inglaterra no se presentaba tan probable como lo hubiera sido si no hubiera fallecido Bonifacio, la posibilidad de que venciendo Felipe á sus enemigos castigaria severamente á los traidores, hacia temblar á d^e Aigremont.

Eduardo no podia desconocer por mas tiempo los designios de Felipe: este veia con pena estenderse la dominacion de los ingleses sobre provincias desmembradas de la antigua monarquia francesa, cuya reunion á su corona meditaba sin descanso, y se preparaba de lejos á hacer una irrupcion en la Guiena.

Eduardo tan altivo, tan impetuoso como él, y sobre todo, tan valiente, no quiso esperar á que se le atacase en sus estados; prefirió prevenir la tempestad que amenazaba á sus dominios, y se dispuso á marchar el primero. Las discusiones de Felipe con el papa parecian ofrecerle el momento favorable para

llevar á buen término su empresa; aprovechó, pues, la coyuntura, y arrojando la máscara hizo avanzar sus tropas por la parte de de la Dordoña y hácia Tolosa; mas al mismo tiempo de practicar estos movimientos, recibió la noticia del fallecimiento de Bonifacio, y este imprevisto suceso le pareció el contratiempo mas funesto que podia oponerse á la ejecucion de su plan; pero los pasos que habia dado ya eran demasiado ruidosos para retroceder. Esperando encontrar alianzas entre las princesas de Alemania, habiéndose asegurado del apoyo de muchos señores del Langüedoc, se lisonjeó combatir con éxito contra el monarca francés, soberano suyo por el pais que poseia en las orillas del Océano.

D^e Aigremont, con quien estaba particularmente concertado, como antes hemos dicho, no supo con gusto la noticia de esta declaracion de guerra; parecia cuando menos prematura, y la muerte de Bonifacio no era un principio á propósito para asegurar á los enemigos de la Francia. Empero, un tratado secreto le ligaba á Eduardo: le debia la esperanza de un poder sin limites, y por lo tanto, se mostró fiel á sus empeños, é intrigó sordamente en favor del enemigo de su patria.

No bien llegó á Tolosa la noticia de los preparativos del ejército inglés, y de la salida de Burdeos, cuando la población se levantó en masa, bien resuelta á defenderse y á sostener el antiguo honor de la nación. Todos los habitantes corrieron á las armas; las fortificaciones fueron inmediatamente reparadas; los capitulares sacaron de su arsenal municiones de guerra sin número, y estos gefes de la nobleza las distribuyeron á los generosos caballeros que corrieron á combatir y rechazar la invasion estrangera (1).

El senescal, el viquier de Tolosa dirigian estos movimientos. Adolfo de Levis sintió sú-

(1) La ciudad de Tolosa poseia entonces un arsenal, el mejor provisto de todas las provincias de Francia, y que mantenian con el mayor cuidado los capitulares, como gefes y directores de la nobleza. La revolucion ha puesto término á su antigua magistratura, y desde entonces Tolosa lamenta la falta de su administracion. de la que no encuentra sino un débil bosquejo en la que la ha reemplazado, y que los *maires* actuales no pueden devolverle á causa de las trabas que han introducido las nuevas formas, no pudiendo ya gobernarse las ciudades por si mismas.

bitamente renacer en su corazón el vivo deseo de la gloria, adormecido algún tiempo por los del amor.

Ellegia lloró, sin duda, pero no hubiera osado oponer obstáculos á su noble ardor: bordó para su amante una banda de azul y oro, y desprendió de su hermosa cabellera una trenza que Adolfo colocó con orgullo sobre la cimera de su casco. Pocos días después marchó á sus posesiones á reunir sus vasallos y volver á su cabeza para incorporarse á las tropas que de todas partes afluían á Tolosa.

Odila lloraba también, pensando, con justicia, que Vidal no se contentaría con cantar las expediciones de los franceses, sino que querría participar de ellas.

Sin embargo, no se atrevía á hablar, lisonjeándose con que él acaso no pensaría de este modo; pero conocía poco á los trovadores. Ya había hecho limpiar su brillante armadura: una pluma verde flotaba sobre su casco, y en su escudo había hecho grabar sus armas, ostentando un león de oro armado de una espada sangrienta sobre campo verde: su espada descansaba á su lado, y no tenía olvidada el arpa portátil que le servía en sus correrías. Con este equipage se presentó en el locutorio, á cuya vista Odila retrocedió

Mena de espanto.

— Ah Vidal! dijo, con que vais á interrumpir el curso de vuestras lecciones? Nos dejais! Y quien en vuestra ausencia consolará nuestras desgracias?

— Podiais creer, querida Odila, que yo permaneceria en un vergonzoso reposo, cuando el clarin guerrero me llamaba á los combates del honor? No, sin duda: no habriais podido pensarlo, sino haciéndome perder en vuestra alma la estimación, causa primera de vuestra ternura hácia mí. Mucho sufro separándome de vos; pero ¿podria permanecer á vuestro lado, sin adquirir un borron indeleble? ademas la distancia que nos separará no será considerable. Segun todas las apariencias combatiremos en la orilla izquierda del Garona; por lo tanto podremos facilmente traerlos nuestros laureles, si somos bastante felices para recogerlos.

Estos heróicos sentimientos parecian muy bellos á Odila; pero amaba, su amante iba á partir, la guerra rugia en torno suyo, y hubiera preferido, acaso menos magnanimidad, y mas reposo: conteniendo, empero, en si misma estos pensamientos vulgares, afectó una exaltacion que no tenia: tan indispensable es en este bajo mundo, disimular muchas veces los sentimientos del corazon!

La presencia de la noble Elfidia proporcionaba algún alivio á las numerosas penas de Elfgia. Su padre habia llegado á París, y el rey le habia dado por prision una habitacion en su palacio de las Tournelles. Vijilábase cuidadosamente, pero no se apresuraba el oír su justificacion.

Desde el dia siguiente de su entrada en la capital habia dirigido una respetuosa carta á Felipe el Hermoso, pidiéndole un pronto juicio, y sobre todo la comunicacion de los cargos imputados á su persona.

Esta súplica habia quedado sin respuesta, y el canciller Guillermo de Nogaret habia dicho á los hijos del duque: «Lo mejor que nuestro padre puede hacer es permanecer tranquilo: se ha prevenido al rey en contra suya; es necesario esperar que el tiempo desvanezca esa prevencion desfavorable.»

No era esta la intencion del acusado, y así empeñó á sus hijos á presentarse al mismo monarca, y llevar á sus pies las espresiones de su inocencia y de su dolor.

Felipe fué menos misterioso que su ministro: no ocultó que de órden suya se habian interceptado unos pliegos importantes dirigidos al rey de Inglaterra, en los que se hablaba de su padre como de un hombre enteramente decidido por la causa inglesa, y que

trabajaba sordamente en favor de la misma.

—No es él solo, añadió, sobre quien pesan las sospechas: otros muchos señores, cuya fidelidad hasta este día no me habia parecido dudosa, y que me complacia en contar en el número de mismas dignos súbditos, están pintados en los mismos escritos como intrigantes y rebeldes: yo querria no dar crédito á lo que he visto; pero en mí podrá ser estremada cualquiera precaucion que adopte. El duque d' Auvillars está ciertamente privado de su libertad; pero no tiene motivo para quejarse del lugar de su prision, ni de las consideraciones de que está rodeado. Yo hago obrar en silencio, y podeis estar completamente seguros de que bien pronto habré puesto en claro los complots de que estoy amenazado, los nombres de sus principales fautores y los de las víctimas de esas tenebrosas maquinaciones.

Así habló el monarca: su discurso paternal, la bondad de que le acompañó, conmovieron á los que le escuchaban hasta arrancarles lágrimas, arrojáronse á los pies del rey, dándole gracias con una espresion sin igual, y fueron á llevar á su padre una respuesta bien propia á hacer renacer la esperanza en su abatido corazon.

El duque d' Auvillars recibia esacta-

mente noticias de su familia: d' Aigremont tambien le escribia, y supo con sus diestros manejos, hacer que el anciano le encomendase la vigilancia de su hija, y aun obtuvo de él una carta para la abadesa Eloisa, de que ella sabrá servirse con éxito cuando lo juzgue necesario.

Entre los que tenian por el duque un tierno y verdadero interés, el arzobispo de Burdeos, su cuñado, era el principal: aunque un poco frias, conservaba sin embargo relaciones con el rey de Francia. Haciendo uso de ellas, trató de inclinarle en favor del duque, y las espresiones respetuosas de que se sirvió, la adhesion de que se mostró animado por Felipe, que hasta aquel dia le habia contado en el número de sus enemigos, cambiaron tanto el corazon del monarca, y le convirtieron tan en favor de Bertrand de Goth, que no tardó este en experimentar los efectos, y el crédito del rey de Francia le llevó al mas alto grado de esplendor que un eclesiástico puede ambicionar.

XXI.

Filegia de Auvillars, como hemos dicho antes, se encontraba feliz en compartir con su tia la soledad: hubiérase dicho que la suerte injusta le envidiaba todavía esta pequeña satisfaccion, al ver la prontitud con que quiso robársela.

Declarada por la Inglaterra la guerra á la Francia, el rey Breton habia dado un decreto ordenaudo á todos los poseedores de feudos en sus provincias de Aquitania, saliesen inmediatamente del pais sometido á Felipe, y se presentasen á cumplir sus deberes como buenos vasallos.

Elfidia era tutora de sus hijos: las vastas posesiones heredadas de su padre estaban la mayor parte situadas en la Gascuña: la fuerte ciudad de Langon los reconocia por señores, y si no hubiesen obedecido la llamada de Eduardo, habrian visto acaso confiscar sus dominios en virtud del derecho feudal. Elfidia conoció su delicada posicion: sus sentimientos la inclinaban á permanecer en Tolosa, pero sus intereses la llamaban á Langon; ella sacrificó sus afecciones particulares, y como buena madre, supo velar por la herencia de su esposo.

En el momento de partir, concibió la idea de llevarse consigo á Ellegia, y se lo propuso. A pesar de toda su estimacion á su tia, ella miraba con pena una partida que la hubiera separado de su amante: ademas Arnaud Vidal, á quien consultó, la hizo notar que en la desagradable posicion de su padre, el paso mas insignificante seria mal interpretado, y que en el momento de principiarse la guerra, la hija del duque d' Auvillars pasando á la dominacion de la Inglaterra, podia dar márgen á maliciosas conjeturas: por otra parte, añadió, yo no pienso, cualesquiera que sean los derechos que la sangre dé á vuestra tia, que vos podeis seguirla sin haber obtenido el consentimiento del autor de

vuestros días. Estas sensatas reflexiones produjeron su efecto: Elfidia misma á quien se comunicaron, apreció toda su justicia y se ausentó sin pensar ya que la acompañara su sobrina.

No desconocía tampoco Arnaud Vidal el peligro de dejar á Elfegia enteramente sola, sin una proteccion poderosa, contra el despotismo de Eloisa d' Aigremont: pero se lisonjeaba de que el hermano de esta no se atreveria jamás á llegar á los últimos extremos: la hija del duque d' Auvilliers le parecia una persona demasiado importante para que pudiese ser impunemente perseguida. Prometiase ademas velar tambien sobre ella, sabiendo por otra parte que el gran prior hacia sus preparativos de marcha, pues debia ir con ellos al ejército.

Vana esperanza, que se vió burlada en lo sucesivo! Luego que se verificó la ausencia de Elfidia, la abadesa se apresuró á prodigar á Elfegia los testimonios de una íntima amistad: sus cuidados, sus atenciones fueron llevadas hasta tal punto, que la que era su objeto se abandonó con reconocimiento á tales demostraciones de cariño.

Eloisa aparentaba no poder separarse de ella, no cesaba de elogiar su talento, sus gracias, sus encantos, y la lisonja, en esta

circunstancia, no tardó en hacer su efecto acostumbrado. El alma ingénuo de la jóven duquesa se entregaba con regocijo á semejantes sentimientos: ella amaba sinceramente á la buena abadesa, y diariamente tomaba su defensa contra Odila, que no podia sufrirla.

Eloisa, sin embargo, trataba de seducir tambien á aquella jóven; pero tropezaba con un ser prevenido contra ella, y así sus caricias, su zalameria eran recibidas con la mayor frialdad. Odila no olvidaba las advertencias del generoso trovador, y todo, en el monasterio, la parecia mostrar culpables intenciones con respecto á su amiga.

Habia, empero, entre aquellas religiosas una digna virgen del Señor, de la que no se podia desconfiar. Sor Ambrosina mostraba á Odila, y sobre todo á Elfegia, un afecto cuya causa era la virtud.

Desde su entrada en aquella mansion, la hija del duque d' Auvillars y su fiel compañera habian notado una relajacion y una tibieza culpables en semejante lugar.

Las religiosas, únicamente ocupadas del cuidado de su adorno, ó de superfluidades peligrosas, pasaban todo su tiempo en tocar instrumentos y leer novelas caballerescas. Veíase las sin cesar á la reja, recibir visitas

de los mas amables caballeros, hablar con ellos de cosas mundanas, en tanto que el coro estaba solitario y que se abreviaban cuanto era posible las horas indispensablemente destinadas á la oracion y la meditacion.

Ambrosina sola, distinguiéndose entre sus compañeras, se empleaban durante todo el dia en los deberes piadosos, y aun por la noche, se levantaba en silencio é iba á llevar al pié de los altares el tributo de sus plegarias y de sus lagrimas.

Desde el momento en que Ellegia se ofreció á su vista, sintió hácia ella el afecto mas vivo, pero no se atrevia á manifestarlo abiertamente, temiendo desagradar á la superiora de quien era odiada sobre toda espresion.

Ambrosina habia quedado sola de todas las religiosas que, en otro tiempo, habian levantado sus voces acusadoras contra la desareglada conducta de Eloisa: todas sus compañeras habian muerto ó habian sido trasladadas á otros conventos de la órden: sola Ambrosina habia permanecido siendo el blanco de los ultrajes, las burlas mas sangrientas, los mas absurdos caprichos, y toda especie de malos tratamientos, á todo lo cual no oponia mas que una perfecta resignacion, un silencio absoluto, contentándose con condenar

con su santa vida, la que se observaba en torno de ella.

Eloisa temia desde el primer momento una relacion demasiado intima entre Ambrosina y Elfegia: en consecuencia trató de oponer á ella toda clase de obstáculos, y sus artificios la sirvieron durante algun tiempo; pero no vigiló á Odila con tanto cuidado, y esta, inclinada hácia la digna religiosa, se abandonó sin combatir al efecto que la inspiraba. Mas de una vez habia sorprendido á Ambrosina derramando lágrimas, cuyo motivo le era desconocido: ella era testigo de las penas que atormentaban á esta santa virgen; todo le probaba que se veia consumida por un secreto dolor, pero Odila no era curiosa, y esperaba sin impaciencia una confianza que Ambrosina no parecia dispuesta á hacerla tan pronto.

Entre tanto Eloisa no cesaba de hablar á Elfegia de las brillantes cualidades del gran prior del Temple; referíala las expediciones de su vida militar, los rasgos de beneficencia, imaginarios, con que se habia señalado: ella sabia con arte despertar los celos de la jóven duquesa, hablándola de las frecuentes visitas de Levis á la hermosa Raimunda de Isalguier; repetidas veces mandaba responder al marqués que Elfegia no podia recibir-

le, al mismo tiempo que hacia notar su ausencia á su crédula amiga: ella amenizaba la conversacion con mil historias galantes, hábilmente graduadas, y á propósito para llevar la turbacion á los sentidos de una jóven sin esperiencia.

De ordinario elegia para estas conversaciones, las horas en que Odila no estaba al lado de la jóven duquesa: ademas, habia establecido una ley singular, que era la de no dejar entrar en su aposento sino á las que fuesen llamadas por su espresa voluntad; y aunque Odila no estuviese enteramente sometida á esta estraña regla, la habia hecho entender que haria bien en conformarse con ella.

Así la amante de Vidal no podia tolerar á la abadesa, y no habia dia en que no se suscitasen cuestiones entre ella y Elfegia, con relacion á la hermana de d' Aigremont.

Elfegia, inocente, incapaz de pensar mal, la defendia en cuanto podia, y Odila la atacaba con las armas del ridículo y de la sátira.

Mas de una vez el gran prior franqueó los umbrales del monasterio, señalado favor debido á su hábito religioso, y del que se aprovechaba para hablar al objeto de su insigne amor. El fuego que brillaba en sus ojos, sus atrevidas espresiones, sus suspiros, sus solitudes, llevaban á veces un rayo de luz al

alma de Elfgia; pero el amor del templario le parecia de tal modo fuera de toda probabilidad, que rechazaba todas sus sospechas, y no queria rendirse ni aun á la evidencia.

Un dia, sin embargo, las cosas fueron llevadas tan adelante, que ya no pudo pasarla en silencio, y hé aqui como sucedió: las tarde de los domingos, particularmente, Eloisa reunia en su aposento lo selecto de su casa, sus intimas confidentes: alli se tomaba una delicada merienda, se jugaban juegos divertidos, y tambien frecuentemente se buscaba en la música un nuevo recreo.

Elfgia fué en este dia invitada á esta diversion particular, á la que asistia tambien el gran prior del Temple. Colocóse este á su lado, la sirvió los bocados mas esquisitos, la agovió de arrebatados elogios, y parecia no ocuparse sino de ella sola. Eloisa, entre tanto, empeñaba á Elfgia con su ejemplo á desocupar á menudo su copa, que volvia á llenar de los mas deliciosos licores; pero Elfgia era sóbria, todo exceso la parecia punible, y rehusaba casi siempre que se le ofrecia. Al mismo tiempo una jóven novicia, predilecta de la abadesa, y cuya agradable voz se alababa en extremo, tomó un laud á invitacion del templario, y sin sonrosearse, canto el romance siguiente,

poco acomodado á aquella morada.

La edad de amar.

Un celestial tesoro
se agita ya en tu seno,
que de inquietudes lleno,
no puede respirar.
Sosiegate Ceina
no pierdas tu reposo,
que él te anuncia gozoso
la dulce edad de amar.

Si á un verde bosquecillo
tus pasos encaminas,
si tu pecho examinas,
que sientes palpitar;
si á la tórtola escuchas
su canto apasionado,
di: tambien yo he llegado
á la edad, ya de amar.

Cuando de tu existencia
llegue la tarde triste,
los goces que perdiste
habrás de desear.
Pero el amor no viene

dos veces en la vida;
disfruta pues querida
la dulce edad de amar.

Al concluir, todos aplaudieron la letra y los acentos: Elfegia sola guardaba silencio; sus mejillas estaban encendidas, pero aquel movimiento de su sangre no tenia otro origen que el de su pudor ofendido. Una cancion semejante le parecia indigna del lugar en que se habia cantado, y en donde, segun sus justas reflexiones, no debian resonar sino las alabanzas al Señor. Sin embargo, creyó deber callar, pero no fué comprendida. Su emocion, su turbacion, no lo atribuyeron á su verdadera causa: sospechóse aun que procedian del tumulto de sus pasiones, y d' Aigremont se mostró arrebatado. La noche se adelantaba, y la luna en todo su esplendor derramaba en los aires su suave y meláncolica luz. Eloisa propuso bajar al jardin, donde se respiraba un delicioso aroma, esparciendo los céfiros por todas partes, las delicadas emanaciones de los naranjos en flor, con que estaba hermo-seado. Cada uno, paseándose á su eleccion, vagaba á la ventura. Elfegia no tardó en ser alcanzada por el templario: todo parecia favorecer á este, la calma de la noche, el misterio que siempre la rodea, y mas que todo, las vo'lup-

tuosas ideas que él habia creído escitar en el alma pura de Elfegia.

—Qué hermoso es ese cielo! exclamó con entusiasmo. Cuánta parte parece tomar en nuestros placeres la naturaleza! No oís, bajo ese sombrío follaje, al cantor de los bosques inflamar su flexible garganta? El trata con su melodía de agradar á su compañera: el amor es su soberano, y el placer es su Dios! Ah! por qué, como él no nos entregamos nosotros á las inspiraciones de nuestra alma!

Sorprendida, como no lo habia sido jamás, con un discurso de este género, Elfegia le manifestó su admiración con un semblante altivo y severo, y acelerando el paso, quiso reunirse á la compañía de que se habia separado.

—Dónde correis? cruel, prosiguió d' Aigremont: dudais del poderío de vuestros encantos? ó mas bien no le habeis conocido hasta este momento? Envano hús de mí, la suerte está echada, y yo no puedo callar mas largo tiempo, disimulando el ardiente amor, debido á las infinitas perfecciones que brillan en vos. Si, señorita, yo os amo! muévaos el ardor que me devora, y que vuestra encantadora boca no me trate con demasiado rigor!

—Gran Dios! era necesario que yo me viese reducida á oír semejantes ultrajes (esclamó Elfegia con indignacion, y procurando evadirse del gran prior que la retenia) y de una boca como la que los profiere? Vos me hablais de amor! Vos, señor d' Aigremont! Habeis olvidado los nudos que os ligan, y los que mi corazon ha jurado formar? Ah! sin duda un momento de delirio ha turbado vuestra razon, y cuando haya pasado su extravio, los remordimientos que le seguirán me vengarán completamente.

—Cruel! en vano lingís dudar de mi pasion: no, mi espíritu, no está ofuscado. Yo os amo con todo el esfuerzo de que mi alma es capaz: bien sé cuán culpable debe pareceros un templario hablándoos de amor; pero vos tambien olvidais que el poder del soberano pontífice carece de límites; él es amigo mio, y yo puedo ver destruirlas las cadenas que me abruma.

—Eso no seria bastante, señor, para obtener mi ternura: podria yo lisonjearme de veros mas fiel á mis débiles atractivos, que al Dios á quien tanto tiempo habeis servido? El que quebranta sus primeros juramentos, podrá hacer creer que sabrá cumplir mejor los que forme despues? Dios poderoso! mi conducta ha sido demasiado ligera, si ha podido

permitiros semejante esperanza, cuánto la deploraria en ese caso! Pero, dejadme, os repito; la amiga, la prometida esposa del marqués de Levis no puede oír mas tiempo de boca del gran prior del Temple semejantes profanaciones, sin mostrarse culpable ella misma.

Dijo, y desprendiéndose de las manos de d' Aigremont, huyó precipitadamente, yendo á depositar en el seno de Odila su indignacion y su dolor.

El templario, despues de su retirada, conoció cuánto se habia engañado en su esperanza: lamentó pues su precipitacion, y despues de haber conferenciado con su hermana, se ausentó con la rabia en el alma, por el mal éxito de esta tentativa. Luego que se marchó, la abadesa hizo rogar á Elfegia pasase á su aposento, pero esta, de acuerdo con Odila, contestó que una repentina indisposicion la obligaba á tomar algun reposo. Lisonjeándose haber eludido de este modo las importunidades de Eloisa, Elfegia se disponia á desnudarse, queriendo sin mas tardanza escribir á Levis lo que pasaba cuando oyeron llamar fuertemente á la puerta de su cuarto.

Elfegia, creyendo que era Ambrosina que venia á verla á aquella hora, se apresuró á

abrir, y reconoció no á la santa religiosa, sino á la misma abadesa.

Esta al entrar, rogó á Odila se retirase á la pieza inmediata, y aproximándose á la jóven duquesa, tomándola la mano, la habló de este modo:

—Es posible que mi querida Elfegia haga extensiva á mí la cólera que otro ha merecido? Cree que el amor fraternal me obceque hasta el punto de aprobar las imprudencias de d' Aigremont? Guardaos de imaginarlo: yo no he podido saberlas sin indignarme, y se lo he manifestado con bastante severidad antes de marcharse: le he hecho conocer cuán culpable era, porque él en medio de su turbacion me lo ha confesado todo, jurándome que os idolatraba desde vuestra mas tierna infancia: él se lisonjea (hasta dónde le conduce el amor!) hacer disolver sus votos por el sucesor de san Pedro: él asegura que entonces, lejos de decaer del rango glorioso que ocupa, será elevado á un rango de poder mucho mas superior. Qué os diré, en fin? su arrepentimiento me ha enternecido, pero no me ha conmovido: le he prohibido la entrada en esta pacífica mansion, y no volveréis á verle presentarse en ella hasta el dia en que le otorgueis su perdon.

Elfegia escuchó este discurso, y supo penetrar todo su artificio, guardándose sobre todo de responder á la última parte de él.

Aseguró á la abadesa que todo estaba olvidado, que estaba bien convencida de la extravagancia del gran prior, de cuyos sentimientos, añadió, jamás participaría, aunque llegase á ser rey de Francia.—Yo amo al marqués de Levis, mi familia aprueba esta inclinacion, y cualquiera otra me seria, cuando menos, importuna. Vos me permitiréis, en fin, señora, que por algun tiempo me prive de vuestras finas atenciones para conmigo: deseo vivir en adelante en la mas absoluta soledad, único estado que conviene á una jóven, aislada de sus parientes, y á punto de separarse de todo lo que le es mas querido.

—Me asegurais, replicó Eloisa, que todo está olvidado, y en el mismo instante que-reis privarme de vuestra presencia. Hay un retiro mas completo que el que aqui se observa? Pensais que se os abandonará á vuestras tristes reflexiones? No, hija mia; yo usaré en esta circunstancia de mi autoridad de superiora y del cariño que os profeso. Guardaos, sobre todo, de dar oidos á perniciosos consejos: en este monasterio hay un enemigo que abusa de mi indulgencia, yo sé

que trata de prevenirnos contra mí, pero no lo sufriré, y castigaré, si es necesario, a la atrevida que aun osa conspirar.

Estas palabras, como no puede adivinarse, se dirigian á Ambrosina, de quien la abadesa sospechaba, no sin fundamento, que trabajaba en favor de Elfegia: así esta última replicó con viveza:

— Ignoro, señora, á quien se dirigen vuestras amenazas: no sé si en este recinto se conspira contra vos; pero creed que la duquesa de Auvillars desprecia las maniobras tenebrosas, indignas de su carácter y de su rango.

Qué se puede, además, decía, en desventaja vuestra? La regularidad de vuestras costumbres no sería la mejor respuesta á odiosas calumnias? Vos nada teneis que temer, puesto que nada teneis que reconvenirnos.

Estas palabras terminaron la conversacion. Eloisa se sintió profundamente herida, habiendo creído notar en las últimas expresiones de Elfegia, una tinta de ironía, que se propuso no perdonarle.

Inmediatamente que se hubo retirado, volvió á entrar Odila, y estas interesantes amigas conferenciaron largo rato acerca de su situacion. Odila, después de haber reflexionado, no aprobó que Elfegia escribiese á Levis: su opinion fué hablar ella misma con

el trovador, del inconcebible amor de d' Aigremont, cuando viniese el dia siguiente al locutorio á darla leccion. Su partida para el ejército se habia dilatado por la lentitud de las hostilidades del rey de Inglaterra: ademas se esperaba de un momento á otro al condesable de Francia, el ilustre Gaucher de Chatillon, y el ejército no debia entrar en campaña antes de haber sido revistado por este célebre guerrero.

Odila aconsejó á Elfegia empeñase á su tia á reclamarla. Precisamente el obispo de Bazas, cuñado de Elfidia, se hallaba en Tolosa, y las dos amigas se lisongearon obtener fácilmente su apoyo. Su conversacion se prolongó hasta hora muy avanzada de la noche, y no se separaron, sino cuando se vieron ya agoviadas por el sueño.

XXII.

Era bastante tarde cuando Odila bajó al locutorio: Arnaud Vidal esperándola conversaba con la piadosa Ambrosina, encantada de oír hablar á un trovador tan célebre. Al llegar Odila, la religiosa quiso retirarse, pero esta la obligó á permanecer, deseosa de que oyese lo que iba á confiar al señor Vidal. Sorprendidos ambos de la especie de solemnidad de este preámbulo, prestaron la mas esmerada atencion. Refirióles la jóven sucintamente la ocurrencia del dia anterior, las proposiciones de d' Aigremont, las respuestas de Elfegia, y les manifestó, en fin, el do-

Me papel que la abadesa parecia ejecutar en este negocio. Nada de cuanto pudo decir admiró á los dos interlocutores; de mucho tiempo les era conocida Eloisa, y por lo tanto, no se mostraron sorprendidos. Ambrosina, conociendo, de una sola ojeada, los servicios que podia prestar á la duquesa, y queriendo eludir las sospechas de la abadesa respecto á ella, pidió permiso para retirarse.

— Vos ireis, mi querida Odila, la dijo, á reuniros conmigo en mi celda, despues de las once de la noche; allí hablaremos libremente; aquí tal vez nos están espiando. Una conversacion mas larga llamaria la atencion relativamente á mí, al paso que nadie estrañará que los dos permanezcais juntos.

Haciendo justicia á la discrecion de Ambrosina, Vidal fué el primero á instarla á retirarse, y cuando hubo salido de la sala, continuó su conferencia con su jóven amiga.

— Teneis, en fin, la dijo una prueba indudable de que yo no me engañaba en mis conjeturas, y gracias á Dios, mi perspicacia no es un defecto en esta ocasion. La pasion de d' Aigremont no pudo ocultarse á mis ojos: creíale, sin embargo, con mas destreza, pero se ha apresurado demasiado á hacerla estallar: un disimulo mas largo le hubiera sido menos desfavorable. Yo apruebo alta-

mente vuestro proyecto de salir de esta casa; pero para esto deben preceder otras gestiones.

Ellegia no tiene en este momento en Tolosa otros parientes que el obispo de Bazas: solamente él puede reemplazar dignamente á madama Elfidia, y á él es á quien voy á dirigirme. Este respetable prelado me conoce, y no dudo que apreciará mis razones y participará de nuestros temores. Vosotras, hasta el momento en que venga á reclamaros, guardaos de dar á entender nada: adormezcamos las sospechas de los malvados; ellos son poderosos, son diestros, y solo en esta circunstancia no han acertado.»

En este momento se presentó la vicaria del monasterio.

—Señor Vidal, dijo, madama Eloisa, me manda deciros que la es imposible tolerar mas tiempo vuestras diarias visitas: demasiada fama os rodea; en todas partes se sabe vuestra inconstancia, vuestra ligereza, y ya vuestra continua presencia aqui dá pábulo á hablillas escandalosas. Se os invita, pues, á no venir sino una vez á la semana, y á abreviar vuestra visita lo mas que sea posible.

—Estad persuadida, discreta señora, replicó el trovador, que siempre se me verá res-

petar las disposiciones de vuestra superiora, aun cuando me parezcan injustas. No trataré de convencerlos de la sinceridad de mi afecto á la amable Odila: en Tolosa es bien conocido, y nadie hasta este dia habia suscitado dudas con respecto á él. Yo ignoraba tambien que las locuras de mi primera juventud hubiesen llegado al otro lado de la reja que nos separa; pensaba que en ese recinto no se hablaba sino de cosas de otro mundo, y no de las galanterías de este; pero no importa, yo sabré obedecer, aun en perjuicio mio, y no apelaré de la severa sentencia que me priva de dedicar mis cuidados á mi esposa futura, y á la hija del duque d' Auvillars: su padre me habia encargado particularmente velar en su educacion; solo me permitiré manifestarle que este dulce favor me ha sido prohibido.

Despues, volviéndose hácia Odila: «Adios, mi jóven amiga, ahora se me hace sufrir el castigo de mis errores pasados.» Inclínose ante la vicaria, y se retiró lanzando un profundo suspiro.

Despues de su partida, esta quiso justificar la resolucion de la abadesa, pero Odila no tenia tanta sangre fria como el trovador: estaba vivamente irritada de una medida que le parecia un ultraje: asi habló sin reserva, y

sus sátiras, sus frases mordaces confundieron á la vicaria, y fueron referidas á Eloisa. Esta imprudencia se hizo origen de nuevas persecuciones.

D' Aigremont trabajaba por su parte en el cumplimiento de sus proyectos: por medio de secretos manejos y queriendo, sobre todo, prolongar la ausencia del padre de Elfegia, consiguió hacerle aun mas sospechoso al rey. En su consecuencia, se principió á usar con él de un rigor inacostumbrado: hasta entonces no se le habia prohibido la comunicacion con sus numerosos amigos, y ya se principió á encerrarle estrechamente, y á no permitirle hablar mas que con sus hijos.

El duque se quejó de esta conducta, pero no obtuvo respuesta, y el monarca se negó á recibir á sus hijos. Este riguroso tratamiento le sumergió en la mas negra melancolia, y esperaba con una ansiedad siempre creciente el momento de su libertad; de este modo triunfaba el criminal d' Aigremont, y los que se habian lisonjeado de volver su alma hácia el bien, estaban lejos aun de apreciar toda la perversidad de su carácter:

Odila violentamente animada contra la abadesa, subió al aposento de Elfegia, quejándose de la disposicion extraordinaria que habia tomado. La duquesa el saberla, participó del

descontento de su amiga, é indignada además de esta falta de respeto hacia ella, no quiso dilatar el explicarse con la que lo motivaba: habíase propuesto no volver tan pronto á la habitacion de Eloisa; pero en esta circunstancia creyó poder traspasar su resolución.

Sin duda que Eloisa esperaba la visita de Elfegia, porque la hizo decir que no podia recibirla en aquel momento, por estar con su director. La duquesa no se desanimó, y habiendo vuelto mas tarde, se la introdujo en fin.

—Mucho placer tengo, dijo Eloisa, en veros renunciar á vuestros proyectos de soledad, y que os hayais vuelto mas razonable.

—Siempre tendré una satisfacion en estar á vuestro lado, señora, y no es culpa mia, si he querido privarme de ella. Pero yo podré á mi vez replicaros que si ayer combatíais tan abiertamente mis ideas, hoy parece quereis servir las con mas celo acaso del que yo pedia. ¿Qué motivo ha podido impulsaros á prohibir al amigo de mi padre y del marqués de Levis, al ilustre trovador que me manifiesta una amistad tan tierna, la entrada en esta santa casa? No era él ciertamente merecedor de este agravio; y si todos los hombres le fuesen semejantes, poco habria que quejarse de ellos.

—Lo veo con sentimiento, duquesa, tenéis siempre presente el atrevimiento de mi hermano, y su conducta es la que con poca indulgencia oponéis á la del trovador Arnaud Vidal. Yo podria, si quisiese disimular con vos, deciros que, segun vuestro propósito de ayer, habia tomado mi determinacion de esta mañana; que no debia pensar que en el retiro en que queriais vivir, hubiéseis de admitir á un trovador galante, tan célebre por sus pasiones extravagantes y efimeras. Pero tocaré con respecto á vos otra cuerda mas justa. Sin duda mi hermano por su imprudencia os ha desagradado: yo le he prohibido volver á parecer delante de vos. Debia, mostrándome tan severa para con él, recibir en este monasterio á los que desde este momento debe mirar como sus enemigos, porque ¿qué otro titulo puedo dar al amigo, al confidente del marqués de Levis? Esto no hubiera sido justo, y apelo sobre ello á vuestro mismo juicio. Además, vuestra precipitada retirada, vuestras quejas de ayer, la consternacion de mi hermano, las reconvenciones que le he dirigido, han causado, á pesar mio, un ruido desagradable. Una austera reserva, una clausura mejor observada, responderán á todo, y separarán las miradas de la malicia. No por eso dejareis de recibir á vuestro pre-

ceptor, puesto que le dais este título, con menos frecuencia, es cierto, pero la bastante para llevar á cabo vuestra educacion, si es necesario que sepais mas todavía. Os lo repito, querida Elfegia, se trata de indisponeros conmigo: ignoro en qué he podido desagradar á vuestra fiel compañera, pero no puedo dudar que ella os escita, y pienso no soportarlo mucho tiempo.

Elfegia iba á replicar cuando entraron varias religiosas, y la conversacion tomó un carácter general. Viendo que la abadesa la evitaba, y sabiendo por otra parte que el siguiente dia vendria el obispo de Bazas á reclamaria, no quiso insistir mas y se retiró.

Odila no dejó de conmoverse al saber la amenaza de la abadesa, temiendo que hubiese formado el proyecto de separarla de su amiga; y si como ella no hubiese estado en la persuasion de su pronta salida del monasterio, se habria sobrecogido mucho mas. Una y otra pasaron el resto de aquel dia con la esperanza del siguiente.

Las once y media acababan de sonar, cuando Odila salió de su celda dirigiéndose á la en que la esperaba Ambrosina. Los vastos corredores del convento estaban iluminados por lámparas que ardian toda la noche, y Odila aprovechó aquella circunstancia: la cel-

da de la religiosa estaba en otro cuerpo del edificio, y era necesario atravesar muchas galerías y subir y bajar escaleras. Caminando con ligereza, deteniéndose á cada rumor imprevisto que oía, llegó en fin al lugar en que era esperada. La puerta estaba entreabierta; la empujó y á la claridad de un reverbero colocado al frente de la celda, distinguió á Ambrosina posternada ante un Crucifijo: al lado del reclinatorio un reloj de arena y una calavera, completaban la decoracion de aquella humilde morada.

No atreviéndose Odila á distraer á la religiosa de su meditacion, esperó en silencio á que se volviese: esta, terminada su oracion, se levantó poco tiempo despues, y dió gracias á la amiga de Elfegia por su esactitud.

Odila la refirió la escena ocurrida con la hermana del gran prior del Temple, cuando Elfegia se quejó á ella de la prohibicion de adimitir diariamente en el locutorio al trovador Arnaud Vidal.

—Mi querida hija, la dijo Ambrosina, vosotras no imaginais el peligro que correis las dos en este monasterio, asilo, en otro tiempo, de todas las virtudes. Desde que madama d' Aigremont nos gobierna, los vicios de su hermano han penetrado entre nosotras, y esa perversa pareja emplea todos sus cui-

dados, y lo consigue demasiado frecuentemente, en seducir á las tiernas vírgenes que se consagran al mas augusto de los esposos. Desde que el granprior ha fijado sus deseos en la duquesa d' Auvillars, ya no hay seguridad para ella. Vijiladla continuamente, tanto de noche, como de dia: el crimen no descansa jamás, y mas de una vez las sombras, en estos lugares, han favorecido sus detestables maquinaciones. No puedo deciros mas en este momento, ni permita Dios que yo descubra sin motivo, las torpezas de que he sido testigo. Vosotras esperais salir mañana de este monasterio; yo lo deseo con toda mi alma, pero no creo que asi se verifique.

—Pensaríais que se emplease la fuerza para retenernos? eso no es probable.

—Los artificios de los malvados son numerosos; no sé cuál será su conducta; pero el dia siguiente vos la aclamará; en todo caso, contad conmigo. Por grande que sea el odio que Eloisa me tenga, no se atreverá á arrojarme de este recinto, porque tendria demasiado que temer si yo saliese de él.

Aquí Ambrosina instó á Odila se retirase: iban ya á tocar á maitines, y no hubiera querido ser descubierta. Odila, pues, la abrazó, y salió. Varias lámparas se habian, por fortuna, apagado: de las partes oscuras de la

galería la amante del trovador imaginaba ver aparecer fantasmas: ya había pasado la habitación de la abadesa, cuando oyó abrir la puerta. Temiendo ser vista en aquel momento, buscó en torno suyo un refugio, y le encontró detrás de una gran cortina que se corría todas las noches para cubrir un cuadro de mucho valor.

Desde allí observó á un desconocido de elevada estatura, embozado en un manto de templario, que deslizándose en silencio, llegó hasta otro cuadro colocado al extremo opuesto de la galería, y cubierto igualmente con un grave velo, que levantó: oyóse un ligero ruido, y el de sus pasos se perdió.

Confusa de lo que acababa de ver, formando en consecuencia las mas siniestras reflexiones, Odila esperó algun tiempo; pero todo había quedado en calma, y continuando el silencio se encaminó hacia su cuarto.

XXIII.

Dejemos por un momento á Odila y Elfegia: el cielo les prepara todavía numerosas tribulaciones, y el dia de su felicidad no está próximo á brillar.

Ombelina reclama nuestro interés: largo tiempo hemos dejado de ocuparnos de esta desgraciada, cuanto hermosa jóven, y un atractivo particular parece llamarnos hacia ella.

Mesalvo acababa de dejarla, y aunque daba gracias al cielo por el contratiempo que habia obligado á su perseguidor á alejarse del castillo de Montgiscard, su ausencia casi la hacia temblar, porque temia al insolent-

te Montfalcon. Sin embargo, no tardó en tranquilizarse. Marcelina de vuelta de casa de su hermana, había sabido por los criados la noticia del duelo entre este vil templario y el generoso d' Aurival; y sin perder momento se encaminó al aposento de la huérfana, para saber de ella todos los pormenores: la buena anciana experimentó una verdadera satisfacción al ver al centinela colocado á la puerta de la galería en el interior de la sala de audiencia.

—Dios sea loado! exclamó: ya se puede esperar que los espíritus tendrán respeto á esa lanza, aunque á la verdad, creo que si ellos quisieren asustar al arquero de la guardia, no les sería difícil á pesar de su valor; pero en fin, sabiendo que se puede encontrar con quien hablar, estaré menos tímida, y casi me siento capaz de salir de la pieza en que se me hace dormir, antes que el sol este declinando.

Hablando así, llegó al cuarto de Ombelina y allí se redoblaron sus exclamaciones. Esta se mostró muy contenta cuando supo las precauciones de Mesalvo, y Marcelina le dió la certidumbre de que no sería posible á Montfalcon llegar hasta ella.

Este aumento de vigilancia quitándola el temor de un nuevo insulto, la arrebatatabam—

bien la esperanza de conseguir su fuga. Complacíase en creer que el señor d' Aurival sería su libertador, y á pesar suyo, sin duda, no cesaba de ocuparse del novicio en la órden de los templarios. No se cansaba de recordar su valor, su elegante estatura, sus miradas llenas de fuego: mas de una vez repetía, sin advertirlo, el ademán que hizo al separarse de ella, y cada vez que llevaba su mano al corazón latía con estremada violencia, persuadida acaso de que era la mano del caballero la que le oprimía.

En estos pensamientos trascurrieron dos ó tres horas. Al cabo de este tiempo se sintió como herida de una súbita inspiración, y preguntó á Marcelina si se le había prohibido de nuevo el paseo por el terrado situado al fin de la galería.

La conserja la aseguró que en este punto era dueña de su voluntad, y en su consecuencia se dirigió á él, con tanto mas placer, cuanto la noticia del arresto y la fuga de Montfalcon, que ya sabía, la quitaba el temor de encontrar á aquel atrevido.

Pero pensaba del mismo modo con respecto á d' Aurival? No creí, por el contrario, encontrarle en el mismo sitio en que había visto á Montfalcon? Esto es lo que ya sabremos en lo sucesivo.

El paseo se efectuó, pero fué solitario. D' Aurival no pareció, y la huérfana se retiró con un secreto despecho. Pasó la noche bastante agitada, y Marcelina á la mañana siguiente la preguntó si habia tenido miedo, porque sus ojos estaban inflamados y se diria que habia llorado. Ombelina se sonrojó vivamente á esta acusacion, y afirmó que no tenia novedad; pero su aire turbado, su emocion, dieron mucho que pensar á la buena vieja, que sin embargo estaba distante de adivinar la verdad.

Las provisiones de la semana tocaban á su fin, y Marcelina salió para renovarlas: entre tanto Ombelina se empleó en recorrer el manuscrito que habia traído de su nocturna correria, que era una enfática historia de la órden del Temple desde su fundacion; y aunque la lectura era trabajosa, no la desagradó conocer los acontecimientos que tanto habian elevado una órden ya tan degenerada.

Marcelina volvió en fin, y Ombelina advirtió en ella, desde luego, que no estaba en su natural situacion: parecia que deseaba á un mismo tiempo decirle y ocultarle alguna cosa: paseábase por el aposento, entraba, sin tener á qué, al gabinete, y volvia á salir del mismo modo. Esta inquietud prolongada, alarmó en fin á la que la observaba, temero-

sa de nuevas desgracias; y queriendo salir pronto de aquella incertidumbre, contando además con la propension á hablar de la buena conserja, la preguntó el motivo de su aturdimiento, y si debía temer aun algun nuevo infortunio.

—Ah, santa señora! yo me encuentro en el caso mas extraño del mundo: vos me interesais sobre toda ponderacion, y no habria cosa que yo no ejecutase por haceros feliz: por lo tanto he sido fácil en acceder á la peticion que acaban de hacerme; pero por otra parte temo que os enfadeis conmigo, aunque he obrado en esto con la mas pura intencion.

—Os creo sin dificultad, Marcelina, y os suplico me espliqueis el sentido de vuestras palabras.

—Y bien! voy, pues, á deciroslo todo, y si os incomodais, os pido en nombre del gran San Cipriano, no os quejeis al caballero Mesalvo, porque ya veis, si él llegase á saber lo que voy á deciros, nos despediria al momento á Jacobo y á mí; y entonces ¡qué no me diria este pobre hombre! Imaginaos, señora, que esta misma mañana me aseguraba que la muerte le seria menos dolorosa que su salida de esta mansion.

—No dudó de todo eso, pero vamos al ca-

so....

—Nadie puede oírnos: el escudero Marchesi está bebiendo con sus camaradas en este momento; el centinela tendría un oído bien agudo, si desde su puesto en el salón pudiese percibir una palabra. Estoy, pues, asegurada, y vais á saberlo todo. Esta mañana al separarme de vos, fui á buscar á mi cuarto unas hermosas manzanas que queria regalaros, cuando oigo tocar á la puerta, *tan, tan*. Adentro, dije; me vuelvo y veo delante de mí al señor d' Aurival, ese noble caballero, que sin conoceros, señora, se batió el otro día con ese malvado templario Montfalcon.

Hace tiempo que este jóven novicio es aquí el objeto de mi predilección: es tan amable, tan atento, señora! él no teme abatirse preguntándome por mi salud, y así es que me echaria al fuego por él, y Jacobo en esta parte es de mi misma opinión. Al verle hice una profunda reverencia, y le pregunté humildemente en qué podia servirle.

«Mi buena Marcelina, me dijo sentándose sin cumplimientos, de vos depende hacerme el mas feliz de los hombres.»

«Señor templario, le dije, si es cosa que está en mi poder, podeis desde luego contarla por hecha.»

Entonces principia un largo discurso, me

habla de vos, me jura que desde el primer momento en que os vió, no ha pensado mas que en el placer de volver á veros, y añadió: «Yo no puedo imaginar, y todo confirma mi pensamiento, que esa hermosa jóven esté voluntariamente en esta morada: ella no tiene ninguna semejanza con las desgraciadas traídas á Montgiscard por los templarios. Ah! cuán dulce me seria asegurarla de mis respetos, y tributarla mis homenajes!» En fin, señora, saca cuidadosamente una carta oculta en su pecho, y me suplica entregárosla: yo rehusó por de pronto, conociendo todos los peligros á que me espongo, pero me ruega de nuevo, y estaba viendo el momento en que se arrojaba á mis pies. Abre su bolsillo y vierte en mi delantal todo el oro que contenia; en fin, ha sabido vencerme de tal manera, que me he visto precisada á prometerle que le serviria en esta ocasion.

—Y decís que os ha entregado una carta?

—Vedla aquí; yo os aseguro que no os ofenderá, á lo menos él me lo ha afirmado con los mas fuertes juramentos.

Despues de hablar así, Marcelina corre á la cesta de las provisiones, separa las hojas de parra con que está guarnecido su fondo, y saca de él la carta. Ombelina al tomarla se sintió fuertemente conmovida: apresurose á

romper el sello, y leyó su contenido, concebido en estos términos.

«Noble señora! si no habeis perdido el recuerdo del pequeño servicio que tuve la felicidad de prestaros, acaso le deberé el de no incurrir en vuestro desagrado por mi atrevimiento: yo no puedo renunciar á la idea de que una injusta violencia os retiene á vuestro pesar en este castillo. Cuán dulce me seria (si no me engaño) romper vuestras cadenas y restituiros á vuestra familia, desolada sin duda, de verse privada de su mas bello ornamento! Dignaos aceptarme por vuestro caballero: este título conviene acaso á vuestro defensor, y estad segura de que no tendreis jamás otro mas sumiso, ni mas fiel que vuestro decidido admirador—Luis d' Aurival.»

La lectura de esta carta era bien propia á aumentar la turbacion de la huérfana: parecía tan lisonjero tener en fin un libertador! y su ingénuo corazon convenia consigo mismo en preferir á d' Aurival á cualquiera otro, sin darse cuenta del sentimiento de que estaba dominado.

Guardaba silencio, sin embargo, sepultada en sus pensamientos, y Marcelina creyéndola irritada, se escusaba como mejor podia; pero en fin, saliendo Ombelina de su dis-

traccion. Querida mia, la dijo, estariais dispuesta á favorecer mi evasion?

— Ah! señora, jamás tendria valor para eso, y en nombre de Dios, no me lo propongais. Contentaos con los ofrecimientos que os hace el señor d' Aurival; no me mezcléis á mí, pobre anciana, á quien podria suceder una desgracia: dejadme el derecho de poder jurar en toda conciencia que no es á mí á quien d' beis vuestra libertad.

Ombelina se sonrió á esta proposicion de Marcelina, y esto la animó á continuar.

— Y bien! qué respuesta daré al novicio? Yo le he aconsejado presentarse mañana en la ventana de la torrecilla, desde donde os vió el caballero de Montfalcon, y que desde allí podria de palabra renovar sus ofertas.

— Luego habeis tomado, la replicó Ombelina, todas las medidas convenientes. Y puesto que mañana debo hablar al caballero, basta ahora dadle las gracias en mi nombre. Ah! decidle que el interés que se toma por mí, me es muy grato, y que mi reconocimiento aprecia dignamente su generosidad.

Marcelina, gozosa con la respuesta de la hospitalaria, se apresura á salir para trasmitirla á d' Aurival, y deja á Ombelina entregada á sus pensamientos: un poco menos me-

lancólica, se atrevia en fin, á leer en el fondo de su alma, y advertia que su resolucion de consagrarse á Dios con votos indestructibles, se habia enfriado considerablemente. La prision en que se la retenia, la heróica conducta del jóven novicio, la inspiraban pensamientos cuya existencia ni aun habia sospechado hasta aquel dia. Con qué amargura deploraba la ausencia de su tutor! Cuán necesaria le hubiera sido en aquellas circunstancias la presencia del señor Maurand! Ella se prometia, si alguna vez llegaba á franquear los muros de Montgiscard, dirigirse á su antigua morada en Tolosa, donde acaso le darian las noticias que deseaba obtener.

Ah! Si la faltaba este recurso, qué iba á ser de ella? Obligada á volver á encerrarse en un claustro, conocia con cuánta dificultad olvidaria á aquel de quien no cesaba de ocuparse.

Poco tiempo despues volvió Marcelina, y la manifestó el júbilo de d' Aurival y su impaciencia por ver amanecer el dia inmediato. El debió dormir poco sin duda, y Ombelina pasó tambien mala noche, si puede llamarse asi una vigilia entretenida por la esperanza y los delirios del amor. En el momento de ir al terrado, entró Marchesi que venia á informarse de si la prisionera necesitaba

alguna cosa. El iba á Bariege, y no debía volver hasta la noche. su visita, aunque corta, pareció á Ombelina interminable: le aseguró que estaba satisfecha, y que no pedía mas que su libertad; y como esta era la única cosa de que Marchesi queria privarla, se retiró sin responderla.

El corazon de Ombelina latia violentamente al aproximarse al terrado: temerosa siempre de algun obstáculo, ó de ser notada por algun indiscreto, y queriendo á lo menos evitar un disgusto á la buena Marcelina, la empenó á retirarse. Esta no deseaba otra cosa; amaba sin duda á Ombelina y al novicio, pero no tenia menos afecto á su destino, y así aprovechando el permiso se apresuró á bajar á la cocina, donde permaneció hasta la caída del dia. Al abrir la puerta Ombelina distinguió ya el templario en su puesto. A aquella vista una tinta de carmin cubrió su frente y se sintió enteramente turbada; sin embargo, continuó su paseo y queriendo disipar su confusion habló la primera en estos términos:

—Cuánto os debo, caballero! y cuánto deseo manifestaros mi reconocimiento! Seria cierto que, aun á riesgo de vuestra vida, quiséis intentar mi libertad? Porque no ignoro los que correis acometiendo semejante

empresa.

—Ah! señora, replicó d' Aurival, y en qué ocasion mas bella podria yo esponerme! Sí, sin duda; yo os juro que os arrancaré de vuestra odiosa prision. No es seguir las leyes de la caballería el proteger á las damas? No es este nuestro principal deber? Apresuraos á instruirme. Qué debo hacer? Nada me será difícil, y estoy seguro de vencerlo todo. Feliz si en recompensa conservais de mi un ligero recuerdo!

—Podeis dudarlo, generoso caballero? pensais que me seria posible olvidar á aquel cuyos cuidados me habrian libertado de mi penosa cautividad? Puesto que quereis emprenderlo, un medio de conseguirlo se me ocurre: arrancada por la violencia del monasterio de hospitalarias de Bariege, bastaria avisar á la respetable superiora el lugar que habito, y todo me asegura que ella se apresuraria á reclamarme al gran prior de vuestra órden.

—Perdonad, señora, sino apruebo vuestro proyecto. Por decontado, ademas de mi repugnancia á ejecutar el papel de delator, á cubrirme de oprobio en la órden á que estoy agregado, el suceso, creedme, no correspondia á vuestra esperanza. Vos no conoceis á Antonio d' Aigremont: ignorais los sucesos de su vida, y la íntima amistad que le une á

vuestro raptor: bien lejos de protejeros, os agoviaría mas, os haría desaparecer, y las reclamaciones mas poderosas serian nulas en ese caso. No, señora, no empleemos ese medio: permitid, pues, deberme enteramente vuestra libertad. Cada templario por turno, y los novicios del mismo modo, están encargados de la guardia exterior del fuerte, y principalmente de la del puente levadizo. La vigilancia se ha redoblado particularmente á consecuencia de las demostraciones hostiles de los ingleses: el dia en que me toque este cuidado, no tendré dificultad en procurarme un vestido de paje: vuestra aventajada estatura nos ayudará en esta circunstancia: vos fingireis estar á mi servicio, y por la noche vendreis á reuniros conmigo en el puesto que ocupe. Tendremos dispuestos caballos, y yo mismo os conduciré al lado de vuestra familia.

—Ah señor! yo soy una desgraciada huérfana, separada de mi tutor hace muchos años, y no conozco otro asilo para mi que el convento de donde se me sacó. Vuestros designios me parecen bien, pero cómo evitaré al centinela colocado en la sala en que vuestra magnanimidad me libró de los ultrajes de un caballero insolente?

—No me será difícil seducir al soldado de

guardia: tengo para ese caso muchos recursos.

La conversacion se prolongó todavía algun tiempo, pero en fin Ombelina pensó que era hora de terminarla. Citáronse para el dia siguiente á la misma hora, y se retiro; pero en el momento de ir á pasar la puerta, y al volver la cabeza para saludar por última vez al bello novicio, se dió en un pico de la cornisa un golpe tan violento, que la hizo caer en tierra. A la vista de su caída, al grito que no pudo contener, d' Aurival imaginó que se habia herido peligrosamente: no consultando ya la prudencia, y aun arriesgando su vida, sale de la ventana, elevada del suelo lomenos diez y seis pies, y asiéndose á las molduras que la adornan, se descuelga al terrado. Esta accion fué tan veloz, que Ombelina no tuvo tiempo de preverla, ni de impedirlo: al levantarse encontró á su lado al templario. Sorprendida de verle allí, apreciando el riesgo que habia corrido, ella se abandonó á una dulce emocion, é inclinándose sobre su hombro quedó un momento como desmayada. Su primer cuidado al recobrar sus sentidos, fué informarse del novicio si se habia hecho algun daño: este temor encantó á d' Aurival, y la palidez estampada en el semblante de Ombelina le dejó la esperanza de no desagradar á

aquella hermosa huérfana; pero calmada la primera emocion, el caballero y Ombelina reflexionaron en la situacion en que se hallaban. D' Aurival no podia de modo alguno volverse por el camino que le habia conducido al terrado: conocia tambien el peligro que habia en atravesar el salon, donde el centinela podria detenerle, ó cuando menos, saber lo que tanto interesaba ocultar por algun tiempo. Afortunadamente ocurrió una idea á Ombelina: recordó la escalerita por donde habia querido buscar un medio de evasion, y en la que habia encontrado varias puertas demasiado sólidamente cerradas para las fuerzas de una mujer; pero que acaso d' Aurival podia abrir fácilmente. Apresuróse á manifestarle lo que acabamos de decir, y el caballero la rogó le condujese inmediatamente á aquel lugar que podria facilitar su evasion.

La jóven se aplaudio entonces de la ausencia de Marcelina, y tomando el camino de su cuarto atravesó la galeria sin hacer ruido. Viendo que ningun importuno se presentaba, llamo á d' Aurival, que se apresuró á seguirla. pasó con ella al gabinete, levantaron la tapiceria y abriendo la puerta se encontraron en la escalera: un momento vacilaron acerca del camino que deberian seguir; pero Ombelina pensó que convenia mas buscar la sali-

da hácia lo alto del edificio. Subieron, pues, la escalera, y llegaron á aquella especie de galería llena de curiosidades, y en que Ombelina habia tenido la aparicion de aquel esqueleto amenazante: así es que no pudo, sin estremecerse, dirigir la vista á aquella puerta encarnada; estaba aun abierta, y dejó ver á los ojos d' Aurival, sorprendido, los mismos osamentos con la centelleante guadaña.

—Tranquilizaos, dijo á su compañera, que no disimulaba su espanto; se ha querido reunir en este lugar diversas maravillas de la naturaleza, y se ha colocado, como para presidirlas, ese objeto desagradable; pero cuya admirable estructura es una de las obras mas grandes del Criador.

Dicho esto cerró la puerta, y Ombelina le prometió no volverla á abrir.

Continuando en seguida su escursion, encontraron una puerta, por donde d' Aurival esperó lograr salida. Enormes cerrojos la defendian por dentro medio devorados por el orin: el templario los tanteó varias veces; pero resistieron sus esfuerzos; en fin, redoblados estos, consiguió hacerlos correr. Logrado este primer cuidado, no fué difícil conmover la cerradura: abrióse la puerta y se encontraron en un desvan abandonado.

D' Aurival le reconoció rápidamente, y fué colmada su alegría, descubriendo á su estremo una escalera que daba á la parte habitada del castillo. Desde entonces estuvo cierto de poder comunicarse fácilmente con la huérfana: no la ocultó esta esperanza, y ella no tuvo valor para prohibirsela. Conviniéron, pues, en que todas las mañanas, mientras Marcelina estaria fuera del aposento, d' Aurival seria introducido, á fin, decia, de acordar mejor su proyecto.

El debia dar ligeramente tres golpes á la puerta del gabinete y Ombelina le prometio con ingenuidad que siempre estaria en disposicion de responderle. Ella queria aqui separarse del templario pero él se opuso, y se obstinó en acompañarla á su cuarto.

Nadie habia venido á el, nadie los habia sorprendido, y d' Aurival mas tranquilo subiéndole rápidamente la escalera, se volvió á su aposento cada vez mas embriagado de los encantos de Ombelina.



XXIV.

Desde este dia se volvieron á ver frecuentemente, y Marcelina menos temerosa consintió en ser testigo de estas entrevistas, en las que por las precauciones que se habian tomado no habia peligro alguno. Cada conversacion aumentaba la reciproca ternura de los dos amantes: en vano Ombelina combatia su inclinacion: al mas ligero rumor que escuchaba en la puerta de la torrecilla, el amor triunfaba en su corazon de la razon, y la presencia de d' Aurival reducía á la nada los

consejos de una austera prudencia.

La época de la libertad se aproximaba entre tanto, y desde el descubrimiento de la secreta comunicacion, todo contribuia á hacerla mas probable. No habia necesidad de seducir al soldado, puesto que la huérfana tenia medios para salir sin ser vista de su habitacion: en consecuencia ella formaba los mas risueños proyectos.

El caballero, simple novicio, estaba libre todavia: él habia prometido á Ombelina abandonar una carrera que no podia ya satisfacer su corazon, y esperaba obtener fácilmente el consentimiento de su familia. Un alma apasionada puede dudar de cosa alguna? qué de juramentos, de tiernas promesas se renovaban y repetian cada dia! El porvenir se levantaba radiante a sus miradas, fundado en su ternura y su constancia.

El turno de d' Aurival llegó en fin: el dia siguiente debia estar de guardia á la puerta de la fortaleza, y el mismo dia temprano, debian traerle de Tolosa los vestidos que tenia pedidos. La vispera se pasó en inefable júbilo, débil imágen del que, en su concepto, les esperaba en el siguiente dia. Ningun temor se suscitaba en aquellas almas ingénnas; todo debia lográrseles, y si alguna vez una ligera sombra de desconfianza se pro-

yectaba en sus corazones, la ilusion del amor se apresuraba á desvanecerla. Oh! cuán poco durmió Ombelina durante la última noche que debia pasar en aquel lugar! cuánta ternura consagró á aquel que iba á ser su libertador! Con qué placer vió brillar aquella aurora, que apareciendo clara y radiante, era un presagio que llenaba el alma de Ombelina de una completa esperanza! pero hácia las siete de la mañana el cielo se cargó de nubes, y no tardó en caer la lluvia á torrentes.

En aquel momento se hizo oír la señal acostumbrada. La hospitalaria corrió á abrir á su amigo, que entró, trayendo los vestidos de page, y dejándolos sobre la cama. Ombelina no queria ponérselos hasta el momento preciso; pero tuvo la fatal curiosidad de querer examinarlos: d' Aurival los desplegó, pues, y ella admirando su buen gusto se divertia en la idea de llevarlos.

El tiempo volaba, y el caba'lero no se retiraba, teniendo siempre alguna cosa que decir á Ombelina: no se cansaba de repetir las instrucciones necesarias para facilitar su salida: le trazaba la marcha que debia seguir para llegar desde el desvan al primer patio: debia elegir el momento en que á la entrada de la noche, los templarios estuviesen á la mesa: á aquella hora todos los

servientes, y principalmente el escudero Marchesi, estarian ocupados en la sala del festin, bastante distante de la escalera que Ombelina tenia que bajar, y despues de franqueado este paso, le recomendaba apagar su lámpara, debiendo continuar su camino á la sola luz de las antorchas de resina colocadas á lo largo del gran vestibulo: nada, en fin, se habia descuidado para asegurar el logro de este proyecto.

Pero en tanto que asi se ocupaban de evitar peligros venideros, su imprudencia no les permitió conjurar el que estaba inmediato á confundirlos.

En el momento en que hablaban con mas calor, la puerta fué repentinamente abierta, y d' Aurival temiendo la venida de Marchesi no tuvo tiempo para llegar al gabinete, ni pudo hacer mas que arrojar-se en el espacio que mediaba entre la cama y la pared. Pero cuál seria su terror al oír la voz de Mesalvo! Este templario, dejando en Tolosa al gran prior empleando sus momentos en servir al rey de Inglaterra, y en buscar medios para obtener los favores de la jóven duquesa d' Auvillars, imaginó que á su vez podia él ir á reunirse á su cautiva, de quien tanto tiempo estaba separado, y en esta ocasion se prometia no apartarse de ella teniendo alguna cosa que de-

sear.

Ocupado en este odioso pensamiento, habia saído de Tolosa bastante temprano, y llegó al castillo en el momento en que Marcelina estaba en la aldea. Jacobo ignoraba las clandestinas visitas del señor d' Aurival; así nadie podia advertir á la amable pareja la tempestad que iba á caer sobre ellos.

Mesalvo, despues de haber dado rápidamente una ojeada á la fortaleza, y hablado con los templarios, instruido ademias por Marchesi de que todo estaba en el estado acostumbrado, creyendo á Ombelina totalmente restablecida de su primera enfermedad, se encaminó á su morada. A su aspecto la huérfana exhaló un grito de espanto, y no pudiendo dominar su debilidad, se dejó caer sobre una banqueta. Mesalvo, sorprendido de este extraordinario recibimiento, no pudiendo creer que solo su vista produjese tales efectos, sospechó confusamente una parte de la verdad.

—Qué temor es el vuestro? señora: debe mi presencia inspiraros un terror semejante? la dijo. Pero ella, oprimida por tantos sentimientos, estaba incapaz de responderle.

—Me esplicareis, en fin, prosiguió Mesalvo, el motivo de esa extraordinaria agitación?

No tuvo necesidad de interrogar mas á la huérfana, porque volviendo la vista, echó de ver sobre la cama el elegante vestido de page, que mas tarde debia haberse puesto para su evasion.

—Qué veo! exclamó el templario: por qué motivo un vestido tan poco conveniente á una persona de vuestro sexo, se encuentra aqui? Quién ha hecho traicion á mis órdenes, y sobre quién debo hacer caer mi cólera?

Esta acusacion quedó tambien sin respuesta. Ombelina derramaba amargas lágrimas deplorando su imprudencia y temiendo que d' Aurival fuese descubierto. Este temblaba de furor, y mil veces estuvo tentado por arrojar al medio de la pieza y trabar un combate á muerte con Mesalvo: sin embargo, la razon se oponia á este deseo, y desesperado por las penas de su amada, temia aumentarlas todavia.

Pero el cruel templario, abandonándose á toda su cólera, y creyendo que un libertador estaba acaso oculto en aquel parage, recorrió las diversas partes del aposento, y no hallando nada, se dirigió á la cama. A aquel movimiento, Ombelina recobrando algunas fuerzas, y no dudando que iba á sorprender al novicio, se adelanta y se arroja á sus pies; pero esta gestion se hizo inútil. D' Aurival,

agotada su paciencia, sonrojándose de verse arrancado del lugar de su retiro, quiere prevenir á Mesalvo: sale, pues, y se presenta á la turbada vista de aquel indigno caballero.

A aquella inconsiderada determinacion, Ombelina pierde la poca energía que la sostenia, y con ella el uso de sus sentidos. En cuanto á Mesalvo, mil sentimientos de odio, de venganza, de despecho se chocaron en su corazon: por un primer impulso pone mano á la espada, y d' Aurival le invita; pero de repente, manifestando un júbilo de condenado: «No, dijo, pérfido, no sufrirás de este modo tu castigo: de una sola ojeada veo toda tu audacia; pero tiembla la espionacion que te preparo.» Y avanzándose á la galeria, llama en alta voz al centinela, y le manda hacer subir el destacamento que está siempre de servicio al pie de la escalera: al momento es obedecido, y los soldados acuden tumultuosamente.

D' Aurival, entre tanto, desdeñando responderle, solo cuida de volver á la vida á Ombelina. Mesalvo le envidia esta triste satisfaccion, quiere rechazarle, pero no es escuchado. Fuera de sí, anda á pasos precipitados, se indigna, se arrebatá; los soldados se presentan en fin.

—Prended, les grita, á ese temerario caballero, á quien he sorprendido en un delito, abandonando el puesto confiado á su cuidado, estaba formando en este castillo un complot detestable: conducidle inmediatamente á Tolosa, y que, cargado de cadenas, sea sumergido en los subterráneos de la torre de san Juan!

D, Aurival tuvo un momento el pensamiento de defenderse; pero piensa que su vida no le pertenece ya exclusivamente, que debe vivir para Ombelina, y entrega su espada. Sin embargo, antes de salir se precipita á las rodillas de su amada, que continúa desmayada, la llama á grandes gritos....

Mesalvo hace una señal, y el caballero es arrebatado! Ah! apenas ha perdido de vista á Ombelina, cuando recobra todo su furor, y se acusa de no haber muerto con las armas en la mano.

Todos le compadecen, sin duda; pero nadie se atreve á desobedecer: condúcesele á Tolosa con los brazos encadenados, y se le entrega en manos de d' Aigremont, que se encarga gustoso de asegurar la venganza de su criminal confidente.

Después de la partida de d' Aurival, viendo Mesalvo el horroroso estado de Ombeli-

na, llama, y Marcelina se presenta: él le abandona la huérfana por un instante; y sale. Sus sospechas no cayeron sobre aquella pobre anciana, sino en el centinela colocado en la sala de audiencia: así, á pesar de las protestas del soldado, Mesalvo inflexible pronuncia la sentencia de su prision, y cree mostrar mucha indulgencia en no hacerle quitar la vida.

Los cuidados de Marcelina sacaron, en fin, á Ombelina de la terrible situacion en que habia caido. Ah! cuán diferente fué esta noche, de la que la habia precedido! Ya no la era permitido entregarse á halagüeñas ideas, engalanadas aun mas con los brillantes colores que el amor le prestaba: habia perdido su libertador: por segunda vez quedaba á merced de Mesalvo, y ahora ya no se ofrecia la posibilidad de escapar de aquella esclavitud. Así, al levantarse la aurora, Ombelina estaba, como al principio de la noche, derritiéndose en lágrimas.

Del mismo modo habia trascurrido una parte de la mañana, cuando Mesalvo se presenta, y con una voz de trueno, manda á Marcelina retirarse. A esta orden, siniestra para ella, Ombelina se estremeció y suplicó á la conserja permaneciese allí; pero habiendo repetido Mesalvo segunda vez, que queria ser

obedecido, Marcelina no osó resistir mas, y se alejó invocando al gran San Cipriano, su patron, viniese en auxilio de la prisionera.

Luego que el templario se vió solo con ella, una infame alegría brilló en toda su persona.

—En vano es, señora, dijo, que busqueis medios de sustraeros á mis deseos; vuestro defensor está lejos de Montgiscard, y difícilmente se escapará del lugar que le encierra. Detestando cuanto haya podido hablaros, sin duda, de su amor, yo debo estarle agradecido, si ha podido romper el hielo de vuestro corazón: ahora me iisonjeo que me será mas fácil agradaros, y vos sabeis si es ese el objeto de todos mis deseos.

—Ignoro, respondió Ombelina con los ojos bañados de lágrimas, por qué los cuidados generosos del señor d' Aurival han debido haceros formar presuntuosas esperanzas: sus virtudes le han asegurado un lugar en mi alma, pero al mismo tiempo está cerrada á todo pensamiento de crimen, como los que Mesalvo no cesa de formar.

—Una confesion tan ingenua, replicó él con una rabia concentrada, me dicta á mi vez el papel que en adelante me toca ejecutar. Si no puedo obtener vuestra ternura por el es-

ceso de la mia; si un favor semejante no me es dado alcanzar, á lo menos soy dueño de vuestra persona, y los encantos de que está dotada me bastan, á falta de vuestro amor.

Dijo, y la horrible pasion que le devora, le hace cerrar los ojos sobre el atentado que va á cometer. Ni la inocencia de Ombelina, ni sus súplicas, ni su desesperacion le contienen: el monstruo, arrebatado por su execrable delirio, se precipita sobre su victima, que implora los socorros del cielo, en el momento en que todo la abandona sobre la tierra. Sin embargo, ella continúa su resistencia, dándole su infortunio nuevas fuerzas; pero al fin se agotan; aquella lucha odiosa debia tener un término.

El malvado se considera ya seguro de su triunfo, cuando en medio de aquel desórden, el retrato de su madre, que Ombelina llevaba consigo desde el dia en que el señor Maurand se le entregó, se desprende y hiere la vista de Mesalvo: este se arroja á él precipitadamente, le mira, le examina aun: sus facciones, creyendo reconocer en él la figura de un rival aborrecido, se contraen, sus cabellos se erizan, su semblante toma la expresion de un condenado, y dirigiéndose á Ombelina:

—De quién has recibido este retrato? esclama.

—De mi tutor, respondió esta, medio moribunda, y es el de mi madre.

—De tu madre dices? de tu madre? Ah! pérfido Roldo, tú me has engañado!

Dice, y fuera de sí, arroja la bienhechora pintura, exhala un grito de rabia, retrocede, reflexiona un momento, y despues lazándose fuera de la habitacion:

—Tu madre fué mi hermana, dijo; pero tiembla, sobrina detestada, las desgracias que mi odio te prepara todavía.

Las siniestras palabras de Mesalvo, la revelacion extraordinaria é importante que acababa de hacer, la escena odiosa que la habia precedido, estinguieron absolutamente en el corazon de Ombelina el poco valor que en él quedaba. Las amenazas del indigno templario en un momento en que los mas dulces sentimientos hubieran debido agitarle, horrorizaban á aquella triste victima: ella no se atrevia á mirar la espantosa perspectiva que se la presentaba, y veia estremeciéndose que sus infortunios no habian llegado aun á su colmo. A aquellos funestos pensamientos, se unia tambien el pesar ocasionado por la pérdida de su defensor. Ah! sin duda contra él el templario iba á redoblar su odio, y si á

ella misma, sabiendo que era su propia sangre, la habia prometido hacerla mas desgraciada, qué suerte cien veces mas cruel, no estaria reservada al generoso d' Aurival!

Con la vista estraviada, los pasos vacilantes, pronta cada momento á perder la vida, estremeciéndose al mas pequeño ruido, con el temor de ver volver aquel pariente detestable, que ignoraba á qué excesos podia llegar todavia, la desventurada Ombelina parecia haber perdido la razon y no la recobraba sino para desear la mas pronta muerte.

En tanto que esta interesante belleza lamentaba con amargura la hora en que habia visto la luz, un sordo rumor llegó á sus oidos, parecia que provenia del gabinetito y que se abria el pasadizo que daba á la escalera. Su conmocion se aumenta representándose á su lastimada imaginacion el recuerdo del fantasma que dos veces se la habia aparecido: ella temblaba de pies á cabeza: despues una súbita inspiracion le recuerda que por allí era por donde d' Aurival venia á verla, y hé ahí que repentinamente se lisonjea de volverle á ver: acaso habrá encontrado amigos entre los que debian guardarle, se habrá salvado y habrá volado hácia ella; pero esta esperanza no tardó en desvanecerse. La

puerta de la torrecilla que da á su cuarto se conmueve, y se abre lentamente: Ombelina con un terror siempre en aumento, ve adelantarse un personage de elevada estatura, embozado en una gran capa negra, ella estaba colocada frente á la ventana, y la claridad del dia le daba enteramente.

Al aspecto de aquel desconocido, creyendo ver en él el instrumento del crimen, se levanta exhalando un grito ahogado: sorprendido el incógnito á su voz, retrocede un paso, la mira en seguida aproximándose á ella y desprendiéndose de la capa, exclama: Mi querida Ombelina, sois vos la que ven mis ojos!

El sonido de aquella voz la sorprende, reflexiona un momento y dice con emocion: señor Maurand, vos aquí! Dios mio, qué felicidad! Y sus fuerzas que habian resistido á las mas violentas sensaciones, la abandonan en el momento de gozar otras mas agradables, y cae desfallecida en los brazos de su tutor.

XXV.

Hace tiempo que dejamos á Aldrio Aldrici, impaciente por llegar á Italia, adonde su amor le llamaba. El sol doraba con sus últimos rayos las elevadas copas de las encinas, cuando penetró en el sombrío bosque de Bariege. Aldrio queria adelantar su jornada hasta Villenouvelle, y apretaba el paso de su caballo, á los cien pasos del sitio en que estaban apostados los dos hombres de Peraldo,

que le dejaron pasar si obstáculo, oyó cerca de sí el disparo de una ballesta, cuya flecha vino silvando á herir su montura: el dolor que ocasionó al animal fué tan violento, que dió un bote prodigioso, y arrojó de la silla al caballero. Cayó, pues, sobre la yerba, pero levantándose con sin igual viveza, echó mano á la espada, preparándose á oponer una vigorosa resistencia a dos bandidos que saliendo de la espesura se adelantaban hacia él.

Estos no hacian parte de la banda de Peraldo, obedeciendo solo al capitan Roldo, á cuya compañía particular pertenecian. Sorprendidos al ver la valentia del viajero, estos dos miserables vacilaron un instante en atacarlo; pero acosados por la codicia, no menos que por su puntillo de valor, se arrojaron sobre Aldrio. Este, ya en guardia, no les huyó, pero estaba sin casco, y ellos armados hasta los ojos, de consiguiente la desventaja estaba por él; sin embargo, su valor no reparaba en esta desigualdad. Bien resuelto á disputar su vida hasta el último trance, habia ya recibido varias heridas de gravedad: su brazo cansado no secundaba ya la energía de su corazon. Con una concentrada desesperacion, previa ya el momento de su caida, cuando por una disposicion de la Providencia un nuevo actor se presentó en aque-

lla escena de desolacion: á vista del recién venido los bandidos se retiraron. El echó mano á la espada, como para atacar á Aldrio, pero asombrado de sus numerosas heridas, y de su valor, se detuvo. Valiente viajero, dijo Roldo, ama á los hombres que te se asemejan: entregatu bolsillo y te juro que tus dias serán respetados.

Pero antes que Aldrio hubiese podido contestarle, uno de los últimos rayos de sol, penetrando por entre los árboles, ilumina su semblante pálido y sangriento; y el malhechor arrojando su espada, corre súbitamente hácia él.

—No me engañan mis ojos? Seria el príncipe Montalbano?

Aldrio iba á responder, cuando abandonéndole enteramente sus fuerzas, cae á los pies de Roldo, exánime con la sangre que habia perdido. El capitán de los bandidos le socorre, y trata de vendar sus heridas: despues con la ayuda de sus dos hombres, á los cuales recomienda la mayor reserva, porque la cercanía de Mesalvo le hace temer su odio hácia el que espera salvar, tomó una vereda estraviada, y penetra en un vasto subterráneo, su habitual morada, desde que renunció á vivir en las ciudades que no le ofrecian tanta seguridad. Allí, durante muchos dias, prodiga á

Aldrio, sorprendido, todos los cuidados del mas tierno interés, vela á su lado, le presta los socorros del arte, le prohíbe toda contestacion hasta la mas leve palabra, que puede serle perjudicial en su estado: en fin, despues de una continua vigilancia y la atencion de un largo espacio de tiempo, tuvo la certidumbre de salvar á aquel á quien tantos cuidados ha dedicado.

Dificilmente podria espresarse la profunda admiracion de Aldrio Aldrici, por aquella extraordinaria conducta. Luego que sus ojos pueden abrirse, mira con la mas estensa atencion á su libertador, sin poder concebir qué especie de relaciones existan entre él y el temido gefe de una banda de foragidos. No tiene igual su impaciencia por aclarar este misterio, cuya inconcebible oscuridad no le es posible penetrar, y la violencia del deseo que experimenta retrasa algunos dias su curacion. Su memoria, seguramente poco fiel, no le recuerda en manera alguna las facciones de Roldo; este es siempre para él un desconocido, cuyas atenciones constantes y multiplicadas no se pueden esplicar de una manera satisfactoria. La penosa idea de una inmensa dilacion que semejante acontecimiento va á causar á su viaje, y la de las cadenas que por tanto tiempo arrastra la mujer que él no ha

cesado de amar, aumentan sus inquietudes, le exasperan, encienden su saugre y retardan de nuevo su convalecencia.

En fin, restablécese su salud, su saugre, renovada, corre con un vigor siempre creciente en sus venas: pued hablar. El religioso que le asiste (porque con grande asombro de Aldrio, el bandido ha ido al convento de benedictinos, poco distante, á buscar un monje sábio en el arte de curar las heridas), le concede el permiso de levantarse, y Aldrio le aprovecha sin tardanza, satisfecho de su estado.

—Hombre generoso, dijo dirigiéndose á Roldo, yo he encontrado en un facineroso una humanidad frecuentemente bien estraña al resto de nuestros semejantes: á lo menos, todo me hace presumir que los cuidados que habeis prodigado á un desgraciado viajero, parten de un orijen noble. Gracias á Dios he recobrado mis fuerzas; me sien'o con valor para proseguir mi camino, y todo me persuade que no pensareis en poner obstáculos á ello; pero antes de alejarme, yo deseo conocer á mi libertador, saber por qué motivo me ha servido con tanto celo: un deseo semejante es bastante justo para no ser confundido con una vana curiosidad. En vano he tratado de reconocer: mi memoria me ha hecho

traicion en esta ocasion; mas espero que en adelante no me hará tan culpable respecto á vos.

—Las espresiones de vuestro reconocimiento, me llenan, señor, de satisfaccion. No, no debeis quejaros de vuestra memoria; en el elevado rango en que estabais cuando yo os conocí, no podiais fijar los ojos en un hombre confundido entre la multitud: sin embargo, yo he seguido durante largo tiempo todos vuestros pasos: el crimen entonces me encargaba de espiaros, y el que hoy apellidais con el glorioso titulo de vuestro salvador, ha obedecido en otro tiempo á uno de vuestros mas crueles enemigos. Despues de aquella época, yo he detestado mi conducta pasada: quise volveros una parte de la felicidad que os habia arrebatado; pero perdí vuestro rastro, y cuando os he vuelto á hallar, el cielo, sin duda, no juzgándome digno de reparar el mal cometido por mí, me ha privado por un golpe extraordinario, de restituiros mas que la vida, pues que habria podido ofreceros aun la felicidad.

—Vuestros discursos me arrojan en un abismo de admiracion, su oscuridad me confunde, y os ruego apresureis el daros á conocer. Cualquiera que sea mi satisfaccion en permanecer á vuestro lado, en volver aun á

Tolosa, el motivo importante que me llama á Italia, y el extremo deseo de romper las cadenas que aprisionan á la mas tierna y la mas desventurada de las esposas, me reconviene los instantes que pierdo.

— Vos me admirais á vuestra vez, señor, interrumpió Roldo, y no me es posible comprenderos: vais á Italia, decís, y el objeto de este viaje es volver la libertad á una esposa querida! Me habria ya engañado? Una semejanza difícil de encontrar, ese brazalete, que conozco tan bien, y que llevábais sobre vos el dia en que os atacaron en el bosque inmediato, se habrian reunido para prolongar mi error? No seriais el ilustre príncipe napolitano Ludovico de Montalbano? y si lo sois, ¿habriais contraído un segundo enlace olvidando á la desventurada Laurencia Loredani? Ah! si mis cuidados me han adquirido vuestro reconocimiento, yo me atrevo en su nombre á suplicaros me habléis el lenguaje de la verdad: es un favor que os pido, y que me lisonjeo obtener de vos, y acaso Roldo lo merece, á pesar de sus crímenes y sus errores.

— Yo soy, Roldo, quien debo mostrarme confundido, al veros tan bien instruido de los acontecimientos de mi vida pasada. Ah! sin duda teneis un derecho á esperar que nada os disimularé: demasiada gratitud me

empeña á satisfacer vuestros deseos. Sí, lo confieso, Nápoles me ha visto nacer, y el que en Tolosa se nombra el ciudadano Aldrio Aldrici, es conocido en toda la Italia, bajo el título mas elevado de principe Ludovico de Montalbano.

—Día venturoso! exclamó Roldo: permitid, principe que abrace vuestras rodillas: perdonad mi conducta pasada, y no os armeis de severidad cuando me haga conocer tal como soy.

El príncipe de Montalbano (porque en adelante le daremos este nombre, ó el de Ludovico) aseguró á Roldo su indulgencia por sus pasadas faltas, en gracia de los servicios recibidos; pero si me habeis conocido, prosiguió, podeis concebir el pensamiento de que yo haya olvidado cobardemente á Laurencia, y pronunciado de nuevo unos juramentos dirigidos á ella sola?

—Y bien! señor, si siempre le sois fiel, ¿qué vais á hacer en Italia? Esperais encontrarla allí? Ay de mí! todos los esfuerzos humanos serian inútiles para arrancarla de la estrecha y última prision que la eneierra.»

—Veo que participais del error comun: yo tambien la juzgaba muerta, cuando en la mañana del mismo dia en que salvásteis mi vi-

da, un peregrino, hombre de una virtud ejemplar, me ha dado noticias ciertas de su existencia, y la posibilidad de recobrar aun la felicidad.

—No dudeis que él mismo ha sido engañado, pues vuestra esposa hace largo tiempo que no existe.»

—Y qué direis al saber que ese mismo peregrino la ha hablado, no hace mucho, en el castillo del marqués Alberti, donde está encerrada, á poca distancia de Viceacio, y hé aquí la carta escrita por esa desventurada esposa, y que ella misma ha entregado al peregrino con este brazalete?

«Oh esposo mio! veo en fin brillar la esperanza de terminar mis sufrimientos. Tú, sin duda, has llorado mil veces mi pérdida, y me lisonjeo que no cesas aun de sentirla: tú crees que la losa del sepulcro pesa sobre mí, y bien! sabe que existo. Un monstruo, el marqués Alberti, abrasado por un amor detestable me ha arrebatado á tus caricias, y hace veinte años que soy su victima, mas no presa de sus infames deseos. Sepultada en una prision en que me ha sumergido su criminal audacia, yo no ceso de amarte. Mucho tiempo hace que él no me aflige con su odiosa presencia; sin duda su pasion se ha estinguido, pero su venganza le sigue siem-

pre, y no atreviéndose á manchar sus manos en mi sangre, me retiene en su dependencia. Decidete, si aun vives, apresúrate á dar el merecido castigo á este malvado, causa única de nuestros pesares; yo habré olvidado todos los míos, si vuelvo á verme en tus brazos!...»

Aquí Roldo interrumpió al príncipe, y le dijo friamente:—Bastante me habeis leído para convencerme de que ese pretendido peregrino es un execrable impostor, y en este asunto todo me prueba igualmente que vos sois aun víctima de los enemigos que en otro tiempo os perseguían.

Vos habitais en Tolosa, ellos están cerca de vos; yo reconozco aquí su obra, y antes de poco leereis como yo en la trama que han urdido con arte tan diabólico. Mucho me cuesta seguramente el sumergeros por segunda vez en un dolor cruel; pero debo dejar que seais juguete de los perversos? No, príncipe, vuestra esposa no os será restituida, el hilo de sus días ha sido irrevocablemente cortado, y en mis brazos, puesto que es necesario decirlo todo, exhaló su último suspiro! Vos os estremeceis, dudais todavía! Ah! cred mis palabras que son sinceras, como fruto de la verdad y del arrepentimiento. La princesa de Montalbano murió envenenada, su her-

mano fué el autor de este crimen espantoso, y yo que habia ayudado á su pérdida, tuve la desesperacion de no poderla arrancar á la muerte.

Este di-curso terminante, la funesta revelacion que contenia, turbaron singularmente á Ludovico: un momento permaneci6 sin preguntar mas y parecia sepultado en estrañas reflexiones, siéndole muy penoso renunciar á la esperanza que se le habia presentado, y que con tanto trasporte habia acogido. El golpe fué tan violento que le parecia perder á Laurencia por segunda vez: sin embargo, después de haber derramado algunas lágrimas:

— Debo absolutamente creerlo? dijo á Roldo, y no podeis vos mismo haber sido engañado? Estos caracteres que estoy contemplando son los de mi esposa: yo los reconozco con amargura, y dificilmente me probareis que esté obcecado en este punto.

— Esa carta, replicó Roldo, no ha sido, os repito, escrita por vuestra esposa: ella es obra maestra del indigno Loredani, conocido en este pais bajo el nombre de Isarn de Mesalvo. Ese vil caballero, por fenómeno de la naturaleza bastante estraordinario, escribia con una letra igual á la de su hermana: él ha empleado su talento en esta circuns-

tancia, y para hacerlos caer mejor en sus redes se ha servido del sello de la princesa, y ha entregado al pretendido peregrino un brazalete ofrecido en otro tiempo por vuestro cariño y que habia arrebatado á Laurencia al mismo tiempo que el resto de sus joyas. Ah! príncipe, si el cielo hubiese permitido antes nuestro encuentro, yo os habria ahorrado ese viaje sin objeto, y habria podido reparar una parte de mi conducta pasada.

Creed que no existe ningun marqués Alberti cerca de Vicencio, ó si se encuentra en aquel punto algun señor de ese nombre, su inocencia so indudable: tal vez vuestros enemigos hayan formado sobre eso mismo horribles proyectos: acaso os designaban un ser virtuoso, para hacer en lo sucesivo recaer sobre vos el infame dictado de calumniador. Cualquier crimen que yo les atribuya, estará aun muy distante de llegar á la realidad de los que han cometido. Hace largo tiempo que me canso de ser su satélite, y tengo la satisfaccion de que recientemente he sabido impedirles cometer un nuevo delito. Cerca de este lugar se encuentra una victima de la maldad de uno de ellos. El religioso, cuyos conocimientos han sido tan útiles á vuestra salud, ha visto por ellos su existencia empon-

zoñada: el gran prior del Temple, su propio sobrino, le ha privado de su hijo, arastrando á este imprudente jóven á desarreglos, que no tienen otro término que el atahud: pero Gilberto d' Aigremont no llora solo; una mujer del mas ilustre rango.... No puedo decir mas por ahora, porque no debo descubrir sus secretos sin su consentimiento: acaso me lo permitirá, y entonces, hablando con ella, os encontrareis menos desgraciado que esa desventurada.

La esplicacion que acababa de tener lugar entre el principe y Roldo, se habria prolongado, si el primero, poco repuesto aun, no hubiese experimentado un largo desfallecimiento causado por todo lo que acababa de oír, y por los punzantes recuerdos que se habian atropellado en su imaginacion.

Roldo se sobresaltó un momento por este desmayo; pero felizmente no tuvo consecuencias, y Montalbano se restableció rápidamente.

Mas tranquilos entonces, discurrieron con toda estension, y Ludovico oyó la relacion del salteador, que no juzgamos á propósito transcribir aqui, reservándola para mas adelante; entonces haremos conocer las tristes aventuras del principe y de los dos templarios.

Roldo suplicó a Ludovico permaneciese aun algunos dias con él, antes de regresar á Tolosa; pero el príncipe, que habia hecho un concimiento mas íntimo con el benedictino Gilberto, disgustado además, á pesar de su reconocimiento hácia Roldo, de verse en la morada de un malhechor, poco deseoso aun de abandonar aquel género de vida, quiso, bajo el especioso pretesto de cumplir un voto solemne, ir á pasar en el monasterio vecino algunos dias para dar gracias al Señor de haberle conservado la vida.

Roldo no se atrevió á oponerse á ello, acompañó él mismo á Ludovico y le dejó mas tranquilo, en tanto que él se retiraba con el corazon despedazado de remordimientos y sinsabores. Un sombrío pesar, cuya causa nadie conocia, y que él con cuidado trataba de ocultar á la curiosidad, le devoraba secretamente: no habia podido encontrar á Ludovico, sin sentir un vivo dolor, de no poder poner término á sus padecimientos, como en otro tiempo estuvo en su mano; así buscaba frecuentemente la soledad, y entibiaba el curso de sus temerarias expediciones.

Habia tenido cuidado de dejar ignorar á sus subordinados el elevado rango del prisio-

nero, al cual parecia dedicar todos sus cuidados. Dos solos de entre ellos habian oido pronunciar su nombre, pero estaban muy agenos de publicar lo que su gefe les habia mandado callar.

Pocos dias despues de este acontecimiento, estos dos mismos perecieron juntos, atacando un rico convoy, valerosamente defendido por los que le escoltaban. Con ellos desapareció el solo medio que restaba á Peraldo y Mesalvo de averiguar el paradero de Aldrio Aldrici: algunas veces formaba el cálculo (no habiéndose encontrado su cadáver) de que habria escapado por una casualidad favorable, y continuado su viaje á Italia. Su ausencia los contentaba, y la posibilidad de su retorno ni aun se presentaba á su imaginacion.

Roldo habia cuidado de no decir nada á Peraldo, de quien no estaba satisfecho hacia algun tiempo, sabiendo que este teniente se habia permitido, sin su órden, marchar y hacer marchar á varios de sus hombres á empresas conducidas por Loreyani, á quien conservaremos todavia el nombre de Mesalvo. Tres de entre ellos no habian vuelto, y se les habia hallado muertos en las calles de Tolosa. Estos fueron los encargados del rapto de Adelina, y que

perecieron victimas del valor de Olderico de Montant, del marqués de Levis, y del trovador Arnaud Vidal.

Peraldo habia tratado de disculparse de una falta semejante; pero Roldo habia sabido de una manera positiva, que aquel habia hecho singulares pesquisas la noche misma del asesinato intentado del principe de Montalbano; y en fin, que se habia apostado para esperarle con los suyos, y se habia mostrado desesperado de no haberle encontrado. Esto acabó de disipar las dudas del capitán; pero nada manifestó, sin embargo, siendo Peraldo singularmente estimado en la banda por su astucia é intrepidez: prometiéndose, empero, vigilarle bien en adelante, y aprovechar la ocasion de su primera falta para hacerle sufrir el castigo.

Entretanto, y deseoso de probar á Ludovico que no siempre se ocupaba en hacer mal, imaginó subir al castillo de Montgiscard, adonde se retiraba algunas veces una persona, cuyas desgracias todas procedian de su amor á d' Aigremont, y á quien el mismo Roldo habia salvado la vida: su objeto era obtener de ella el permiso de presentarla el principe; y pensando que en aquel momento estaria ella, acaso de vuelta en su secreta morada, se encaminó hácia la fortaleza: una oculta

senda le daba entrada en ella, la cual le había sido descubierta por Gilbelto.

Desembocando del subterráneo que se prolongaba á la campiña, al que Ombelina habia ya recorrido, olvidó subir por la escalera que conducia al oratorio, visitado igualmente por la huérfana, y tomó el que conducia al gabinete de la torrecilla, no conociendo su error hasta el momento en que entró en aquella pieza; pero instruido de otro paso que daba á un aposento inmediato, penetró en el de Ombelina, que creia desocupado en aquel instante, y por donde le era necesario atravesar... No pensó en pasar mas adelante, porque dirijiendo los ojos á la que le habitaba, reconoció en ella á su pupila tiernamente querida.

En el precedente capítulo hemos visto su mútua sorpresa de encontrarse en aquel sitio.

El desmayo de Ombelina no tardó en disiparse: ella temia al recobrar sus sentidos, haber sido juguete de una nueva ilusion; pero su goce fué colmado cuando se encontró al lado de su tutor, ocupado en prodigarla los cuidados de la mas viva amistad.

— Con que sois vos! le dijo: vos á quien deberé mas que la vida, cuyo socorro me librárá sin duda del yugo horrible que pesa sobre mí! Ah, padre mio! por qué me habeis

abandonado tanto tiempo? Si hubiéseis estado cerca de mí, jamás, sin duda el osado Mesalvo se hubiera atrevido á arrebatarme de mi santo retiro, y conducirme á estos muros para satisfacer su horrendo amor.

—Pues qué! ese italiano se habria mezclado tambien en tan culpable rapto? No encontraré yo en todas partes, mas que victimas de sus atentados? Ah! mi querida Ombelinal no dudeis que vuestra libertad hubiera sido mas pronta, si yo hubiese podido sospechar que os tenia tan inmediata.

—Yo os veo, en fin, y todo lo olvido ya; sin embargo, perdonad esta duda á mi cariño alarmado: estais en el caso de poder contrarrestar al caballero? no sois del número de sus oprimidos? no contais en fin, sino con vuestro valor?

—Cesen vuestros temores, Ombelina: yo soy independiente de Mesalvo: puedo, por mí solo hacerle temblar, cuando él mismo con todo su poder, no conseguiria conmoverme un instante: está en mi mano castigar sus crímenes, y ciertamente no le haré esperar mucho tiempo su galardón.

—Señor Maurand, ya no es tiempo de callarme el secreto de mi nacimiento; ese templario ha tenido ocasion de hacermele entrever hace pocas horas en este mismo aposen-

to. En el instante en que el retrato de mi madre se ofreció á sus ojos, retrocedió de mí estremeciéndose; huyó en seguida precipitadamente, amenazándome con su venganza, y me dijo que era sobrina suya. Si tal es la verdad, si me enlazan con él los nudos de la sangre, olvidad el mal que me ha hecho, y contentaos con arrebatarme á estas tristes murallas.

— Sí, hija mia, no os ha engañado: Laurencia, su hermana, fué vuestra madre, y debeis vuestra existencia al ilustre príncipe Ludovico de Montalbano.

— Seria cierto! Pero conociendo mi familia, cuán penoso me es no pertenecerla! Ah! á lo menos creed en mi reconocida amistad que no concluirá sino con mi vida.

— No soy digno de ella, ni de pedir mas que vuestra indulgencia y perdon.

— Perdonaros yo? pensais lo que decis? qué os he hecho para acusar así á mi corazón? Podria yo olvidar jamás vuestros tiernos cuidados, vuestros innumerables beneficios?

— Vos no me conoceis aun, no sabeis quién soy. Ay de mí! secuestrado del mundo, aborrecido de los demas, y desde este momento horrorizado de mí mismo... no, por ahora no os diré mas; pero no olvidéis que he reclamado vuestra piedad.

Ombelina se quejó de nuevo de unas espresiones que le parecían tan estrañas. Roldo la interrumpió preguntándola los pormenores de su raptó y su cautividad. Hizole la huérfana su relacion, y no sin sonrojarse habló del caballero Luis d' Aurival, estendiéndose sobre los ultrajes que habia sufrido de parte de su abominable perseguidor. Despues que hubo terminado su interesante discurso, Roldo (que era al mismo tiempo el señor Maurand, como se ha podido conocer) exclamó en un tono enternecido. Es posible, mi querida Ombelina, que yo mismo os haya podido ocasionar una inquietud tan viva! Sabed esta notable singularidad: la espada que encontrásteis aquí era efectivamente la mia, que dejé olvidada en una ocasion importante, y trascurrieron muchos dias sin haber podido recordar el parage en que se habia quedado: en fin, aquella noche fatal yo habia entrado en este castillo, y repentinamente pensé que en este cuarto era donde habria dejado mi espada. Ignorando si alguien habitaba en él, aproveché la proximidad en que estaba de aquella arma para recobrarla; entré, vos sabeis lo demas. Ah! cuánto reconvengo á mi corazon el no haberme hecho advertir vuestra presencia! á vosos habria ahorrado muchos pesares, y á mí no pocos remor-

dimientos. Es posible que no sintiese ningún presentimiento? y cuando me era tan fácil restituiros la libertad, habeis permanecido tanto tiempo en esclavitud tan horrenda!

En cuanto al fantasma que por dos veces ha sorprendido vuestras miradas, prosiguió Roldo sonriéndose, un tiempo llegará en que aprenderéis á no temerle. Las causas mas sencillas han producido para vos los mas terribles resultados: habeis sido juguete de algunas ilusiones, y ahora que se vislumbra el esplendor de la verdad, las apariciones nocturnas deben disiparse. Qué no daría yo por romper también las cadenas de vuestro libertador! Pero esta acción está fuera de mi alcance. Yo trataré, no obstante, de intentarlo: feliz, si el éxito coronase mi empresa!

En tanto que Roldo conversaba así con su pupila, Mesalvo recorría el castillo arrojando gritos de furor: todos le miraban con asombro, y ni aun Marchesi se atrevía á hablarle. Sin embargo, arrojándose á sus pies, le suplicó se moderase, y le preguntó con una voz sorda, si Ombelina había preferido la muerte á la condescendencia á sus deseos.

—Que mil veces antes, replicó el templario, tu pensamiento se hubiese realizado! Su muerte acaso me hubiera dejado tranquilo, y su vista hoy es para mí un objeto de horror.

Sabe la causa de mi desesperacion; sé tú confidente de mis mas secretos pensamientos: el execrable Roldo engañó en otro tiempo mi confianza; él sustrajo á mi ódio el d-testable fruto del himeneo de mi hermana, y esa Ombelina, objeto de mi impetuosa pasion, ha recibido la existencia de la princesa de Montalbano. Tú te estremeces; concibe, pues, si tengo fundamento para quejarme: hé ahí inutilizados todos los crímenes que he cometido! En mi inesplicable asombro he dejado penetrar el misterio de su nacimiento: ella va á tratar de perderme; me atreveré aun á presentarme á su vista! Qué digo! Sí, me atreveré: vamos á verla por la última vez!!

Dijo, y coloreando el rubor del crimen sus lívidas mejillas, estrecha la mano de Marchesi, y ambos toman en silencio el camino de la habitacion de Ombelina.

Llegados á la sala de audiencia, Mesalvo ordena al centinela retirarse, anunciándole que en adelante está suprimida aquella parte del servicio: despues, echando mano á la espada, abre la puerta: con los ojos medio cerrados se abalanza rugiendo; busca por todas partes la victima que quiere herir; pero es vano su furor. Ombelina ha desaparecido; la sala, el gabinete están desiertos: la secreta salida le es desconocida, y esta evasion

misteriosa le sumerge en el espanto mas estremado; pero á qué punto llega su terror cuando dirigiendo la vista sobre la mesa de mármol, distingue un papel, en el que lee estas formidables palabras:

«Tiembra, Loredani: la hora del castigo ha llegado. Ombelina va á reunirse á su padre, y el principe de Montalbano se encarga de hacer justicia al envenenador de Laurencia.»

6 FIN DEL TOMO SEGUNDO.







